



La parcela de Dios

Erskine Caldwell

Traducción de Vicente Campos González



“Cualquiera que hubiera escrito un libro como La parcela de Dios y alguno de sus cuentos cortos podría morir tranquilo...” William Faulkner

Lectulandia

Retrato descarnado y sin contemplaciones de un mundo que agoniza, el Sur empobrecido y dejado de la mano de Dios de las primeras décadas del siglo xx, *La parcela de Dios* cuenta la patética historia de los Walden, una familia blanca pobre de la Georgia rural. Exhortados por el rijoso patriarca, Ty Ty, destrozan su granja excavando descomunales agujeros con la descabellada idea de que, tarde o temprano, encontrarán oro. Descuidados los cultivos, sumidos en una miseria cada vez más lastimosa, los Walden padecen, además, una fiebre tan peligrosa como la del oro: un incontenible impulso sexual que conduce a una serie de traiciones, engaños y, finalmente, un asesinato que supondrá la disolución definitiva de la familia. En paralelo a esos sucesos, transcurre la historia del yerno de Ty Ty, un obrero textil en una fábrica en huelga que no correrá mejor suerte si acaso más digna que el resto de la familia.

Impregnada de un sentido del humor tan negro que bordea el absurdo, *La parcela de Dios* refleja con mirada implacable pero extrañamente comprensiva con sus personajes la explotación, la hipocresía y el envilecimiento moral. Publicada en 1933, un año después de *El camino del tabaco*, *La parcela de Dios* fue censurada en Georgia, prohibida en Boston y llevada a los tribunales en Nueva York, así que no es sorprendente que llegara a vender más de diez millones de ejemplares. Pero este *best seller* dista mucho de compartir nada con otros éxitos editoriales al uso; elogiado por Faulkner, Bellow o Pound, Caldwell fue uno de los pocos escritores capaces de dotar de aliento poético la más cruda de las denuncias.

Lectulandia

Erskine Caldwell

La parcela de Dios

ePub r1.0

Titivillus 17.11.15

Título original: *God's Little Acre*
Erskine Caldwell, 1933
Traducción: Vicente Campos González
Diseño de cubierta: Eduard Serra

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Uno

Varios metros de arena y arcilla socavadas se desmoronaron cerca de la superficie y la tierra se deslizó hasta el fondo del cráter. A Ty Ty Walden le irritó tanto el desprendimiento que se quedó inmóvil donde estaba, con el pico en las manos, hundido hasta las rodillas en la tierra rojiza y soltó todos los tacos que le pasaron por la cabeza. Pero los chicos ya habían decidido dejar de trabajar. Era media tarde y llevaban excavando en el enorme agujero desde el amanecer.

—¡Por el maldito infierno! ¿Cómo es posible que se haya desprendido esa tierra justo ahora, cuando estábamos profundizando? —dijo Ty Ty, clavando una mirada feroz en Shaw y Buck—. ¡No me digáis que no es raro!

Antes de que ninguno de ellos pudiera contestar a su padre, Ty Ty aferró el mango del pico con ambas manos y lo lanzó con todas sus fuerzas contra una de las paredes del cráter. Con eso se dio por satisfecho. Sin embargo, había ocasiones en que se sentía tan cabreado que cogía una vara y azotaba el suelo hasta que se derrumbaba agotado.

Buck se agarró las rodillas con las manos, sacó las piernas de la tierra suelta en la que estaban hundidas y se sentó para sacudirse la arena y la gravilla de los zapatos. Estaba pensando en aquella gran masa de tierra que tendrían que extraer a paladas y subir hasta la superficie antes de reanudar la excavación.

—Es hora de que abramos otro agujero —le dijo Shaw a su padre—. Llevamos ya casi dos meses cavando en este para nada, no nos ha dado más que trabajo. Estoy cansado de este agujero. De aquí no vamos a sacar nada por más que profundicemos.

Ty Ty se sentó y se abanicó la cara acalorada con el sombrero. Allí abajo no corría ni una gota de aire fresco, y en el cráter hacía más calor que en un cubo de picadillo de barbacoa.

—Vuestro problema, chicos, es que no tenéis la paciencia que tengo yo —dijo, abanicándose y enjugándose el sudor—. Llevo casi quince años excavando en esta tierra y, si fuera necesario, seguiría cavando quince más. Pero tengo el presentimiento de que no hará falta. Creo que vamos a dar con algo muy pronto. Sí, estos días tan calurosos, tengo ese pálpito. No podemos parar y empezar de nuevo cada vez que un poco de tierra se suelta del borde ahí arriba y cae hasta aquí. No, no tendría sentido empezar un nuevo agujero cada vez que se nos cae un poco de tierra encima. Debemos perseverar, como si no hubiera pasado nada. Es la única manera. Vosotros, chicos, os impacientáis demasiado por pequeñeces.

—¿Que nos impacientamos?, ¡y una mierda! —dijo Buck escupiendo en la arcilla roja—. No nos hace falta paciencia, lo que nos hace falta es un zahorí del oro. Nadie es tan tonto como para ponerse a excavar sin uno.

—Otra vez hablas como los morenos, hijo —dijo Ty Ty con resignación—. No sabes cómo me gustaría que tuvieras cabeza para no hacerles caso. Los morenos solo creen en supersticiones. Ahora, escúchame: yo soy científico. Si te tomas en serio la

palabrería de los morenos, a lo mejor te acabas creyendo que tienen más idea que yo. Pero solo saben hablar de tonterías sobre zahoríes que encuentran oro y conjuros.

Shaw recogió la pala y empezó a subir hacia la superficie.

—Bueno, da igual, por hoy lo dejo —dijo Shaw—. Esta noche quiero ir al pueblo.

—Siempre dejas de trabajar a mitad de la jornada para correr al pueblo —dijo Ty Ty—. Así nunca te harás rico. Allí pierdes el tiempo en los billares y yendo detrás de las chicas. Si te quedaras en casa, algo más avanzaríamos.

Cuando estaba a medio camino de la superficie, Shaw se agachó, se apoyó en las manos y las rodillas y siguió gateando hacia arriba para no resbalar. Desde abajo, su padre y su hermano lo vieron alcanzar el borde del cráter y ponerse en pie.

—¿A quién va a ver con tanta frecuencia al pueblo? —le preguntó Ty Ty a su otro hijo—. Si no se anda con cuidado, va a meterse en líos. Shaw todavía no sabe cómo son las mujeres. Pueden hacerle cualquier cochinada sin que se entere hasta que sea demasiado tarde.

Buck se sentó en el otro lado del agujero, enfrente de su padre, y desmenuzó la arcilla seca que se le había incrustado en los dedos.

—No lo sé —dijo—. A ninguna en particular. Creo que sale con una chica distinta cada vez. Le gusta cualquier cosa con faldas.

—¡Por el maldito infierno! ¿Por qué no puede dejar en paz a las mujeres? Es una estupidez que un hombre se pase en celo todos los días del año. Las mujeres le dejarán hecho un pingajo. Cuando yo era joven, nunca me comporté así. ¿Qué le pasa? Tendría que estar más que contento con sentarse en casa y ver a las chicas que tenemos aquí.

—A mí no me preguntes. Me da igual lo que haga en el pueblo.

Shaw se había ido hacía un rato, pero de repente reapareció arriba y llamó a Ty Ty. Los dos de abajo le miraron sorprendidos.

—¿Qué pasa, hijo? —preguntó Ty Ty.

—Se acerca un hombre por el campo, papá —respondió—. Viene de la casa.

Ty Ty se levantó, estiró el cuello y miró en todas direcciones, como si pudiera ver por encima del borde del cráter, unos seis metros más arriba.

—¿Quién es, hijo? ¿Qué hace ahí?

—Todavía no lo distingo —dijo Shaw—; parece alguien del pueblo. Viene bien vestido.

Buck y su padre recogieron los picos y las palas y salieron del cráter.

Cuando alcanzaron la superficie, vieron a un hombre corpulento y gordo que caminaba penosamente por la superficie irregular del campo. Se acercaba despacio bajo aquel calor, y el sudor le pegaba la camisa azul clara al pecho y al estómago. Se tambaleaba torpe e impotente sobre el suelo desigual, incapaz de mirar hacia abajo y ver dónde pisaba.

Ty Ty levantó la mano y saludó.

—Ese es Pluto Swint —dijo—, ¿sabes qué puede traerle por aquí?

—No lo reconocía tan bien vestido —dijo Shaw—, ni de cerca le habría reconocido.

—Viene a ver qué puede sacar gratis —contestó Buck a su padre—, que es lo que hace siempre, todo el mundo lo sabe.

Pluto se acercó, todos se reunieron bajo la sombra del roble y se sentaron.

—Mucho calor, Ty Ty —dijo Pluto, dejándose caer en el suelo—. Hola, chicos. ¿Cómo os va, Ty Ty? Tenéis que construir una carretera hasta los agujeros para que pueda venir en coche. ¿Lo dejáis por hoy o qué?

—Tendrías que quedarte en el pueblo y esperar a la fresca de la noche antes de venir por aquí, Pluto —dijo Ty Ty.

—Quería acercarme en coche a veros.

—Pero ¿no hace demasiado calor?

—Creo que puedo soportarlo, como cualquiera. ¿Y qué?, ¿cómo os va?

—No podemos quejarnos —dijo Ty Ty.

Pluto, sentado, se recostó en el tronco del roble y jadeó como un perro que persiguiera liebres en pleno verano. Gotas de sudor le corrían por la carne lisa de la cara y el cuello y chorreaban sobre su camisa azul clara, oscureciéndola. Se quedó sentado un rato sin decir nada, demasiado cansado y acalorado para hablar.

Buck y Shaw liaron unos cigarrillos y los encendieron.

—Así que no os podéis quejar —dijo Pluto—. Pues deberíais estar agradecidos. A mí me parece que si alguien quiere renegar un poco estos días, hay bastantes motivos de queja. Ya no merece la pena cultivar algodón, y los morenos se comen las sandías en cuanto maduran en la planta. En estos tiempos, no tiene sentido dedicarse a cultivar nada para ganarse la vida. Y no lo digo por mí, que nunca he sido muy buen granjero.

Pluto se estiró y echó los brazos detrás de la cabeza. A la sombra se iba sintiendo mejor.

—¿Has encontrado algo últimamente? —preguntó.

—No gran cosa —dijo Ty Ty—. Los chicos insisten en que empiece un nuevo agujero, pero todavía no lo he decidido. Hemos profundizado unos seis metros en este y las paredes ya se desmoronan. A lo mejor podríamos cavar en otro sitio. Un agujero nuevo no sería peor que el viejo.

—Lo que necesitáis es un albino —dijo Pluto—. Dicen que un hombre tiene tantas posibilidades de encontrar oro sin un albino que le eche una mano como una bola de nieve de perdurar en el infierno.

Ty Ty se incorporó y miró fijamente a Pluto.

—¿Un qué, Pluto?

—Un albino.

—¡Por el maldito infierno, Pluto!, ¿qué coño es un albino? Nunca había escuchado esa palabra. ¿Dónde la has oído?

—Ya sabes de qué estoy hablando. Ya sabes qué es.

—Pues se me ha olvidado por completo, si es que alguna vez lo he sabido.

—Es uno de esos hombres blancos de pies a cabeza que parecen hechos de tiza o algo así. Un albino es uno de esos hombres blancuzcos, Ty Ty. Dicen que son blancos de arriba abajo: el pelo, los ojos y todo lo demás.

—Ah, eso —dijo Ty Ty, recostándose de nuevo—. Al principio no sabía a qué te referías. Claro que sé lo que son. He oído a los morenos hablar de ellos, pero no hago caso a lo que dice la gente de color. Aunque sí, supongo que podría utilizar a uno si supiera dónde encontrarlo. No he visto a ninguna de esas criaturas en toda mi vida.

—Pues chicos, aquí necesitáis uno.

—Siempre he dicho que nunca recurriría a esas tonterías de supersticiones y conjuros, Pluto; pero también he pensado desde hace mucho que lo que nos hace falta es uno de esos albinos. Espero que me creas cuando te digo que yo soy científico hasta la médula. Jamás utilizaría nada que tuviera que ver con conjuros. Te aseguro que no voy a perder el tiempo con esas tonterías. Preferiría acostarme con una serpiente cascabel antes que hacer el idiota con conjuros.

—Un tipo me contó que había visto a uno el otro día —dijo Pluto—. Y eso es un hecho.

—¿Dónde? —preguntó Ty Ty, poniéndose en pie de un salto—. ¿Dónde lo vio, Pluto? ¿Por aquí cerca, Pluto?

—En la punta de abajo del condado. No andaba muy lejos. Podrías ir a buscarlo, atraparlo y estar de vuelta en no más de diez o doce horas, como mucho. No creo que te cueste atraparlo, pero no estaría de más que lo ataras antes de emprender el camino de vuelta. Vive en el pantano y puede que no le haga mucha gracia pisar tierra firme.

Shaw y Buck se acercaron al árbol donde se sentaba Pluto.

—¿Un albino de verdad, lo juras? —preguntó Shaw.

—Tan real como la vida misma.

—¿Vivito y coleando?

—Fue lo que me dijo el tipo —respondió Pluto—. Y eso es un hecho.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Buck—. ¿Crees que nos costaría atraparlo?

—No sé si será muy fácil, chicos, porque a lo mejor requiere mucha capacidad de persuasión convencerle para que venga hasta aquí, a tierra firme. Pero, bien mirado, creo que vosotros sabréis hacerlo.

—Lo engancharemos con una soga —dijo Buck.

—No quería decir tanto, pero creo que ya me habéis entendido. No voy por ahí recomendando que se infrinjan leyes por norma, y cuando lo insinúo, espero al menos que la gente me mantenga aparte.

—¿Es corpulento? —preguntó Shaw.

—El tipo no se acordaba.

—Espero que sea lo bastante fuerte para servir de algo —dijo Ty Ty.

—No te preocupes porque no es el tamaño lo que importa, sino que sea de un blanco inmaculado, Ty Ty.

—¿Cómo se llama?

—El tipo no se acordaba —dijo Pluto—. Y eso es un hecho.

Ty Ty partió una mascada doble de tabaco y se subió los tirantes. Empezó a caminar arriba y abajo por la sombra, sin apartar la mirada del suelo que pisaba. Estaba demasiado alterado para seguir sentado.

—Chicos —dijo todavía de pie, mirándolos desde lo alto—, me está subiendo otra vez la fiebre del oro. Id a casa y preparad el automóvil para un viaje. Comprobad que las ruedas estén bien hinchadas y tensas, y echad mucha agua al radiador. Vamos a salir de viaje inmediatamente.

—¿A por el albino, papá? —preguntó Buck.

—Y tanto que sí, hijo —dijo Ty Ty acelerando el paso—. Voy a traer a ese hombre blancuzco aunque reviente en el empeño. Pero sin tonterías de conjuros ni memeces. Vamos a hacerlo científicamente.

Buck se encaminó a la casa, pero Shaw se dio la vuelta y regresó.

—¿Y qué hay de la comida para los morenos, papá? —preguntó—. Black Sam dijo a la hora de comer que en su casa no quedaba nada de carne ni de maíz, y el tío Felix dijo que no tenía nada que desayunar esta mañana. Me pidieron que te lo dijera para ver si podían cenar algo esta noche. Me pareció que los dos tenían los ojos un poco hundidos.

—A ver hijo, tú bien sabes que no tengo tiempo para preocuparme por si comen los morenos —dijo Ty Ty—. ¡Por el maldito infierno! ¿Cómo se te ocurre venir a molestarme con eso cuando estoy más ocupado, preparándome para buscar a ese blancuzco? Tenemos que bajar hasta los pantanos y atrapar a ese albino antes de que desaparezca. Les dices a Black Sam y al tío Felix que ya les pasaré algo que comer en cuanto traigamos a ese albino.

Shaw no se movió. Esperó varios minutos, sin apartar la mirada de su padre.

—Black Sam dijo que mataría el mulo con el que ara y se lo comería si no le das comida pronto. Esta mañana me ha enseñado la barriga. Es un hueco por debajo de las costillas.

—Pues vas y le dices a Black Sam que si mata ese mulo y se lo come, iré a por él y le dejaré el culo en carne viva antes de marcharme. No voy a permitir que los morenos me molesten con la comida en un momento como este. Le dices a Black Sam que cierre el pico, que deje en paz a ese viejo mulo y que se dedique al algodón.

—Se lo diré —respondió Shaw—, pero, le diga lo que le diga, lo más probable es que se coma el mulo. Dijo que tenía tanta hambre que no sabía si haría alguna barbaridad.

—Pues tú le repites lo que te he dicho, y ya me ocuparé de él cuando hayamos enganchado a ese albino.

Shaw se encogió de hombros y se dirigió a la casa tras los pasos de Buck.

En el campo, los dos negros estaban roturando tierras nuevas de cultivo. Quedaba ya poca tierra dedicada a las labores del campo. Quince o veinte acres de la granja

estaban salpicados de agujeros que alcanzaban entre tres y nueve metros de profundidad, y eran el doble de anchos. Habían rozado y preparado las tierras nuevas, que ocupaban unas diez hectáreas, esa primavera para cultivar algodón. De no haberlo hecho así, no habría habido suficiente terreno ese año para que trabajaran los dos aparceros. Año tras año, la extensión de tierra cultivada había disminuido a medida que se multiplicaban los enormes agujeros. En otoño, probablemente tendrían que empezar a excavar en tierras de cultivo que quedaban o, en última instancia, hacerlo junto a la casa.

Pluto cortó una nueva mascada de tabaco del largo trozo amarillo que llevaba en el bolsillo de atrás.

—¿Cómo sabes que hay oro en esta tierra, Ty Ty? —preguntó—. Lleváis excavando por aquí desde hace quince años y no habéis dado con ningún filón, ¿no?

—Ya no falta mucho, Pluto. Con ese blancuzco buscándolo, aparecerá, no te quepa duda. Tengo ese pálpito.

—Pero ¿cómo sabes que hay oro en la tierra de esta granja? Lleváis excavando aquí desde hace mucho y no habéis encontrado nada. De aquí al río Savannah todo el mundo habla de encontrar oro, pero yo todavía no he visto ni rastro.

—Eres muy difícil de convencer, Pluto.

—Ni rastro —dijo Pluto—. Y eso es un hecho.

—Bien, la verdad es que todavía no he encontrado ningún filón —dijo Ty Ty—, pero ahora nos estamos acercando mucho. Me da en la nariz que estamos a punto de quemarnos. Mi padre me dijo que había oro en esta tierra, casi todo el mundo en Georgia me ha repetido lo mismo y, sin ir más lejos, las Navidades pasadas los chicos extrajeron una pepita tan grande como un huevo de gallina pintada. Eso me confirma sin la menor duda que hay oro en esta tierra y te aseguro que voy a encontrarlo antes de morir. No tengo la menor intención de abandonar ahora. Si traemos a ese albino, sé muy bien que daremos con el filón. Los morenos se pasan la vida buscando oro, cavando por todas partes, hasta en Augusta excavan, según me han dicho, y eso es señal de que hay oro en algún sitio.

Pluto frunció la boca y escupió un chorro de tabaco mascado amarillento y dorado a un lagarto que se ocultaba bajo una rama podrida a tres metros. Con su buena puntería, dio en el blanco de lleno. El lagarto colorado se perdió de vista precipitadamente con los ojos escocidos por el tabaco de Pluto.

Dos

—No sé —dijo Pluto, que buscaba más allá de las puntas de sus zapatos alguna cosa a la que escupir otro buche de tabaco—. No sé. A mí casi me parece una pérdida de tiempo excavar estos grandes agujeros en el suelo buscando oro. Pero a lo mejor lo único que pasa es que soy un vago. Si yo padeciera la fiebre del oro como vosotros, supongo que estaría poniendo patas arriba la granja, como los demás. Pero, no sé por qué, esa fiebre no parece afectarme tanto como a vosotros, chicos. A mí se me pasa con solo sentarme y pensármelo un poco.

—Cuando tienes la verdadera, la pura fiebre del oro, Pluto, no te la puedes quitar de encima ni aunque te vaya la vida en ello. A lo mejor tendrías que alegrarte de no sufrir la fiebre. Yo no me quejo de tenerla, la llevo en la sangre, pero supongo que no soy como tú. Un hombre no puede ser vago y, a la vez, tener la fiebre. La fiebre le mantiene a uno despierto y en marcha.

—Pues yo no tengo tiempo para excavar la tierra —dijo Pluto—. Ni un minuto.

—Si sufrieras la fiebre, no tendrías tiempo para otra cosa —dijo Ty Ty—. La fiebre produce el mismo efecto en un hombre que el licor, o que perseguir mujeres. Cuando lo has probado no puedes quedarte sentado esperando a que te den más. La fiebre se te mete dentro y cada vez va a más.

—Me parece que ahora lo entiendo un poco mejor —dijo Pluto—. Pero ni así la tengo.

—Tampoco creo que te hiciera ningún bien, al menos hasta que te prepararas físicamente para poder trabajar.

—Mi corpulencia no me estorba. A veces me entorpece un poco, pero no es para tanto.

Pluto escupió a ciegas hacia la izquierda. El lagarto no había vuelto y no había encontrado nada a lo que apuntar.

—Lo único que me duele es que no todos mis hijos se queden aquí a ayudar —dijo despacio Ty Ty—. Buck y Shaw todavía me echan una mano, y la esposa de Buck, y Darling Jill, pero la otra chica se marchó a Augusta, consiguió un empleo en una fábrica de algodón al otro lado del río, en Horse Creek Valley, y se casó, y me parece que sabes de Jim Leslie tanto como yo. Ahora es un pez gordo en la ciudad, de los más ricos.

—Sí, sí —dijo Pluto.

—Algo se le metió en la cabeza a Jim Leslie desde muy pequeño. No se relacionaba mucho con la familia, y sigue sin relacionarse. Últimamente se comporta como si no me conociera de nada. Muy poco antes de que su madre muriera, la llevé a la ciudad un día a que lo visitara. Ella dijo que quería verlo aunque solo fuera una vez más antes de morir. Así que la llevé, fuimos a su inmensa casa blanca en The Hill, y cuando vio quiénes estaban en la puerta, cerró con llave y no nos dejó pasar. Me parece que eso adelantó la muerte de su madre, ese comportamiento, porque

empeoró y murió antes de que acabara aquella semana. Él nos trató como si se avergonzara de nosotros o algo parecido. Y sigue igual. Pero la otra chica es diferente. Ella sí es como nosotros. Siempre se alegra de vernos cuando vamos a visitarla a Horse Creek Valley. Siempre he dicho que Rosamond era una chica como es debido. Pero no puedo decir lo mismo de Jim Leslie. Me evita cuando me cruzo por casualidad con él por las calles de la ciudad. Se comporta como si se avergonzara de mí. Y no sé cómo puede avergonzarse de su propio padre.

—Sí, sí —dijo Pluto.

—No sé por qué mi hijo mayor se ha vuelto así. Siempre he sido un hombre religioso, toda mi vida. Siempre he hecho lo que he creído bueno, sin importarme lo que dijeran, y he procurado que mis hijos e hijas hicieran lo mismo. ¿Ves aquel pedazo de tierra de allá, Pluto? Esa es la parcela de Dios. Hace veintisiete años, cuando compré esta tierra, aparté media hectárea de mi granja y lo reservé para Dios, y cada año doy a la iglesia cuanto produce esa parte. Si es algodón, entrego a la iglesia todo el dinero que pagan por él en el mercado. Lo mismo si son cerdos, cuando los crío, o si es maíz, cuando lo siembro. Es la parcela de Dios, Pluto. Me siento orgulloso de compartir lo poco que tengo con Dios.

—¿Y qué cultivas este año?

—¿Que qué cultivo? Nada, Pluto. Nada; es posible que ahora solo crezcan ahí cadillos y bardanas, de los que sueltan pelusa. No tuve tiempo de sembrar algodón este año. Los morenos, los chicos y yo hemos estado tan ocupados en otras cosas que he tenido que dejar la parcela de Dios en barbecho.

Pluto se incorporó y miró el campo, hacia los pinares. Los montones de tierra y arcilla acumulados por todas partes eran tan numerosos y tan altos que resultaba difícil ver más allá de un centenar de metros sin subirse a un árbol.

—¿Dónde decías que estaba esa parcela de Dios, Ty Ty?

—Por allí, cerca del bosque. No podrás verla bien desde aquí.

—¿Por qué la has puesto «por allí»? ¿No es un lugar un poco apartado para un sitio así, Ty Ty?

—Te lo explicaré, Pluto. No siempre ha estado ahí. Me he visto obligado a desplazarla muchas veces durante los últimos veintisiete años. Cuando los chicos se ponen a pensar dónde empezar a excavar un nuevo agujero, siempre acaban decidiéndose precisamente por el terreno de la parcela de Dios. Y no sé por qué. He resuelto no cavar en Su tierra así que he tenido que irla desplazando por toda la granja.

—¿No será que tienes miedo de cavar ahí y encontrar un filón?

—No, yo no diría eso, pero, la verdad, no me haría ninguna gracia encontrar el filón en la parcela de Dios y verme obligado a entregarle todo a la iglesia. Al predicador no le falta de nada, bien lo sabemos. Me reventaría tener que darle todo el oro. No podría soportarlo, Pluto.

Ty Ty levantó la cabeza y miró el campo sembrado de agujeros. En una dirección,

en línea recta entre los montículos de tierra, podía ver a casi un cuarto de kilómetro de distancia. Allá, a lo lejos, en las tierras nuevas de cultivo, Black Sam y el tío Felix araban el campo de algodón. Ty Ty nunca les quitaba ojo de encima porque sabía que si no cosechaban algodón ni maíz, no tendrían dinero y muy poco que comer el otoño y el invierno próximos. A los negros había que vigilarlos todo el tiempo, si no se escaqueaban a las primeras de cambio y se iban a excavar en los agujeros que habían abierto detrás de sus cabañas.

—Me gustaría preguntarte algo, Ty Ty.

—¿Es eso lo que te ha traído hasta aquí a pleno sol?

—Sí. Quería hacerte una pregunta.

—¿Qué te traes entre manos? Anda, pregunta de una vez.

—Tu chica —dijo Pluto con voz débil, tragándose sin querer un poco de tabaco.

—¿Darling Jill?

—Claro, por eso he venido.

—¿Qué pasa con ella, Pluto?

Pluto se sacó la mascada de tabaco de la boca y la tiró a un lado. Tosió un poco para quitarse el regusto de la sustancia amarilla de la garganta.

—Me gustaría casarme con ella.

—¿Te gustaría, Pluto?, ¿lo dices en serio?

—Te lo juro por Dios, Ty Ty. Me amputaría la mano derecha para casarme con ella.

—¿Así que te gusta, Pluto?

—Por Dios que sí —dijo—. Y eso es un hecho.

Ty Ty pensó un momento, encantado de que su hija menor hubiera atraído a un hombre con intenciones serias a tan temprana edad.

—No tienes por qué amputarte nada, Pluto. Cásate con ella cuando ella quiera. Supongo que, después de casados, permitirás que pase algún tiempo por aquí ayudándonos a excavar y a lo mejor hasta te animas y nos echas también una mano. Cuanta más ayuda tengamos, antes daremos con el filón, Pluto. Estoy seguro de que, cuando seas uno más de la familia, no te negarás a cavar un poco.

—No tengo madera de cavador —dijo Pluto—. Y eso es un hecho.

—Bueno, no vamos a discutir de eso ahora. Ya habrá tiempo de sobra para hablar cuando os hayáis casado.

Pluto sintió que la sangre le inundaba el rostro, justo por debajo de la piel. Se sacó el pañuelo y estuvo secándose la cara un buen rato.

—Pero hay algo más...

—¿De qué se trata, Pluto?

—Darling Jill dijo que yo no le gustaba con tanta barriga. Pero no puedo hacer nada, Ty Ty.

—¡Por el maldito infierno! ¿Qué tendrá que ver tu barriga? —exclamó Ty Ty—. Darling Jill está un poco loca, Pluto. No hagas caso a lo que dice. Cásate con ella y

no te preocupes. Ya verás como se alegra en cuanto la hayas llevado por ahí. Darling Jill a veces se pone un poco tonta, y por nada.

—Y todavía hay algo más... —dijo Pluto y apartó la mirada.

—¿Qué más?

—No me apetece mucho decirlo.

—Suéltalo, Pluto, y en cuanto lo hayas dicho, ya estará y te lo quitarás de la cabeza.

—Tengo entendido que a veces no tiene mucho cuidado con lo que hace.

—Como qué, por ejemplo.

—Bueno, me han contado que ha estado coqueteando y tonteando con muchos hombres.

—¿Se murmuran cosas así de mi hija, Pluto?

—Bueno, sí, eso dicen de Darling Jill.

—¿Y qué dicen, Pluto?

—No gran cosa, solo que ha estado coqueteando y tonteando con muchos hombres.

—Me parto de risa. Darling Jill es la pequeñina de la familia y por fin ha crecido. No sabes cómo me alegra oírlo.

—Pues tendrá que dejar tanto coqueteo porque me quiero casar con ella.

—No te preocupes, Pluto —dijo Ty Ty—. No le hagas ni caso. No le des ninguna importancia. Ella es un poco descocada, no lo niego, pero no quiere hacer ningún daño. La chica es así. No te hará daño o, al menos, no te enterarás. Me parece que muchas mujeres son así, más o menos, está en su naturaleza. A Darling Jill le gusta flirtear un poco, pero no por hacer daño. A una chica bonita como ella le llueven las ocasiones, haga lo que haga, y Darling Jill lo sabe. Está en tus manos tenerla contenta, Pluto, y que se sienta tan bien contigo que se olvide de todos los demás. Se ha estado portando así porque ha crecido y no ha habido ningún chico lo bastante hombre para frenarla. Tú eres lo bastante hombre para satisfacerla. Lo veo en tus ojos, Pluto. Así que olvídate y no te preocupes más por eso.

—Es una lástima que Dios no sepa frenarse cuando crea una mujer como Darling Jill, que no sepa detenerse antes de que se le vaya la mano. Eso es lo que Le ha pasado con ella. Él no supo ver cuándo ya estaba bien lo que había hecho. Siguió y siguió... y ahora, ¡mírala! Es tan coqueta que no sé si tendré una noche de descanso cuando nos casemos.

—No sé, puede que sea culpa de Dios no saber cuándo parar, Pluto, pero aun así Darling Jill no es la única chica que Él ha creado así. A lo largo de mi vida me he cruzado con un montón como ella. Y no tendría ni que salir de casa para darte nombres y apellidos. Sin ir más lejos, fíjate en la mujer de Buck, Pluto: te digo que no sé qué hacer con una chica tan bonita como Griselda.

—Eso es lo que dices ahora, pero no veo por qué tiene que ser así, Ty Ty. Yo también he visto a montones de mujeres un poco descocadas, pero a ninguna tanto

como Darling Jill. Cuando sea *sheriff* no me gustaría que anduviera por ahí, a su aire a todas horas, como hace ahora. No beneficiaría a mi carrera política. Y no tengo que olvidarme de eso.

—Todavía no te han elegido, Pluto.

—No, todavía no, pero todo parece señalarme. Tengo muchos amigos trabajando para mí día y noche por el condado. Si no aparece nadie más y remueve cielo y tierra, conseguiré el cargo sin problemas.

—Pues diles a tus amigos que no se pasen por mi casa, Pluto. Yo te prometo mi voto y el de todos los de aquí. Pero asegúrate de que nadie de tu gente venga a estrechar manos a los de esta granja. Este verano ya se han pasado cien candidatos, contando por lo bajo. No le di la mano a ninguno y le he dicho a mis chicos, y a Darling Jill y Griselda, que tampoco lo hagan. No hace falta que te explique por qué no quiero que vengan candidatos por aquí. Algunos de ellos son unos salidos que no hacen más que incordiar a las chicas y, si salen, van a seguir tocándonos las narices durante años. No estoy diciendo que tú incordies, pero un montón de candidatos sí. Y van a darse tantos casos en el condado este otoño y este invierno que no será seguro ir al pueblo hasta que se les haya pasado la calentura.

—No habría tantos candidatos para los pocos cargos en juego si no corrieran tiempos difíciles. Los malos tiempos hacen salir a los candidatos de la nada igual que la lejía a las pulgas del lomo de un chucho.

En el patio junto a la casa, Buck y Shaw habían sacado el coche del garaje e hinchaban las ruedas. La mujer de Buck, Griselda, hablaba con ellos resguardada en la sombra del porche. No se veía por ninguna parte a Darling Jill.

—Ahora tengo que irme —dijo Pluto—. Esta tarde voy muy atrasado. Tengo que visitar a todos los votantes de aquí al cruce antes de que anochezca. Tengo que irme.

Pero Pluto siguió sentado, recostado en el tronco del roble hasta que le entraran ganas de levantarse. Se estaba cómodo allí, a la sombra; en los campos, donde no había sombra, el sol caía tan a plomo como siempre. Incluso las malas hierbas empezaban a doblarse bajo aquel calor aplastante.

—¿Dónde encontraremos a ese albino que mencionaste hace un rato, Pluto?

—Pasáis de Clark's Mill y tomáis la carretera de la derecha en el arroyo. El tipo lo vio a un kilómetro y medio más allá de la bifurcación. Estaba entre los matorrales, al borde del pantano, cortando leña, según me dijo. Bajaos y buscad. Seguro que anda por allí porque no ha podido alejarse mucho en tan poco tiempo. Si yo no tuviera tanto que hacer, os acompañaría y os ayudaría en lo poco que pudiera. Pero la elección para *sheriff* se está poniendo cada vez más reñida y tengo que buscar votos a todas horas. No sé qué voy a hacer si no salgo elegido.

—Supongo que lo encontraremos —dijo Ty Ty—. Me llevaré a los chicos y ellos pueden patearse el pantano mientras yo me siento a buscar el rastro. Será buena idea llevar unas correas de arado para atarlo cuando lo encontremos. Imagino que se pondrá como una furia cuando le diga que venga para aquí. Pero si anda por ahí, le

cogeremos. Necesitamos a alguien como él desde hace mucho. Los morenos dicen que los blancuzcos encuentran los filones, y los morenos saben de qué hablan. Se pasan cavando más tiempo que los chicos y yo, y eso que nosotros cavamos desde el alba hasta el ocaso casi todos los días. Si a Shaw no se le hubiera metido en la cabeza hace un rato dejarlo e irse al pueblo, todavía estaríamos trabajando ahora en ese agujero de allá.

Pluto hizo ademán de incorporarse, pero el esfuerzo le desanimó. Volvió a recostarse, respirando profundamente, para descansar un rato más.

—Yo no sería muy duro con ese albino, Ty Ty —le aconsejó—. No sé cómo pretendes atraparlo, así que no puedo darte mi opinión, pero yo que tú no le dispararía. Herirle va contra la ley, y yo iría sobre seguro y no le haría más daño del necesario. Te hace falta el albino tan desesperadamente que sería una tontería correr ningún riesgo buscándote problemas innecesarios con la ley, justo cuando acabas de atraparlo. Así que captúralo sin que se te vaya la mano, haz lo posible por no herirlo y que no le queden cicatrices.

—Nadie resultará herido —le prometió Ty Ty—. Seré tan amable con él como con un recién nacido. Lo necesito demasiado para pasarme de la raya.

—Ahora tengo que irme —dijo Pluto sin moverse.

—¿No hace demasiado calor? —preguntó Ty Ty, mirando hacia la tierra endurecida por el sol.

A Pluto le entró calor con solo pensarlo. Cerró los ojos, pero no se sintió más fresco.

—Hace demasiado calor para ir por ahí buscando votos —dijo Pluto—. Y eso es un hecho.

Se quedaron sentados un rato más, observando a Buck y Shaw, que trabajaban en el voluminoso automóvil en el patio junto a la casa. Griselda, sentada en los peldaños del porche, los miraba. Darling Jill seguía sin aparecer.

—Después de atrapar al albino y traerlo a casa, necesitaremos toda la ayuda que podamos conseguir —dijo Ty Ty—. Creo que tendré que poner a cavar a Darling Jill y a Griselda también. Ojalá Rosamond estuviera aquí. Ella nos sería de gran ayuda. ¿Crees que podrías acercarte dentro de un par de días y cavar un poco con nosotros, Pluto? Nos ayudarías mucho. No sabes cómo te agradecería que cavaras lo que pudieras.

—Tengo que andar arriba y abajo haciendo campaña, Ty Ty —dijo Pluto negando con la cabeza—. Los otros candidatos a *sheriff* se patean el condado día y noche. Tengo que perseguir a los votantes cada minuto que pueda. Los votantes de por aquí son gente rara, Ty Ty. Uno te promete que te votará y antes de que te des cuenta te enteras de que le ha prometido lo mismo al siguiente tipo que se ha presentado después que tú. No puedo perder esta elección. Si la pierdo te aseguro que no sé cómo voy a ganarme la vida. No puedo dejar escapar un empleo tan bueno cuando no tengo otro modo de ganármela.

—¿Cuántos se presentan contra ti, Pluto?

—¿Para *sheriff*?

—Claro, ¿para qué sino?

—La última vez que supe algo, esta mañana, éramos once, pero por la noche es probable que se hayan presentado dos o tres más. Aunque, bien mirado, los candidatos de verdad son pocos, salvo si cuentas a los contratados que piden el voto para ellos, esperando que los nombren ayudantes. Ahora parece que cada vez que abordas a un tipo para pedirle el voto, le entra el gusanillo, y ni le has dado la espalda y ya lo tienes presentándose a un cargo él mismo. Si las cosas no mejoran antes del otoño, va a haber tanta gente presentándose a cargos del condado que no quedará ni un solo votante.

Pluto empezaba a arrepentirse de haber dejado las calles umbrías del pueblo para venir al campo y abrasarse bajo el sol. Esperaba ver a Darling Jill, pero como esta no aparecía, estaba pensando volver al pueblo sin visitar a los votantes que vivían por la carretera.

—Si dispusieras de un poco de tiempo libre, Pluto, te agradecería que te pasaras por aquí dentro de un par de días y nos echaras una mano con una pala. Nos ayudarías mucho. Y mientras excavas, no deberías olvidar los tres o cuatro votos que hay en esta granja. Votos son lo que más te hace falta ahora.

—Procuraré pasarme pronto, y cuando venga a ver si doy unas paladas, siempre que el agujero no sea muy hondo. No quiero meterme en un sitio del que no pueda salir. Cuando hayas traído a ese albino no será necesario trabajar tanto. Todos tus problemas habrán acabado, Ty Ty, y lo único que tendrás que hacer será cavar hasta dar con el filón.

—Ojalá sea así —dijo Ty Ty—. Llevo quince años excavando y no viene mal que me animen un poco.

—Un albino puede encontrarlo —dijo Pluto—. Y eso es un hecho.

—Los chicos están listos para salir —dijo Ty Ty levantándose—. Tenemos que ponernos en marcha antes de que caiga la noche. Quiero enganchar a ese blancuzco antes del amanecer.

Ty Ty se encaminó por el sendero hacia la casa, donde lo esperaban sus hijos. No se volvió a comprobar si Pluto se había levantado porque tenía mucha prisa. Pluto se levantó por fin lentamente y siguió a Ty Ty entre los profundos agujeros y los altos montones de tierra hacia su coche, que había dejado en la carretera delante de la casa hacía dos horas. Esperaba ver a Darling Jill antes de marcharse, pero no había rastro de ella por ninguna parte.

Tres

Cuando Ty Ty y Pluto llegaron a la casa, encontraron a los chicos descansando. Las ruedas estaban tirantes e hinchadas y el radiador lleno hasta los topes. Todo parecía preparado para el viaje. Mientras esperaban a que su padre se decidiese a partir, Shaw se había sentado en el estribo del coche a liar un cigarrillo, y Buck, en los peldaños del porche, abrazaba la cintura de su mujer. Griselda jugueteaba con el pelo de Buck, despeinándose con las manos.

—Aquí viene —dijo Griselda—, pero no parece que tenga mucha prisa.

—Chicos —dijo Ty Ty, que se acercó al tocón de sicómoro y se sentó a descansar—, tenemos que ponernos en marcha. Quiero pillar a ese blancuzco antes del alba de mañana. Si anda por los campos, le habré echado el guante antes del amanecer, sino antes.

—Tendrás que vigilarle cuando lo traigas, ¿no, papá? —preguntó Griselda—. En cuanto se enteren de que tienes un hombre que hace conjuros, a lo mejor los morenos quieren llevárselo.

—Un momento, tranquilízate, Griselda —replicó Ty Ty con irritación—. Sabes muy bien que no me trago ninguna de esas bobadas de supersticiones ni conjuros. Vamos a hacer todo esto científicamente, nada de tontear con conjuros. Para dar con un filón hace falta un hombre de ciencia. Nadie ha visto que los morenos encuentren muchas pepitas pese a toda su charlatanería de enteradillos sobre los conjuros. Y eso es porque así no se hacen las cosas, ni más ni menos. Yo voy a llevar este asunto científicamente desde el principio. Así que cállate, Griselda.

—Pues los morenos sacan pepitas de algún sitio —dijo Buck—. He visto muchas, y salen de la tierra. Si supieran que hay un albino por el condado o en los alrededores, les encantaría atraparlo. Si no tuvieran tanto miedo, irían a por él.

Ty Ty apartó la mirada, harto de discutir con ellos. Sabía qué tenía que hacer, pero, después de un duro día de trabajo en el agujero, estaba demasiado cansado para intentar convencerles de nada. Se dio la vuelta y miró en otra dirección.

Era una hora avanzada de la tarde, pero el sol parecía estar todavía a más de un kilómetro de altura, y hacía el mismo calor sofocante que durante todo el día.

—Lo siento, tengo que irme corriendo, chicos —dijo Pluto, que se sentó en los peldaños, a la sombra—. Entre esta casa y el cruce de la carretera, hay una urna llena de votos y tengo que conseguirlos todos antes de que se ponga el sol esta noche. No sirve de nada posponer las cosas. Así que tengo que irme con este calor.

Shaw y Buck miraron a Pluto un momento, luego miraron a Griselda y se carcajearon. Pluto ni se habría dado cuenta de no haber seguido riéndose un buen rato.

—¿Qué te parece tan gracioso, Buck? —preguntó mirando a su alrededor por el patio y, finalmente, a su rebosante barriga.

Griselda volvió a reírse al verle.

Buck le dio un codazo para que respondiera a Pluto.

—Señor Swint —dijo—, me da la impresión de que tendrá que esperar hasta mañana para conseguir más votos. Darling Jill se ha ido por la carretera hará una hora y todavía no ha vuelto. Se llevó su coche.

Pluto se sacudió como un perro empapado bajo la lluvia. Hizo además de levantarse, pero no pudo incorporarse de los peldaños. Miró al otro lado del patio, adonde había dejado su coche por la tarde, y no estaba. No lo veía por ninguna parte.

Ty Ty se inclinó para oír la conversación.

Pluto había tenido tiempo de sobra para responder, pero no había pronunciado ningún sonido inteligible. Dada la situación, no sabía qué hacer ni qué decir. Así que se quedó sentado donde estaba, sin abrir la boca.

—Señor Swint —repitió Griselda—, Darling Jill se ha marchado en su automóvil.

—Se ha ido —acertó a decir débilmente Pluto—, sí. Y eso es un hecho.

—No se lo tomes en serio —dijo Ty Ty con tono de consuelo—, Pluto. Darling Jill a veces se pone un poco tonta, y por nada.

Pluto se hundió en los peldaños, y al relajarse, el cuerpo se aplanó sobre los tablones. Dio otro mordisco al tabaco de mascar amarillo. No sabía qué más hacer.

—Tendríamos que ponernos en marcha, papá —dijo Shaw—, se está haciendo tarde.

—Vaya, hijo —dijo—, creí que habías dejado de trabajar hace ya un par de horas para irte al pueblo. ¿Qué ha pasado con la partida de billar que ibas a jugar?

—No iba al pueblo a jugar a billar. Prefiero pasarme esta noche en el pantano.

—Pues si no querías ir a jugar a billar, ¿qué ha pasado con esa mujer que buscabas?

Shaw se alejó sin responder. Cuando Ty Ty se burlaba de él, Shaw se limitaba a quitarse de en medio. A su padre no podía explicarle ciertas cosas, y hacía ya mucho que había decidido que lo mejor era dejarle que dijera lo que quisiera.

—Ya es hora de ponerse en camino —dijo Buck.

—Eso sí que es verdad —dijo Ty Ty, que se dirigió al establo.

Volvió al cabo de un momento con varias correas de arado colgadas del brazo. Las echó en el asiento trasero del coche y volvió a sentarse en el tocón.

—Chicos —dijo—, acaba de ocurrírseme una idea. Voy a llamar a Rosamond y a Will para que vengan. Necesitamos que nos ayuden a excavar ahora que ese albino va a decirnos dónde está el filón, y Rosamond y Will no es que estén muy ocupados últimamente. La fábrica de Scottsville está cerrada otra vez, y Will no da palo al agua. Para lo que hace, bien podría estar aquí echándonos una mano. Rosamond y Griselda pueden ayudar mucho, y hasta Darling Jill. Entendedme, no estoy diciendo que las chicas trabajen como los demás. Pero pueden ayudarnos, y tanto que sí. Pueden cocinar para nosotros, llevar agua y cosas así. Griselda, aquí presente, y Rosamond ayudarán de buena gana, pero no estoy tan seguro de Darling Jill. Intentaré convencerla de que haga algo por nosotros en los agujeros. En mi casa,

nunca permitiría que una chica trabajara como un hombre, pero no cejaré hasta convencer a Darling Jill de que me ayude.

—Me gustaría ver cómo consigues que Will Thompson se ponga a cavar —dijo Shaw, sacudiendo la cabeza hacia su padre—. Ese Will Thompson es el blanco más vago que vive a este lado de Atlanta. Jamás lo he visto trabajar, al menos, no por aquí. No sé qué hará en esa fábrica de algodón, cuando está abierta, pero seguro que no gran cosa. Will Thompson no va a cavar mucho, te lo aseguro, ni aunque baje al agujero y simule todos los movimientos.

—Chicos, no entendéis a Will como yo. Will es tan buen trabajador como el que más. La razón de que no le guste excavar en los agujeros es que aquí no se siente en casa. Will es hombre de fábrica, y le cuesta estar en el campo, en una granja. Pero puede que esta vez sí excave. Si quiere, es capaz de hacerlo tan bien como el que más, os lo digo yo. Puede que ahora le entre la fiebre del oro y empiece a excavar como un loco. Uno nunca sabe cómo reaccionará un hombre al que le entra la fiebre, a lo mejor te levantas por la mañana, sales y te lo encuentras excavando sin descanso. Todavía no conozco a ningún hombre ni tampoco a ninguna mujer que se resista al impulso de bajar al agujero y cavar cuando le entra la fiebre del oro. Empiezas a imaginar que vas a encontrar un puñado de esas pequeñas pepitas amarillas, quién sabe si con el siguiente golpe de pico, y, ¡Dios bendito!, ¡cavas y cavas sin parar! Por eso voy a llamar a Rosamond y Will inmediatamente. Necesitaremos toda la ayuda que podamos conseguir, hijo. Ese filón podría estar a nueve metros de profundidad, en un sitio donde todavía no hayamos excavado nunca.

—Y si estuviera en la parcela de Dios —dijo Buck—, ¿qué harías? No te pondrías a extraer las pepitas si van a acabar en manos del predicador y de la iglesia, ¿verdad que no? Yo no lo haría. Todo el oro que saque irá a parar a mis bolsillos, al menos la parte que me corresponda. No pienso dárselo al predicador.

—No deberíamos tocar esa parcela hasta que sepamos dónde está el oro —dijo Shaw—. A Dios no le hace ninguna falta y al paso que vamos seguro que acabaremos encontrando el filón en ella. Me reventaría tener que sacar las pepitas para ver cómo se las lleva el predicador. Soy partidario de que cambiemos de sitio la parcela hasta descubrir qué hay debajo.

—Muy bien, chicos —convino Ty Ty—. La cambiaré otra vez de sitio, pero no tengo la menor intención de eliminar la parcela de Dios. Es Suya y no voy a arrebátarsela después de veintisiete años. No sería correcto. Pero no hay nada malo en desplazarla un poco si es necesario. Sería una verdadera pena dar con un filón debajo, lo reconozco, y creo que lo mejor es que la cambie de sitio para no preocuparnos más.

—¿Por qué no la pones aquí, en la casa y el establo, papá? —sugirió Griselda—. Debajo de la casa no hay nada y, en cualquier caso, no puedes excavar en los cimientos.

—No se me había ocurrido, Griselda —dijo Ty Ty—, pero no me parece mala

idea; sí, creo que la voy a cambiar aquí. No sabes cuánto me alegro de quitarme este peso de encima.

Pluto volvió la cabeza y miró a Ty Ty.

—¿No la habías cambiado ya de sitio, Ty Ty?

—¿Ya? Bueno, la verdad es que sí. Ahora mismo estamos sentados en la parcela de Dios. La he traído de allá hasta aquí.

—Eres el hombre más rápido que conozco —dijo Pluto negando con la cabeza—. Y eso es un hecho.

Buck y Griselda doblaron la esquina de la casa y desaparecieron. Shaw se disponía a seguirlos pero cambió de opinión y se lio otro cigarrillo. Estaba listo para el viaje y no deseaba posponer más la partida. Pero sabía que Ty Ty no se pondría en marcha hasta que se hubiera cansado de estar sentado.

Pluto, que no se había movido de la escalera, pensaba en Darling Jill, preguntándose por dónde andaría. Le gustaría que volviera para sentarse a su lado y abrazarla. Algunas veces ella le dejaba; otras, no. En eso era tan voluble como en todo lo demás. Pluto no sabía qué hacer con ella: era ese tipo de chica y no tenía la menor idea de cómo cambiarla. Pero, mientras se sentara a su lado y le dejara abrazarla, se daba por contento; solo se disgustaba de verdad cuando ella le abofeteaba y le daba puñetazos en la barriga.

Un automóvil pasó por delante de la casa envuelto en una nube de polvo rojo que cubrió la cuneta y dejó las hierbas y los árboles con un aspecto más mortecino que nunca. Pluto miró el coche, pero al instante se dio cuenta de que no lo conducía Darling Jill y dejó de interesarle. El vehículo se perdió de vista tras la curva de la carretera; el polvo permaneció flotando en el aire durante mucho tiempo.

La última vez que vio a Darling Jill, ella le había echado a los cinco minutos. Eso dolió a Pluto, que volvió a su casa y se metió en la cama. Había ido a verla por la tarde, esperando, confiado, pasar al menos varias horas con ella, pero a los cinco minutos de llegar se encontró de nuevo de camino a casa. Darling Jill le dijo que se largara. Por si fuera poco, le abofeteó y le dio puñetazos en la barriga. Ahora Pluto tenía la esperanza de que se cumpliera la ley de promedios o, al menos, la de compensación, y que su encuentro esta vez sería completamente distinto. Esta vez, si existía justicia, ella se alegraría de verlo, incluso era posible que le permitiera abrazarla, aunque solo fuera para compensar la visita anterior, y que le dejara besarla muchas veces. Darling Jill debería comportarse así, pero él no tenía nada claro cómo reaccionaría. La chica era tan imprevisible como sus posibilidades de salir elegido *sheriff* ese otoño.

Al acordarse de la ya próxima elección, Pluto se estremeció. Hizo ademán de levantarse, pero siguió sentado. No podía ir a pie por ahí con ese calor, caminando por la carretera para visitar a los votantes.

Buck y Griselda volvieron con dos grandes sandías Senator Watson y un salero. Buck llevaba un cuchillo de carnicero en la mano. Pluto se olvidó de sus problemas

cuando vio las inmensas sandías y se incorporó. Ty Ty también se irguió. Buck y Griselda dejaron las sandías en el porche, Ty Ty se acercó y las cortó en cuartos.

Griselda le llevó su porción a Pluto, que le agradeció repetidamente el gesto amable. Mientras Griselda estuviera ya de pie, no tenía por qué levantarse a buscar su rodaja. Si ella no se la hubiera traído, él no estaba muy seguro de haberse podido levantar. Griselda se sentó a su lado y le observó mientras bajaba la cara hacia la fresca pulpa de la fruta. Las sandías llevaban dos días enfriándose en el fondo del pozo y estaban heladas.

—Señor Swint —dijo ella mirándole—, sus ojos parecen semillas de sandía.

Todos se rieron. Pluto sabía que la chica tenía razón. Casi podía verse a sí mismo en ese momento.

—Vaya, Griselda —dijo—, te estás burlando de mí otra vez.

—No he podido evitar el comentario, señor Swint. Tiene los ojos tan pequeños y la cara tan roja que parece tal que una sandía con dos pepitas que sobresalen.

Ty Ty se rio otra vez, más alto que antes.

—Hay un momento para divertirse y un momento para trabajar —dijo, escupiendo pepitas— y ahora es momento de trabajar. Tenemos que ponernos en marcha, chicos. Ya hemos estado vagueando en casa más que suficiente por hoy, y tenemos que ponernos en camino. Voy a enganchar a ese albino antes del amanecer de mañana. Vamos, en marcha.

Pluto se secó las manos y la cara y dejó la cáscara a un lado. Le entraron ganas de guiñarle un ojo a Griselda y apoyar la mano en sus rodillas. Al cabo de un par de minutos, reunió el valor para guiñarle una de sus pepitas de sandía, pero, por más que se esforzaba no se atrevía a tocarla. La sola idea de apoyar la mano en sus rodillas y, si fuera posible, deslizar los dedos entre sus piernas hizo que la cara y el cuello se le sonrojaran. Tamborileó con los dedos sobre los escalones, a ritmo de siete octavas, silbando por lo bajini, presa del pánico ante la posibilidad de que alguien leyera sus pensamientos.

—Buck tiene una esposa muy guapa, ¿verdad Pluto? —le preguntó Ty Ty, escupiendo otro montón de pepitas de sandía—. ¿Has visto a otra chica tan guapa en el campo? Fíjate en la piel cremosa y en el dorado de su pelo, por no mencionar el azul tan claro de sus ojos. Y, ya que me he puesto, no puedo pasar por alto el resto de su cuerpo. Creo que Griselda es la chica más bonita que he visto en mi vida. Tiene el par más hermoso de bellezas turgentes que un hombre puede soñar. Todavía no puedo creerme que Dios haya puesto tal preciosidad en esta casa, junto a un viejo pesado como yo. Tal vez no sea digno de ella, pero te aseguro que, mientras pueda, voy a mirarla hasta hartarme.

Griselda dejó caer la cabeza y se ruborizó.

—Oh, por favor, papá —le rogó.

—¿No tengo razón, Pluto?

—Es una jovencita perfecta —dijo Pluto—. Y eso es un hecho.

Griselda miró a Buck y se ruborizó de nuevo. Buck se rio de ella.

—Hijo —dijo Ty Ty volviéndose hacia Buck—, ¿dónde la encontraste, hombre afortunado?

—La verdad es que no había más como ella —respondió Buck—, era lo mejorcito de la cosecha.

—Basta ya, papá, y tú también, Buck —dijo Griselda, llevándose las manos a la cara para ocultarla.

—No quiero molestarte, Griselda —dijo Ty Ty—, pero en cuanto empiezo a hablar de ti, no puedo parar. Solo quiero alabar tu hermosura. Y creo que lo haría cualquier hombre que te haya visto como yo. La primera vez que te vi, cuando Buck te trajo de allá de donde vengas, me entraron ganas de arrojarme al suelo y ponerme a lamer cualquier cosa. Es una sensación muy rara para un hombre y, cuando me asalta, me enorgullezco de poder contarlo.

—Por favor, papá —insistió ella.

Ty Ty siguió hablando, pero nadie pudo entender sus palabras. Sentado en el tocón, mascullaba para sí, con la mirada fija en la arena blanca y dura a sus pies.

Pluto movió ligeramente las manos. Deseaba acercarse a Griselda, pero le daba miedo. Se volvió para comprobar si alguien miraba. Los demás estaban cada uno a lo suyo, así que con gesto apresurado apoyó la mano en las piernas de la chica y se acercó. Griselda se dio la vuelta y le abofeteó tan rápidamente que Pluto ni supo de dónde le había caído el golpe. Sintió que la sangre le fluía a las mejillas escocidas y oyó un tintineo de campanas en las orejas. Cuando por fin pudo abrir los ojos y mirar, Griselda se había levantado y estaba ante él, mientras Buck y Shaw se retorcían de risa.

—¡Yo te enseñaré a no ser un fresco conmigo, pedazo de sebo! —le chilló enojada—. No me confundas con Darling Jill. Puede que ella no te abofetee siempre, pero yo no te dejaré pasar ni una. Más te vale no intentarlo otra vez.

Ty Ty se levantó, atravesó el patio y fue a ver si Pluto estaba malherido.

—Pluto no quería hacerte ningún daño, Griselda —dijo Ty Ty intentando calmarla—; jamás te haría daño, y menos con Buck por aquí.

—Más vale que se vaya a buscar sus votos por ahí, señor Swint —dijo ella.

—Vamos, Griselda, sabes muy bien que Pluto no puede marcharse hasta que vuelva Darling Jill con su coche.

—Puede andar, ¿o no? —preguntó mofándose de Pluto—. No me parece que haya engordado tanto que no pueda ni andar.

Pluto miró a su alrededor frenéticamente, como si buscara algo a lo que aferrarse. La idea de ponerse a caminar bajo aquel sol de justicia por el polvo rojo le aterrorizaba. Se agarró a los tablones salientes de los peldaños con ambas manos.

Shaw vio que alguien se acercaba a la casa desde el establo. Volvió a mirar al cabo de un momento y reconoció a Black Sam. Cuando el hombre de color ya estaba cerca, Shaw salió del patio y fue a su encuentro.

—Señor Shaw —dijo Black Sam quitándose el sombrero—, me gustaría mucho hablar con su padre. Tengo que verlo.

—¿Y para qué quieres verlo? Ya te expliqué lo que dijo sobre la comida.

—Sí, ya lo sé, señor Shaw, pero tengo hambre igual. Me gustaría ver a su padre, por favor, señor, patrón.

Shaw llamó a Ty Ty para que se acercara a la esquina.

—Señor Ty Ty, me he quedado sin nada que comer en casa, no hemos probado bocado en todo el día. Mi mujer tiene que llevarse algo a la boca.

—¡Por el maldito infierno! ¿Cómo te atreves a venir a casa a molestarme, Black Sam? —gritó Ty Ty—. Ya mandé que te dijeran que te daría algo de comida cuando tuviera tiempo. No puedes venir a molestarme con esas tonterías. Ahora vete a tu casa y deja de incordiarme. Voy a salir a atrapar un blancuzco esta noche y tengo que concentrarme por entero en eso. Ese blancuzco va a ayudarme a encontrar el filón.

—¿Se refiere a un hombre que hace conjuros, señor Ty Ty? —preguntó temeroso Black Sam—. Señor Ty Ty, por favor, señor, amos blancos, no traigan a ningún hombre que hace conjuros. Señor Ty Ty, por favor, señor, patrón, no podría soportarlo.

—Cállate de una vez —dijo Ty Ty—. No es cosa tuya lo que yo haga o deje de hacer. Vete a tu casa y no vuelvas por aquí cuando esté ocupado.

El hombre de color retrocedió. Por el momento se había olvidado de su hambre. La idea de ver a un albino le dejó sin aliento.

—Eh, espera un momento —dijo Ty Ty—. Si matas ese mulo y te lo comes mientras estoy fuera, cuando vuelva me encargará de que lo pagues, y no con dinero porque bien sé que no tienes ni un céntimo.

—No, señor, no, señor Ty Ty, no haría nada así. No me comeré su mulo, patrón. Nunca se me ocurriría. Pero, por favor, señor, capitán blanco, no traiga ningún hombre que hace conjuros.

Black Sam se alejó de Ty Ty. Los ojos se le veían anormalmente grandes y extraordinariamente blancos.

Cuando Ty Ty se dio la vuelta y regresó al patio delantero, Shaw se acercó al hombre de color.

—Cuando nos marchemos —dijo—, pásate por la puerta de atrás y la señora Griselda te dará algo de la cocina. Avisa al tío Felix y que venga también a por algo.

Black Sam se lo agradeció, pero al instante no recordaba ni una palabra de lo que acababa de decirle Shaw. Se dio la vuelta y corrió hacia el establo mascullando entre dientes.

Cuatro

Buck iba y venía impaciente entre el porche y el coche.

—Pongámonos en marcha, papá —dijo—. Si no salimos pronto, vamos a pasarnos toda la noche vagando por el pantano. Y no me hacen ninguna gracia los pantanos después de anocheecer.

—Creía que querías avisar a Rosamond y Will —intervino Griselda mirando a su suegro—. Pues más vale que escribas la carta ahora mismo y la envíes cuando pases por el pueblo.

—No voy a enviar ninguna carta —dijo Ty Ty—. Una carta tardaría demasiado. Había pensado que alguno de vosotros fuera a buscarlos. Supongo que Darling Jill podría acercarse a Scottsville y traerlos. La mandaré en el autobús a Augusta, y llegará esta noche temprano. Pueden volver mañana por la mañana en el autobús y estarán aquí a tiempo para empezar a excavar por la tarde, en cuanto acabemos de comer.

—Darling Jill no está —dijo Buck—. Y no hay forma de saber cuándo volverá. Si nos quedamos a esperarla, no iremos al pantano.

Pluto se irguió y miró la carretera. Tal como estaban las cosas, nunca visitaría a sus votantes.

—Estará de vuelta en cualquier momento —dijo Ty Ty en tono tranquilizador—. Esperaremos y la llevaremos a Marion. Cuando lleguemos al pueblo, la dejaremos en la estación de autobuses y luego iremos al pantano a por ese albino. Eso es lo que haremos. Darling Jill llegará de un momento a otro. No va a tardar mucho, sería una tontería que nos marcháramos ahora.

Buck se encogió de hombros y paseó con desgana por el patio. Ya habían malgastado dos horas y el retraso no había servido para nada.

—Yo... —dijo Pluto, y entonces vaciló.

—¿Tú qué? —preguntó Ty Ty.

—Bueno, iba a decir que...

—¿Qué? Vamos Pluto, habla de una vez. Estás en familia.

—Si ella no se opone, había pensado que...

—¡Por el maldito infierno! ¿Qué se te ha ocurrido, Pluto? —preguntó con audible irritación Ty Ty—. Empiezas a decir algo, la cara y el cuello se te ponen rojos como un tomate, y parece como si te diera miedo decirlo y más miedo no decirlo. Vamos, habla de una vez, dime de qué se trata.

El rostro de Pluto se ruborizó de nuevo. Paseó la mirada por todos los presentes, de uno en uno, sacó el pañuelo y, sosteniéndolo ante la cara, fingió que se la secaba. Cuando se apagó un poco el rubor, se guardó el pañuelo en el bolsillo.

—Iba a decir que no me importaría acercarme en mi coche a Darling Jill hasta Horse Creek Valley esta noche, si es que me lo devuelve antes, claro; me encantaría llevarla si me deja.

—Vaya, eso sí que es un detalle de buen vecino, Pluto —dijo entusiasmado Ty Ty—. Ahora puedo asegurarte que tendrás nuestros votos. Si la llevas hasta allí, me ahorrarás además algún dinero. Le diré que vaya contigo. No le importará, claro que no. ¿Qué quieres decir con eso de si ella te deja? Yo se lo mandaré, Pluto. Muy agradecido por tu ofrecimiento. Me ahorraré un buen dinero.

—¿Y crees que vendrá conmigo...? Quiero decir, ¿crees que aceptará que la lleve hasta allí en mi coche, si es que me lo devuelve antes?

—Si yo se lo mando claro que querrá, y seguro que se alegra mucho de que la lleves —dijo Ty Ty categóricamente, escupiendo en una cebolla silvestre que crecía a sus pies—. No te equivoques y pienses que yo no tengo ningún poder sobre mis propios hijos, Pluto. Ella irá, no te quepa duda, cuando yo se lo mande. No le importará.

—Pues si Pluto va a llevarla, pongámonos en marcha de una vez, papá —dijo Buck—. Se está haciendo tarde. A poco que podamos, quiero estar de vuelta antes de medianoche.

—Chicos —dijo Ty Ty—, no sabéis cuánto me enorgullece oírlos decir que queréis ponerlos en marcha. Saldremos ahora mismo. Pluto, tú llevas a Darling Jill a Scottsville y la dejas con Rosamond y Will. Es muy amable por tu parte. Te estoy muy agradecido, Pluto.

Ty Ty subió corriendo la escalera del porche y volvió a bajarlas. Por un instante había olvidado lo nervioso que le ponía la posibilidad de encontrar al albino.

—Griselda, cuando vuelva Darling Jill, dile que vaya a Horse Creek Valley y traiga a Rosamond y Will mañana por la mañana. Tendrá que explicarles por qué, así que tú le explicas a ella lo que debe decirles: los necesitamos para que nos ayuden a cavar. Dile a Darling Jill que los chicos y yo nos hemos ido al pantano a buscar a ese blancuzco y que encontraremos el filón en menos que canta un gallo. No sabría decirte exactamente cuándo, pero sí que será en menos que canta un gallo. Cuando demos con el filón, os compraré a las dos los vestidos más elegantes que haya en las tiendas de la ciudad. Y también a Rosamond. Quiero que ella y Will sepan que necesitamos su ayuda con urgencia, y quiero que vengan mañana mismo y nos echen una mano. Empezaremos a cavar mañana en cuanto hayamos comido, y cavaremos y seguiremos cavando sin parar.

Ty Ty rebuscó en su bolsillo. Al final extrajo una moneda de cuarto de dólar y se la dio a Griselda.

—Toma esto y cómprate alguna cosita la próxima vez que vayas al pueblo —la instó—. Ojalá tuviera más que darte porque eres muy bonita y cuando te miro, me duele, pero la pena es que todavía no hemos encontrado el filón.

—Pongámonos en marcha, papá —dijo Shaw.

Buck arrancó con la manivela el gran coche de siete pasajeros y puso el motor al ralentí mientras su padre daba las últimas instrucciones a Griselda para Darling Jill. Cuando Buck pensó que Ty Ty se disponía por fin a subir al vehículo, este giró sobre

sus talones y corrió al establo. Al cabo de un momento volvió corriendo con tres o cuatro correas de arado. Las arrojó al asiento de atrás, con las demás.

Ty Ty se quedó mirando a Pluto, que seguía sentado en la escalera, durante unos minutos, con el entrecejo fruncido, concentrado, como si intentara recordar algo que quería decirle antes de marcharse. Incapaz de acordarse, subió al coche con Buck y Shaw. Buck aceleró y una nube de humo negro salió del tubo de escape. Ty Ty se dio la vuelta y se despidió con la mano de Griselda y Pluto.

—Acordaos de decirle a Darling Jill lo que os he dicho —gritó—. Y que vuelva a casa a primera hora de la mañana sin falta.

Shaw tuvo que agarrar a su padre y cerrar de golpe la puerta que este, nervioso, no había ajustado bien. Con un estruendoso rugido y el olor a rancio que despedía el tubo de escape, el voluminoso vehículo salió del patio y entró ruidosamente en la carretera.

—Espero que encuentren a ese albino —dijo Pluto, pero sin dirigirse a Griselda—. Si no lo encuentran, Ty Ty volverá maldiciendo y acusándome de haberle mentado. Pues juro por Dios que aquel tipo dijo que lo había visto entre la maleza al borde del pantano, cortando leña, en carne y hueso. Si Ty Ty no lo encuentra, no me votará. Sería espantoso. Y eso es un hecho.

Mientras Pluto hablaba, Griselda se fue al porche. Primero, porque no oía lo que él mascullaba casi para sí; y, segundo, porque no le apetecía estar en el patio con él. Se sentó en una mecedora y miró la nuca de Pluto. Desde aquel sitio, veía mejor la carretera y estaba atenta a la primera señal de la vuelta a casa de Darling Jill.

Pluto se quedó sentado solo, hablando entre dientes. Ya no levantaba la voz porque le daba igual que ella lo oyese o no. Pensaba qué diría y haría Ty Ty Walden si no encontraba al albino. Empezaba a arrepentirse de haber mencionado su existencia. Se dio cuenta de que más le hubiera valido haberse callado en lugar de hablar de algo de lo que no estaba seguro.

Griselda se levantó y miró la carretera.

—¿Es ese tu coche, Pluto? —preguntó, señalando por encima de su cabeza hacia la nube de polvo rojo que se levantaba en la carretera—. Parece que la que va al volante es Darling Jill.

Pluto se puso de pie con esfuerzo. Dio unos pasos hacia la carretera. Esperó junto al tocón de sicomoro mientras se acercaba el automóvil. Hacía mucho ruido, pero sí parecía su coche. Se preguntó a qué se debería tanto estruendo. Nunca lo había notado cuando conducía.

—Sí —confirmó Griselda—, esa es Darling Jill, Pluto. ¿Es que no reconoces tu propio coche?

Darling Jill entró en el patio sin reducir la velocidad. El pesado sedán resbaló una docena de pies, frenó en seco y dio media vuelta en el patio. Una de las ruedas traseras estaba tan plana como una tabla y la cámara, que colgaba del borde, parecía hecha jirones. Al verlo, Pluto sintió que se abatía sobre él una fatiga inmensa.

Oyó a Griselda bajar por la escalera a sus espaldas y se apartó un poco para dejarle paso.

—Tenías un pinchazo, Pluto —dijo Darling Jill—, ¿lo ves?

Pluto intentó decir algo pero le costaba separar la lengua del paladar. Cuando por fin pudo moverla, se le cayó entre los labios y le quedó colgando fuera.

—¿Qué te pasa? —preguntó Darling Jill, apeándose de un salto—. ¿Es que no lo ves? No eres ciego, ¿verdad que no?

—¿Quién tenía un pinchazo? —acertó a preguntar Pluto. Se dio cuenta de la debilidad de su voz solo después de haber hablado—. ¿Quién?

—Tú, culo gordo —replicó Darling Jill—. ¿Qué te pasa, es que no ves?

Griselda se acercó corriendo.

—Calla, Darling Jill —le advirtió—; no hables así.

En cuanto se recuperó del disgusto, Pluto empezó a levantar el coche con el gato para colocar la rueda de repuesto. Mientras cambiaba la rueda, resoplando y resollando, no tuvo ni una palabra de reproche para Darling Jill por rajar una llanta completamente nueva y hacer trizas una cámara también nueva de dos dólares. Ella le miró trabajar un momento, se rio de él y fue al porche con Griselda.

—¿Quién se ha comido las sandías y no me ha dejado nada?

—Ha sobrado mucha sandía —dijo Griselda—. Te he guardado dos trozos grandes en la cocina.

—¿Qué pinta Pluto Swint aquí?

—Papá quiere que vayas a buscar a Rosamond y Will y los traigas —dijo Griselda, acordándose rápidamente de las instrucciones de Ty Ty—. Papá, Buck y Shaw han ido al pantano a atrapar a un albino que adivinará dónde está el filón, y papá ha dicho que necesitaba a Rosamond y Will para que le ayudaran a excavar. Pluto te llevará ahora mismo, y papá ha dicho que Rosamond, Will y tú volvierais mañana por la mañana en el primer autobús. Ojalá pudiera ir yo también.

—Pues ven, ¿qué te lo impide?

—Buck dijo que a lo mejor regresaban antes de medianoche, y quiero estar aquí cuando vuelva. Ya iré en otra ocasión. Más vale que te des prisa y te vistas.

—Estaré lista enseguida —dijo Darling Jill—. Pero primero tengo que darme un baño. No dejes que Pluto se vaya sin mí. Estaré lista en un abrir y cerrar de ojos. No tardo nada.

—No te preocupes, te esperará —dijo Griselda, que la siguió a la casa—. No se moverá de aquí, seguro. Ni por la fuerza se iría sin ti.

Darling Jill y Griselda entraron en la casa y dejaron solo a Pluto en el patio cambiando la rueda. Ya había sacado la llanta pinchada y se disponía a colocar la rueda de recambio y tensar las tuercas. Siguió trabajando bajo el calor, sin darse cuenta de que Griselda y Darling Jill le habían abandonado en el patio.

Cuando acabó, guardó el gato y la llave bajo el asiento, se levantó e intentó sacudirse el polvo de la ropa. Tenía la cara y los brazos cubiertos de tierra y de sudor

y las manos mugrientas. Durante un buen rato trató de limpiarse con el pañuelo, pero acabó dejándolo por imposible. Rodeó la casa y se dirigió al pozo del patio trasero donde podría lavarse la cara y las manos.

Llegó a la esquina de la casa sin levantar los ojos del suelo. Entonces, alzó la vista y vio a Darling Jill en el patio.

En un primer momento, retrocedió; pero luego se adelantó y echó un segundo vistazo. Y ya no supo qué hacer.

Griselda, sentada en el peldaño superior del porche, hablaba con Darling Jill. No había visto a Pluto. Darling Jill estaba de pie en un gran barreño esmaltado que habían sacado a toda prisa al patio, dejándolo entre el porche y el pozo. Cuando Pluto la vio estaba hablando con Griselda mientras se enjabonaba los brazos.

Fue en ese momento cuando Pluto se dio cuenta por fin de dónde estaba. No quería darse la vuelta y marcharse, pero le daba miedo acercarse más.

—¡Que me zurzan! —exclamó boquiabierto.

Darling Jill le oyó y lo vio. Se quedó inmóvil, con la toallita enjabonada sobre el hombro, y lo miró fijamente. Griselda se volvió para ver qué atraía tanto a Darling Jill.

Por un momento, Pluto pensó que tal vez Darling Jill intentaba desconcertarle con aquella mirada, o echarle de allí, pero la situación se prolongó unos minutos y él, pasmado, no se decidía. Así que, tras un buen rato, optó por dejar que ella diera el primer paso. Darling Jill no salió corriendo para que no la viera ni se tapó con la toalla ni con ninguna otra cosa. Sencillamente permaneció donde estaba, en el gran barreño esmaltado, mirándolo fijamente.

—¡Que me zurzan! —repitió Pluto—. Y eso es un hecho.

Darling Jill se agachó en el barreño y con ambas manos recogió toda la espuma que pudo y se la arrojó a Pluto. Este, que se encontraba a solo unos pies, vio venir la espuma pero fue incapaz de apartar el cuerpo. Cuando por fin se movió unos pasos, el jabón ya le escocía en los ojos y le caía por el cuello de la camisa. No veía nada. En algún punto ante él oía a Griselda y a Darling Jill, que se reían, pero no se quejó. Cuando abrió la boca para hablar, percibió el gusto del jabón en la lengua; en el paladar también tenía el mismo desagradable sabor. Se inclinó hacia delante cuanto le fue posible y escupió para quitarse el amargo regusto.

—Que te zurzan —oyó que le decía Darling Jill—. Así te lo pensarás dos veces antes de espiarme cuando estoy desnuda. ¿Qué ves ahora, Pluto? ¿Ves algo? ¿Por qué no me miras?, ¡ahora sí verías algo bueno de verdad!

Desde la escalera del porche, Griselda se reía de él.

—Ojalá pudiera hacerle una foto —le dijo a Darling Jill—. Sería una imagen preciosa para enseñársela a los votantes el día de las elecciones. La titularía «*Sheriff* enjabonado de Wayne County buscando votos».

—Si vuelve a espiarme cuando estoy desnuda, le sumergiré la cabeza en una bañera de espuma hasta que aprenda a suplicar clemencia en tres idiomas. No he

conocido a hombre igual en mi vida. Siempre quiere tocarme, sobarme o acercarse a hurtadillas y pillarme cuando estoy desnuda. Nunca he conocido a hombre igual.

—A lo mejor no sabía que te estabas bañando en el patio trasero, Darling Jill. No se habría enterado hasta después de doblar la esquina y verte.

—No te lo creas. Ya me explicarás tú por qué, cada vez que me baño, asoma por la esquina. Pluto no es tan bobo como parece. A veces, por su pinta, puede engañarte.

Siguió un momento de silencio y Pluto supo que ellas habían salido del patio y entrado en la casa. Retorció el pañuelo una vez más e intentó quitarse el jabón de los ojos. Palpando la fachada, llegó a la escalera y se sentó a esperar que Darling Jill se vistiera. No estaba enfadado con ella por haberle tirado jabón a la cara; nada podría enfadarle con ella. Le había hecho cosas peores muchas veces. Por no hablar de cómo le insultaba.

Cuando consiguió secarse el jabón y quitarse hasta la última gota de espuma de la cara y el cabello, se sorprendió al levantar la mirada y ver que el sol casi se había puesto. No podría visitar a más votantes ese día. Pero llevar a Darling Jill a Scottsville le compensaba. Prefería estar con ella a ganar las elecciones.

La puerta de tela metálica que había a sus espaldas chirrió y aparecieron Darling Jill y Griselda.

Se quedaron en el porche, detrás de él, mirándole la coronilla y riéndose entre dientes. Si no se levantaba, no podía darse la vuelta para encararlas, así que prefirió esperar a que bajaran la escalera.

—¿Descansando tranquilamente, Pluto? —le preguntó Darling Jill—. Pues es lo que deberías haber hecho en lugar de ir al patio trasero.

Cinco

Esa noche llegaron a Scottsville pasadas las diez. Pluto se perdió en el laberinto de calles que rodeaba la fábrica, pero Darling Jill ya había estado allí muchas veces y reconoció la casa antes de que llegaran. La casa de Rosamond y Will era en apariencia como las demás, pero Rosamond ponía cortinas azules en las ventanas y Darling Jill las había buscado desde el coche.

Pluto paró, pero no apagó el motor. Darling Jill giró el interruptor y sacó la llave.

—Espera un momento —se quejó Pluto alterado—. Ni se te ocurra, Darling Jill.

Ella dejó caer la llave en el bolso y se rio de las quejas de Pluto. Antes de que pudiera detenerla, había abierto la portezuela y se había apeado. Pluto salió y la siguió hasta la puerta de la fachada de la casa.

—No oigo a Will por ninguna parte —dijo ella, que miró dentro por la ventana.

Abrieron la puerta y entraron en el recibidor. Había alguna luz encendida y las demás puertas también estaban abiertas. Desde una de las habitaciones les llegó un rumor de llanto. Darling Jill entró en una de las habitaciones oscuras y encendió la luz. Rosamond estaba tumbada de través en la cama y se tapaba la cara con un trozo de sábana. Sollozaba ruidosamente.

—¡Rosamond! —gritó Darling Jill—, ¿qué pasa?

Se acercó corriendo y se tumbó junto a su hermana.

Rosamond se incorporó apoyándose en los codos y miró la habitación. Se secó las lágrimas que le cubrían la cara e intentó sonreír.

—No te esperaba —dijo, la abrazó y rompió a llorar otra vez—. Me alegro de que hayas venido. Creía que me moría. Se me ha debido ir un poco la cabeza.

—¿Qué te ha hecho Will? ¿Dónde está?

Pluto se había quedado en la puerta, sin saber qué hacer. Procuraba no mirar a Rosamond hasta que esta se hubiera percatado de su presencia.

—Hola, Pluto —le saludó sonriendo—. Me alegro de verte. Aparta la ropa de esa silla, siéntate y ponte cómodo.

—¿Dónde está Will? —volvió a preguntar Darling Jill—. Cuéntame qué ha pasado, Rosamond.

—Supongo que anda por ahí —dijo Rosamond—. Pero no sé dónde está.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Lleva borracho toda la semana —dijo Rosamond—. Y no quería quedarse en casa conmigo. Cuando está borracho no para de hablar de volver a poner la fábrica en marcha, de conectar la energía, dice él, y cuando está sobrio no abre la boca. La última vez que vino por casa me pegó.

Tenía la cara muy hinchada, un ojo amoratado, y había sangrado por la nariz.

—¿No trabaja?

—No, claro que no. La fábrica está cerrada. No sé cuándo la reabrirán. Algunos dicen que nunca. No lo sé.

Pluto se levantó retorciendo el sombrero con las manos.

—Tengo que irme a casa —dijo—. Y eso es un hecho.

—Siéntate, Pluto —le ordenó Darling Jill—. Y estate calladito.

Volvió a sentarse, dejó el sombrero bajo la silla y cruzó las manos encima del regazo.

—He venido a llevaros a Will y a ti a casa —explicó Darling Jill—. Papá dice que quiere que ayudéis un poco. Necesita a Will para cavar, y tú puedes hacer lo que quieras. Se le ha metido en la cabeza que esta vez va a encontrar oro. No sé por qué.

—Oh, cada dos por tres sale con alguna —dijo Rosamond—, pero en esa tierra no hay oro, ¿verdad que no? Si lo hubiera lo habrían encontrado hace ya mucho. ¿Por qué no deja de hacer agujeros y se pone a cultivar algo?

—No lo sé —dijo Darling Jill—. Los chicos y él creen que van a encontrarlo pronto. Eso es lo que los tiene tan animados. Ojalá lo encontraran.

—Los Walden son peores que los morenos, que se pasan la vida buscando oro por todas partes.

—Qué más da, el caso es que papá quiere que Will y tú vayáis a casa.

—Will no cavará. A estas alturas, papá debería saberlo. Will se pone nervioso en cuanto se aleja de aquí.

—Pues se ha empeñado en que Will y tú vayáis. Ya sabes cómo es.

—Esta noche es imposible. Will no está y no sé cuándo volverá.

—Con que vayamos mañana basta. Pasaremos aquí la noche. Pluto puede dormir con Will y yo dormiré contigo.

Pluto empezó a decir que esa noche tenía que volver a Marion, pero ninguna de las dos le hizo caso.

—Muy bien —dijo Rosamond—, pero la cama no es lo bastante grande para Will y Pluto. Uno de ellos tendrá que dormir en el suelo.

—Pluto mismo —dijo Darling Jill—. Dale una almohada y una colcha y que se estire en el recibidor. No le importará.

Rosamond se levantó, se arregló el cabello y se empolvó la cara. Tenía mejor aspecto.

—No sé cuándo vendrá Will. A lo mejor no vuelve en toda la noche. A veces no aparece hasta el amanecer.

—Pues recuperará la sobriedad cuando haya pasado un par de días cavando. Ya se encargará papá de mantenerlo sobrio.

Todos se volvieron y aguzaron el oído. Se oyó un ruido en el porche, al que siguieron los golpes de alguien que aporreaba la puerta.

—Es él —dijo Rosamond—. Todavía está borracho. Bien se lo noto.

Esperaron en la habitación a que atravesara el recibidor y apareciera en la puerta.

—¡Por el amor de Dios! —dijo Will—. ¿Otra vez aquí?

Se quedó mirando fijamente a Darling Jill un momento y luego se dirigió hacia ella, con las manos por delante. Ella lo esquivó y él se estrelló contra la pared.

—¡Will! —gritó Rosamond.

—¡Hombre, si también tenemos aquí a Pluto! ¿Cómo van las cosas por Marion?

Pluto se puso en pie e intentó estrecharle la mano, pero Will se tambaleó y fue a parar a la otra punta de la habitación.

Will se sentó en el rincón, se recostó en la pared y apoyó la cabeza entre los brazos. Se quedó callado tanto tiempo que todos creyeron que se había dormido. Ya salían de puntillas de la habitación y casi habían llegado a la puerta cuando Will levantó la cabeza y los llamó.

—Otra vez intentando escapar de mí a hurtadillas, ¿verdad? Volved aquí, todos, y hacedme compañía.

Rosamond hizo un gesto de impotencia y se dejó caer pesadamente en la cama. Pluto y Darling Jill se rieron de Will y se sentaron.

—¿Cómo está Griselda? —preguntó Will—. ¿Sigue tan guapa como siempre? ¿De dónde habrá salido esa chica? Me gustaría ir allí y encontrar una como ella.

—Por favor, Will —dijo Rosamond.

—Voy a por esa chica —dijo Will con resolución, moviendo la cabeza de lado a lado—. Quiero tenerla desde hace tanto tiempo que ya no puedo esperar más. Será mía.

—Por favor, cállate de una vez, Will —suplicó Rosamond.

Pareció no darse por enterado.

—Dime cómo está últimamente, Darling Jill. ¿Todavía parece a punto de caramelo? Voy a por ella, ¡que Dios me ayude! No le he quitado ojo de encima desde que se instaló en la casa. Griselda tiene el par más dulce de...

—¡Will! —dijo Rosamond.

—¡Ag! Pero ¿a ti qué te pasa? —replicó irritado—. Todo queda en familia, ¿no? ¿Por qué coño me gritas cuando hablo de ella? A Buck no le molestaría tanto que me acostara con ella. Él no puede usarla todo el tiempo. No hay que ponerse a aullar por una nadería que a nadie perjudica. Te comportas como si fuera a mancillar a la hija del rey de Inglaterra.

—Por favor, déjalo ya —le suplicó de nuevo Rosamond.

—Escúchame —dijo Will—, Griselda no puede evitar ser la chica más guapa del país del mismo modo que yo no puedo evitar desearla. Así que, ¿a ti qué te importa? Me prometí hacerla mía la primera vez que la vi aquí, en Georgia, y voy a cumplir mi promesa. Uno consigue aquello por lo que pelea. Aunque, la verdad, tampoco puedo impedir que te pongas a aullar.

—Ya hablaremos en otro momento, Will, si me prometes dejarlo ahora. Recuerda quién está aquí.

—Todo queda en familia, ¿no? Así que, ¡qué coño!

Darling Jill miró a Pluto y se rio. Pluto sintió que la sangre le afluía a la cara y volvió la cabeza hacia la pared para ocultarse. Darling Jill estalló en carcajadas.

Era inútil hablar mientras Will siguiera allí.

De repente Rosamond rompió a llorar.

—No hay que tomárselo así, mujer —dijo Will porfiadamente—. Todo queda en familia, ¿no? ¡Qué coño! El bueno de Pluto, aquí presente, se lo está pasando bien con Darling Jill, o se lo pasaría si pudiera, y creo que yo me acuesto contigo muchas veces, salvo cuando se te suben los humos y empiezas a soltar ese rollo de lo sagrado que es acostarse con una mujer y demás. Así que, ¿por qué no voy a hablar de Griselda cuando me dé la gana? Uno no puede esperar que una chica como Griselda se ponga un tapón. ¡Eso sí sería una lástima! ¡Un pecado mortal! Lo juro. Sería lo más vergonzoso que he visto en mi vida.

Solo pensarlo, se echó a llorar. Se levantó; las lágrimas le corrían por la cara y parecía que se le estuviera partiendo el corazón. Intentó contener el llanto retorciendo los puños en las cuencas de los ojos, pero las lágrimas seguían cayendo.

Rosamond se levantó de la cama.

—Me alegro de que haya acabado —dijo suspirando—. Ahora se pondrá bien. Dejémosle solo un rato y volverá a ser el de siempre. Venid a la otra habitación. Apagaré la luz para que no le moleste en los ojos.

Pluto y Darling Jill la siguieron fuera y dejaron a Will llorando en el rincón.

Cuando se acomodaron en sillas en la otra habitación, Rosamond se volvió hacia Pluto.

—Estoy muy avergonzada por lo que ha pasado aquí al lado, Pluto —dijo—. Por favor, olvídale y no le des más vueltas. Cuando Will se emborracha, no sabe lo que dice. No quería decir ni una palabra de lo que ha soltado, de eso estoy segura. Si hubiera podido evitarlo no le habría dejado incomodarte. Por favor, olvida todo lo que ha dicho.

—Oh, no te preocupes, Rosamond —dijo ruborizándose un poco—. Will y tú me caéis muy bien.

—Sí, supongo que sí —intervino Darling Jill—. Y además, tampoco es asunto tuyo. Así que quédate ahí sentado sin pestañear, Pluto, y mantén la boca cerrada.

Rosamond y Darling Jill empezaron a hablar de otra cosa y Pluto no pudo seguir la conversación. Estaba casi en la otra punta de la habitación y ellas habían bajado la voz. En aquella pequeña silla se sentía incómodo y le apetecía sentarse en el suelo, donde tendría más espacio.

Al poco, Will apareció en la puerta. Tenía la cara macilenta, pero no daba muestras de estar bebido. Según parecía, se había despejado.

—Me alegro de verte, Pluto —dijo, se acercó a él y le estrechó la mano—. Hacía mucho que no nos veíamos, casi un año, ¿no?

—Creo que sí, Will.

Will se acercó una silla, se sentó y se echó un poco hacia atrás para mirar a Pluto.

—¿Qué haces ahora?, ¿lo de siempre?

—Este año me he presentado como candidato para *sheriff* —explicó Pluto—. Candidato a un cargo oficial.

—Serás el *sheriff* ideal —dijo Will—. Para ese cargo hay que ser un hombre corpulento. No sé por qué, pero es así. No recuerdo haber visto jamás a un *sheriff* enclenque.

Pluto se rio de buena gana. Se acercó a la ventana y escupió un buche de tabaco afuera.

—A estas horas debería estar en casa —dijo—, pero me alegro de haber tenido la oportunidad de venir y veros a ti y a Rosamond. Mañana tengo que volver a primera hora de la mañana y hacer algo de campaña. Hoy no he hecho nada en todo el día. Y eso que empecé temprano, pero no pasé de casa de los Walden y ahora aquí me tienes, en Carolina.

—¿El viejo y los chicos siguen cavando agujeros en la tierra?

—Día y noche, o poco menos. Pero van a traer a un albino de los pantanos para que encuentre el filón. En esas están esta noche. Salieron para allá poco antes que nosotros viniéramos para aquí.

Will se rio y se palmeó las piernas con sus grandes manos.

—¿Y ahora el rollo ese de los conjuros, eh? Menudo crédulo estoy hecho. No imaginaba que Ty Ty Walden, con lo viejo que es, fuera a recurrir a estas alturas a esas tonterías. Siempre me ha repetido lo científica que era su búsqueda del oro. ¡Y ahora me sale con conjuros! ¡Menudo mulo mamón estoy hecho!

Pluto quería replicar de algún modo, pero Will se carcajeaba tan fuerte que le dio miedo decir nada.

—Quién sabe, a lo mejor eso sirve de algo —prosiguió Will—, pero a lo mejor no sirve de nada. El viejo tendría que saberlo; ha estado cavando como un tonto en esa granja desde hace sus buenos quince años, y a estas alturas tendría que ser todo un experto. ¿Crees de verdad que hay oro en esa tierra, Pluto?

—Me duele reconocerlo —contestó Pluto—, pero creo que debe de haber, porque la gente lleva sacando pepitas por toda la zona desde que tengo memoria. Hay oro por alguna parte, porque he visto las pepitas.

—Cada vez que oigo que Ty Ty sigue cavando esos agujeros, casi me entra la fiebre a mí también —dijo Will—. Pero en cuanto me llevas allí y me pones bajo ese sol abrasador, se me pasa el interés de golpe. Y no me importaría encontrar oro, te lo digo en serio. No parece que vayamos a ganarnos la vida en la fábrica. Eso, claro, a no ser que hagamos algo de una vez.

Will se había dado la vuelta y señalaba por la ventana hacia la fábrica de algodón a oscuras. En el enorme edificio no se veía ni una sola luz, pero las lámparas de arco de las farolas bajo los árboles proyectaban un leve resplandor amarillo sobre las paredes cubiertas de hiedra.

—¿Cuándo va a reabrir la fábrica? —preguntó Pluto.

—Nunca —dijo Will, asqueado—, jamás. A no ser que la pongamos nosotros en marcha.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no funciona?

Will se inclinó hacia delante en la silla.

—Un día de estos vamos a entrar y a ponerla en marcha nosotros mismos —dijo Will despacio—. Si la empresa no lo hace pronto, lo haremos nosotros. Bajaron los jornales a un dólar diez hace dieciocho meses, y cuando montamos follón, cortaron la energía y nos echaron. Pero todavía nos cobran alquiler por estas mierdosas letrinas en las que tenemos que vivir. Así que ya sabes por qué vamos a ocuparla, ¿me has entendido, verdad?

—Pero otras de las fábricas del valle sí funcionan —dijo Pluto—. Al venir esta noche desde Augusta hemos pasado por delante de cinco o seis fábricas iluminadas. A lo mejor reabren esta pronto.

—Pues claro que la reabrirían sin pensárselo, eso sí, con jornales de dólar diez. Las otras fábricas funcionan porque mataron de hambre a los obreros hasta que no les quedó más remedio que volver al tajo. Eso fue antes de que la Cruz Roja empezara a repartir sacos de harina. Ellos tuvieron que volver al trabajo y aceptar el dólar diez porque, si no, se morían de hambre. Pero, bien lo sabe Dios, en Scottsville no vamos a ceder. Mientras podamos conseguir un saco de harina de vez en cuando, resistiremos. Y el Estado ha empezado a repartir levadura. Remueves levadura en un vaso de agua y te lo bebes, y te sientes la mar de bien durante un rato. Empezaron a repartir levadura porque todo el mundo tiene pelagra en el valle del hambre que se pasa. La empresa no conseguirá que volvamos hasta que reduzca la jornada o rebaje la cuota de producción por obrero o vuelva a pagarnos lo de antes. Que me pudra si vuelvo a trabajar nueve horas al día a un dólar diez mientras esos ricos hijos de puta, los dueños de la fábrica, recorren el valle arriba y abajo en automóviles de cinco mil dólares.

Will se había ido acalorando al hablar y, ya lanzado, no podía parar. Le contó a Pluto parte de los planes que tenían para arrebatárles la fábrica a los dueños y gestionarla por sí solos. Los obreros de la fábrica de Scottsville llevaban un año y medio sin trabajar, le dijo, y estaban desesperados por comida y ropa. Durante ese tiempo, los trabajadores del pueblo habían llegado a un compromiso, que vinculaba a hombres, mujeres y niños, para que nadie cediera. La fábrica había intentado echarlos de sus casas por impago del alquiler, pero el sindicato había obtenido un mandamiento judicial en Aiken que impedía que los desahuciara de las casas de la empresa. Así las cosas, dijo Will, estaban preparados para defender sus derechos tanto tiempo como la fábrica siguiera en Scottsville.

Rosamond se acercó a Will y le puso la mano en el hombro. Se quedó en silencio a su lado hasta que terminó de hablar. Pluto se alegraba de que se hubiera acercado; empezaba a sentirse inquieto en Scottsville: Will hablaba como si fuera a estallar la violencia en cualquier momento.

—Es hora de acostarse, Will —dijo en voz baja—. Si vamos a volver con Darling Jill y Pluto por la mañana, tenemos que dormir un poco. Ya es más de medianoche.

Will la abrazó y la besó en los labios. Ella se dejó caer en sus brazos, cerró los

ojos y entrecruzaron los dedos.

—Muy bien —dijo Will levantándola del regazo—, creo que es hora.

Ella lo besó otra vez y fue hasta la puerta. Se quedó allí un momento, de perfil, mirando a Will.

—Vamos a la cama, Darling Jill —dijo.

Las mujeres entraron en el dormitorio que había al otro lado del recibidor y cerraron la puerta. Pluto empezó a quitarse la corbata y la camisa. Luego se desató los zapatos. Estaba preparado para dormir en el suelo. Will le trajo una almohada y una colcha y los echó a sus pies. Dejó ahí a Pluto, fue a la otra habitación y cerró la puerta.

—Y yo ¿dónde voy a dormir? —preguntó de pie, en el medio de la habitación, mirando cómo se desvestía Darling Jill.

—En la otra cama, Will —dijo Rosamond—. Ahora, por favor, vete y no molestes a Darling Jill. Ella dormirá conmigo. Anda, no empieces ahora una discusión. Es muy tarde, más de medianoche.

Sin decir una palabra, Will abrió la puerta y fue a la habitación contigua. Se desnudó y se acostó. Hacía demasiado calor para dormir en pijama, ni siquiera en ropa interior. Se estiró en la cama y cerró los ojos. Todavía estaba un poco borracho y empezaba a dolerle la cabeza detrás de las sienes. Si no se hubiera sentido tan mal, se habría levantado y discutido con Rosamond por hacerle dormir en otra habitación.

Cuando Darling Jill y Rosamond se desvistieron, esta apagó la luz y abrió las puertas de todas las habitaciones para que circulara mejor el aire. Will la oyó en la puerta de su dormitorio, pero estaba demasiado cansado y adormilado para abrir los ojos y llamarla. Era casi la una de la madrugada cuando todos se durmieron y el único sonido que se oía en la casa eran los ronquidos de Pluto tumbado al otro lado del recibidor.

Al amanecer, Will se despertó y fue a la cocina a dar un trago de agua. Había refrescado un poco, pero todavía hacía demasiado calor para taparse. De vuelta de la cocina, miró a Pluto, en el suelo, bajo la luz parpadeante de la calle que se filtraba por las ventanas. En la otra habitación se acercó a la cama y miró a Rosamond y a Darling Jill. Se quedó varios minutos junto a la cama, completamente despierto, contemplando sus cuerpos bajo el tenue resplandor de la farola de la esquina. Le pasó por la cabeza despertar a Darling Jill, pero se sentía un poco resacoso y la cabeza empezó a latirle con fuerza otra vez, así que se dio la vuelta, regresó a su habitación y cerró los ojos. No recordó nada más hasta que el sol le despertó dándole de lleno en la cara. Eran casi las nueve y no se oía nada en la casa.

Seis

Will estaba tumbado de costado, mirando por la ventana hacia la casa amarilla de al lado, también propiedad de la empresa, cuando sintió algo cálido en la espalda, algo que parecía un gatito ronroneante acariciándole la piel desnuda. Se dio la vuelta, ya despierto, y se incorporó un poco apoyándose en el codo.

—¡Por Dios! —exclamó.

Darling Jill se irguió y empezó a jugar con él. Le tiró del cabello, le pasó la mano por la cara y le estrujó la nariz.

—No te enfadarás conmigo, ¿verdad que no, Will?

—¿Enfadarme? —dijo él—. Si me haces tantas cosquillas que casi me muero.

—Pues hazme tú unas pocas, Will —dijo ella.

Él alargó las manos hacia ella, que se retorció para que no la alcanzara, pero Will la agarró con tanta fuerza que no pudo zafarse. Se abalanzó hacia ella, la aferró del brazo y la arrastró hacia sí. Darling Jill se acurrucó en sus brazos y le besó el pecho mientras él se reía de ella.

—¿Dónde está Rosamond? —preguntó acordándose repentinamente de su mujer.

—Ha ido al centro a por una caja de horquillas.

—¿Cuánto hace que ha salido?

—Un minuto como mucho.

Will levantó la cabeza e intentó mirar por encima de los pies de la cama.

—¿Dónde está Pluto?

—Sentado en el porche delantero.

—Y una mierda —dijo Will, dejando que la cabeza cayera sobre la almohada—, es demasiado vago para levantarse.

Ella se pegó más a él, abrazándole. Will le apretó los pechos.

—No tan fuerte, Will. Me haces daño.

—Más daño voy a hacerte antes de acabarte entera.

—Pero primero bésame un poco, me gusta.

La atrajo hacia sí y la besó. Darling Jill lo abrazó. Will volvió a besarla con desesperación.

—Tómame, Will —suplicó Darling Jill—, por favor, ahora mismo.

La mujer de la casa amarilla de al lado se asomó por la ventana y sacudió un trapo del polvo, golpeándolo varias veces contra el lateral del edificio para que soltara la arena y la borra.

—Tómame, Will, no puedo más —dijo ella.

—Ni tú ni yo —dijo él.

Will se apoyó en las manos y las rodillas y levantó la cabeza de Darling Jill para apartarle el pelo de debajo del cuerpo. Bajó la almohada y su largo cabello castaño quedó colgando por encima de la cama hasta casi rozar el suelo. Él bajó la mirada y vio que ella se había incorporado y sus cuerpos casi se tocaban.

Se despertó al escuchar a Darling Jill chillándole en el oído. No sabía cuánto tiempo llevaba chillando. Había estado ajeno a todo, absorto en el goce del momento.

Alzó la cabeza y la miró a la cara. Ella abrió los ojos de par en par y le sonrió.

—Ha sido maravilloso, Will —susurró—. Házmelo otra vez.

Él intentó zafarse y levantarse, pero ella no le dejaba moverse. Will sabía que esperaba una respuesta.

—Will, házmelo otra vez.

—Mierda, Darling Jill, ahora no puedo.

Intentó levantarse. Ella le retenía con determinación.

—¿Cuando volvamos a Georgia?

—Si en Georgia eres tan buena como en Carolina, no te quepa duda, Darling Jill.

—En Georgia soy mejor —dijo ella sonriendo.

—¡No me digas!

—Te aseguro que en Georgia soy mejor, Will.

—Más vale porque si no te traeré de vuelta aquí inmediatamente.

—Pero seguiré siendo una chica de Georgia, aunque me traigas aquí.

—Muy bien, tú ganas —dijo él—, pero si todas las chicas de Georgia son tan buenas como tú, voy a quedarme allí.

Darling Jill levantó el brazo y se frotó las marcas de dientes que le habían quedado donde Will la había mordido. Él quería levantarse y tumbarse solo, boca arriba, pero ella no le soltaba. Se quedó quieto un instante, con los ojos cerrados, sintiéndose bien.

De repente, como un rayo que cayera de un cielo despejado, algo le dio un fuerte latigazo en las nalgas. Will chilló, dio una vuelta completa en el aire y cayó de espaldas con los ojos casi saliéndose de las órbitas. Un rayo no le habría asustado tanto.

Antes de poder abrir la boca, sus ojos vieron a Rosamond al lado de la cama. Alzaba amenazadoramente el cepillo del pelo en una mano y con la otra intentaba con todas sus fuerzas poner a Darling Jill boca abajo. Lo consiguió y la golpeó cinco o seis veces en rápida sucesión, alcanzándola de lleno sin que Darling Jill pudiera escapar.

Will se dio cuenta de que no serviría de nada levantarse, así que se quedó tumbado y quieto, mirando el cepillo en la mano de Rosamond y rezando porque ella no le volviera a poner boca abajo y le zurrara de nuevo.

Al principio, Darling Jill reaccionó riéndose, pero le salieron tales ampollas, y tan dolorosas, que acabó llorando. Will se metió la mano por debajo y palpó el enorme verdugón que había aparecido en su cuerpo. Se lo frotó para que no le escociera. Las nalgas de Darling Jill estaban tan encendidas que parecían arder y había verdugones morados por su carne dolorida. Miró otra vez y vio que algunos de los moratones eran dobles y se elevaban como bloques rectangulares con el tamaño y la forma del cepillo de Rosamond.

Pluto estaba detrás de Rosamond contemplando compasivamente el cuerpo desnudo y tembloroso de Darling Jill y sus nalgas trémulas e irritadas.

—Dios —dijo Will, tocándose el verdugón del trasero.

—¿Es eso todo lo que tienes que decir? —preguntó Rosamond—. Voy a comprar a la tienda un cuarto de hora, ¡y a esto te dedicas en cuanto salgo! ¿Qué crees que diría Pluto si pudiera hablar? ¿Es que no sabes que quiere casarse con ella? Ver este espectáculo le hunde en la miseria. Imagínate que hubieras salido tú y al volver me encuentras en la cama con Pluto, ¿qué harías? ¿Es que no sabes decir otra cosa que «Dios»?

De repente, Darling Jill estalló en carcajadas. Miró a Rosamond un instante, y luego a Pluto. Se rio más alto.

—Con ese barrigón es imposible, Rosamond —dijo Darling Jill—. ¿Cómo iba ese a hacer nada con ese barrigón?

Rosamond reprimió una sonrisa, pero a Pluto la cara se le puso verde. Miró para otro lado, retrocedió hacia la pared para que los demás no lo vieran. Darling Jill se llevó la mano a los verdugones y empezó a llorar otra vez.

—Espera un momento, Rosamond —dijo Will.

Rosamond miró a Will y apoyó la mano que sostenía el cepillo en el pie de la cama.

—A veces tengo que suplicarte para que te acuestes conmigo, pero Darling Jill pasa una noche en casa y te la tiras. Ella no es más guapa que yo, Will.

A él no se le ocurría qué decir, ni una sola palabra que pronunciar como respuesta. Desde las alturas, ella no le quitaba ojo; Will sabía que tenía que decir algo rápido, antes de que Rosamond se moviera.

—Por una vez no pasa nada, ¿verdad que no, Rosamond?

—¡Una vez! Eso es lo que dices siempre. Cada vez que te pregunto por qué lo has hecho, dices que solo ha sido una vez. Te has acostado una vez ¡con todas las chicas del pueblo! Bien contado, podrían ser cien veces. ¿Es que nunca te paras a pensar cómo me siento al saber que andas por ahí con cualquiera mientras yo, aquí metida, sentada en casa, me paso las horas preguntándome dónde estarás y qué estarás haciendo?

Will volvió la cabeza lo justo para ver a Darling Jill por el rabillo del ojo.

—A lo mejor es porque ella es una chica de Georgia, Rosamond. Creo que esa es la razón.

—Con menuda excusa me sales, ¡ni siquiera eres capaz de inventarte una excusa decente! Yo también soy una chica de Georgia, o al menos lo era antes de casarme contigo y venir a Carolina.

Will miró a Pluto, pero este no tenía nada que decir, o eso parecía. Le devolvió una mirada inexpresiva.

—Rosamond, cariño —dijo dócil—. La rocé, la besé un poco y sin darme cuenta ya no pude parar. No quería hacer ningún daño. Pero así fueron las cosas.

—Si tuviera un bate de béisbol, yo también te haría a ti algunas cosas —replicó Rosamond.

Will empezó a recuperar un poco la confianza para discutir con Rosamond. Ya no le tenía miedo y sabía que podría quitarle el cepillo de las manos si intentaba zurrarle de nuevo.

—Ahora escúchame, Rosamond —dijo—. Una chica como Darling Jill no puede ir a ninguna parte sin que alguien la aborde. Nació así.

Rosamond hizo ademán de levantar el cepillo y golpearles a ambos de nuevo, pero se dio la vuelta y se acercó al tocador cerca del rincón donde estaba Pluto. Abrió de un tirón el cajón superior y sacó la pequeña pistola del 32 con culata perlada que guardaba allí. Volvió corriendo junto a la cama y la sostuvo ante su hermana.

—¡Por el amor de Dios, Rosamond! —gritó Will—. Rosamond, cariño, ¡no lo hagas!

Darling Jill miró desde la almohada justo a tiempo para ver y oír cómo amartillaba el arma. Will se incorporó en la cama sosteniendo la almohada por delante.

—Si te zurro, los moratones se te pasarán, pero si te disparo, el tiro no se te pasará, Will Thompson.

—Cariño —suplicó él—, si bajas eso, te juro que no lo haré nunca más. Juro por Dios que nunca más, cariño. Si una chica coquetea conmigo, la tiraré al río. Juro por Dios que no lo haré nunca más mientras viva, Rosamond, cariño.

Rosamond apretó el gatillo y la habitación se llenó de humo blanco. Había disparado a los pies, pero había fallado. Will se abalanzó sobre ella, con una mano extendida para arrebatarse el pequeño revólver. Rosamond disparó otra vez. La bala le pasó a Will entre las piernas y él se aterrorizó. Bajó la mirada para comprobar si estaba herido, pero temía perder demasiado tiempo examinándose a fondo, así que corrió hasta la ventana y saltó. Cayó sobre las manos y el pecho. Un segundo después de estamparse contra el suelo, ya se había levantado y perdido de vista por la esquina de la casa.

La mujer de la casa amarilla se acercó a toda prisa a la ventana y se asomó. Vio a Will corriendo desnudo por el patio y calle abajo tan rápido que parecía que volaba. Cuando desapareció, la mujer se dio la vuelta y miró a Rosamond en la ventana, cuya mano temblorosa sostenía todavía el pequeño revólver de culata perlada.

—¿Era Will Thompson? —preguntó la mujer.

Rosamond asomó medio cuerpo por la ventana y recorrió la calle con la mirada.

—¿Por dónde ha ido? —le preguntó.

—Por la calle de allá —dijo la mujer, incapaz de contener más la risa—. Will Thompson no debe de estar acostumbrado a que lo echen a tiros de su casa, ¿verdad que no? Se lo contaré a Charlie cuando vuelva. Se morirá de risa cuando se entere. Y además Will Thompson iba como vino al mundo. ¿No es increíble?

Rosamond volvió dentro, guardó el revolver en el cajón del tocador y lo cerró.

Entonces se sentó en una silla y se echó a llorar.

Pluto no sabía qué hacer. No sabía si ir detrás de Will e intentar traerlo de vuelta o si quedarse en la habitación e intentar tranquilizar a Rosamond y Darling Jill. Esta se había calmado un poco y ya no sollozaba tan fuerte. Pero ahora la que lloraba era Rosamond. Pluto se inclinó sobre ella, le puso la mano en el brazo y le dio una palmada. Rosamond se quitó la mano de encima y su llanto se volvió más histérico si cabe. Pluto decidió que lo mejor era no hacer nada por el momento. Se sentó otra vez y esperó.

Al poco, Rosamond se levantó y corrió a la cama donde estaba su hermana. Se arrojó encima, la abrazó con fuerza y rompió a llorar una vez más. Las dos se quedaron allí tumbadas, consolándose mutuamente. Pluto lo observaba todo con inquietud. Había esperado que se abalanzaran la una sobre la otra, que se tiraran del pelo, se arañaran e insultaran. Pero nada de eso. De hecho se abrazaban y sollozaban juntas. Pluto no comprendía por qué Rosamond no había disparado a Darling Jill, ni tampoco por qué ni siquiera estaba enfadada ya. Viéndolas en ese momento, Pluto no se explicaba por qué Rosamond se había comportado como lo había hecho hacía solo unos minutos. Actuaban como si ambas compartieran una misma pena.

Cuando Rosamond dejó de sollozar, se sentó y miró a su hermana. Los verdugones rojos en las nalgas de Darling Jill todavía palpitaban, le dolían mucho y no podía sentarse. Rosamond acarició tiernamente con las yemas de los dedos uno de los moratones, como si pudiera mitigar el dolor.

—Quédate ahí tumbada hasta que vuelva —le dijo Rosamond—. No tardo nada.

Corrió a la cocina y regresó con una taza de manteca de cerdo y una toalla grande de baño. Se sentó en un lado de la cama y metió los dedos en la grasa.

—Ven aquí, Pluto —dijo sin volverse a mirarlo—. Ayúdame.

Pluto se acercó a la cama, sonrojándose hasta la punta de las orejas ante la visión de Darling Jill yaciendo desnuda.

—Álzala con suavidad, Pluto, colócala cruzada sobre tu regazo —le instruyó Rosamond—. Pero ten cuidado. No le irrites más esos verdugones.

Pluto deslizó los brazos bajo Darling Jill y colocó las palmas de las manos directamente sobre sus pechos y muslos. Asustado, las apartó de golpe; el cuello y la cara le ardían.

—¿Y ahora qué pasa?

—Más vale que la levantes tú.

—No seas tonto, Pluto. ¿Cómo voy a poder? No tengo fuerza.

Él volvió a pasar los brazos bajo Darling Jill, cerró los ojos y apretó los labios.

—Rápido, Pluto, y déjame poner esta grasa sobre esos hinchazones antes de que se vuelvan azules.

Pluto la levantó y le dio la vuelta. Se sentó en un lado de la cama, junto a Rosamond, con Darling Jill tumbada sobre sus rodillas. Rosamond empezó a aplicar la manteca de cerdo. A Pluto le hubiera gustado mirarla, pero no podía apartar los

ojos del largo cabello castaño de Darling Jill, que caía colgando hasta el suelo. La alzó un poco para que el pelo no lo rozara. La chica hizo un par de muecas de dolor cuando Rosamond la tocó, pero no se quejó ni intentó levantarse. Cuando hubo extendido cuidadosamente la grasa, Rosamond se limpió los dedos en un trozo de tela y empezó a doblar la toalla hasta convertirla en una venda larga y gruesa. Pluto miró las nalgas blandas de Darling Jill y le entró el repentino deseo de tocarlas para aliviar el dolor. Pero cada vez que la veía sobre su regazo, se sonrojaba de arriba abajo.

—Ayúdala a ponerse de pie, Pluto —dijo Rosamond—. La levantas y la dejas en el suelo.

Darling Jill quedó de pie ante Pluto y su hermana mientras esta la envolvía en la toalla. Pluto clavó la mirada en el punto del cuerpo de Darling Jill que casualmente le quedaba más cerca. Miró fijamente hacia delante, sin mover los ojos ni a derecha ni a izquierda. Sabía que ella le observaba, pero no pudo reunir el valor para mirarla directamente a la cara.

No estaba seguro, pero le daba la impresión de que ella se había inclinado.

—¿Te gusto, Pluto? —le preguntó sonriendo Darling Jill.

A Pluto le tembló la cara, le subió tanta sangre al cuello que hasta le escoció, y entonces intentó levantar la mirada. Alzar la cabeza y echarla un poco hacia atrás le supuso un esfuerzo agotador, pero se obligó.

—Si no me dices ahora mismo que te gusto, voy a enfadarme —se burló ella haciendo un mohín.

—Estoy loco por ti, Darling Jill —dijo casi atragantado—. Y eso es un hecho.

—¿Por qué se te ponen rojos el cuello y la cara al verme así, Pluto?

Pluto sintió que más sangre le subía desde todos los rincones del cuerpo para avergonzarle. Tiró de un hilo suelto en la colcha sin saber qué estaba haciendo.

—Me ruborizo, pero me gusta mirarte —repuso él.

—¿Te gustaría casarte conmigo, Pluto?

—Ahora mismo o cuando tú quieras —respondió—. Y eso es un hecho.

—Pero tienes demasiada barriga, Pluto.

—Vamos, Darling Jill, que eso no te importe tanto.

—Si no fuera tan grande, podrías acercarte más.

—Por favor, Darling Jill.

—Y eso es un hecho —dijo ella burlándose.

—Vamos, Darling Jill —dijo Pluto alargando los brazos para rodearle la cintura.

Ella le dejó acercarse lo suficiente para que la besara. Pluto la atrajo entre sus piernas y estiró la cabeza todo lo que pudo, pero los labios de Darling Jill quedaban todavía tan lejos que no podría besarla a no ser que se levantara o ella se inclinara. Sería más fácil lo segundo, y ella también lo sabía. Pero Darling Jill seguía erguida, atormentándole con su reticencia a inclinarse y besarle. Cuando ya no sabía qué hacer y se disponía a levantarse, Darling Jill se apoyó en él y torció un poco el cuerpo. Sin darse cuenta de cómo había pasado, sintió sus cálidos pechos en la cara y la besó

desesperadamente.

—¡Para ahora mismo, Darling Jill! —dijo Rosamond, que se levantó y los separó—. Deja de flirtear con Pluto. Es una vergüenza el modo en que tratas al pobre chico. Un día de estos, va a echársete encima y vete a saber cómo acaba.

Darling Jill se soltó con brusquedad del abrazo de Pluto, corrió a la puerta y entró en la habitación contigua sosteniéndose la toalla alrededor de las nalgas. Pluto se quedó sentado, aturdido y boquiabierto. Rosamond se dio la vuelta y lo vio; le dio tanta pena que se acercó a él y le palmeó cariñosamente la mejilla.

Siete

A mediodía, las sirenas de las fábricas de algodón resonaban por todo el valle para avisar de la pausa del almuerzo. Por todos los rincones se interrumpía repentinamente la vibración de la maquinaria, y hombres y mujeres salían de los edificios sacándose algodón de las orejas. Pero en el pueblo de Scottsville, propiedad de la empresa dueña de la fábrica, la gente no se movía de sus sillas en los porches. Era mediodía, la hora de la comida, pero allí, en Scottsville, la gente seguía sentada con los estómagos encogidos, esperando el final de la huelga.

La mujer de la casa amarilla de al lado —propiedad, como todas las casas, de la empresa—, encendió la cocina y puso una cazuela de agua a hervir. Sus hijos, su marido y ella devorarían lo que hubiera para comer, sin desdibujar las profundamente marcadas arrugas de las comisuras de los labios. Cada día que pasaba era una victoria; llevaban dieciocho meses resistiendo a la fábrica y, mientras hubiera la menor esperanza, no cederían.

Rosamond sugirió preparar un helado.

—A Will le apetecerá cuando vuelva —dijo.

Mandaron a Pluto a la calle a comprar un trozo de hielo. Fue a la tienda de la esquina, todo lo deprisa que pudo, mientras Rosamond escaldaba la heladera y pelaba los melocotones. Pluto pasaba miedo cada segundo que se demoraba en el valle. Temía que alguien se abalanzara sobre él desde detrás de un árbol y le degollara de oreja a oreja, e incluso dentro de la casa evitaba sentarse dándole la espalda a una puerta o a una ventana.

Mientras Rosamond preparaba el helado, Darling Jill salió al porche posterior y se sentó en un cojín, a la sombra. Se había peinado, pero no se había recogido el pelo, que le caía por la espalda cubriéndole los hombros y llegaba casi hasta el suelo. Rosamond le había dejado una bata que se había puesto sobre la toalla y sobre las medias negras de seda que se sujetaba con un liguero amarillo canario.

Cuando Pluto volvió con el trozo de hielo, la crema estaba preparada para congelar. Sabía que le tocaría a él encargarse de la heladera.

Ahora que el sol pasaba por encima de la casa, hacía fresco en el porche de atrás, a la sombra. De vez en cuando soplaba brisa y los treinta y tantos grados a mediodía eran soportables. El Horse Creek, un río ancho, verde y fresco, que se extendía a lo largo de muchos kilómetros por todo el valle, parecía un lago rectangular allá abajo.

—Tengo que volver a casa de una vez —dijo Pluto—. Y eso es un hecho.

—Los votantes no van a echarte de menos —le dijo Darling Jill—. Se alegrarán de que hoy no andes por ahí incordiándolos. Y además, todavía no podemos volver.

—Ayer no hice nada, ni anteayer, ni dos o tres días antes tampoco. Y ahora también voy a desperdiciar hoy.

—Cuando volvamos, haré campaña por ti, Pluto —dijo Darling Jill—. Te conseguiré tantos votos que no sabrás qué hacer con ellos.

—Me da igual, lo que quisiera es estar ya en casa —dijo Pluto—. Y eso es un hecho.

Hizo girar la heladera más rápido, con la esperanza de acabar a tiempo para emprender el regreso antes de una hora.

—Ojalá vuelva Will —dijo Rosamond—. ¿Crees que esta vez se habrá ido para siempre?

Darling Jill suspiró y miró hacia la ventana de la cocina de la casa amarilla de al lado. La gente que había dentro comía sándwiches y bebía té helado. Verlos comer le dio hambre.

A Rosamond le pareció que el helado ya se estaba endureciendo. A Pluto le costaba dar vueltas a la heladera al ritmo de antes, el sudor le caía por la cara y respiraba boqueando. Sostenía la heladera con una mano y la hacía girar cansinamente con la otra.

Cuando Will asomó la cabeza por la esquina de la casa y se quedó observándolos unos minutos, ninguno de ellos miraba en esa dirección. Cuando vio que Pluto estaba congelando helado, dobló la esquina y se acercó despacio por el camino hacia la escalera.

—Vaya, aquí tenemos a Will —dijo Darling Jill, que fue la primera que lo vio.

Will se paró en seco y miró a Rosamond.

—¡Will! —gritó Rosamond.

Se puso en pie de un salto y bajó la escalera corriendo hacia él, cuando llegó a su altura le echó los brazos al cuello y lo besó frenéticamente.

—Will, ¿estás bien?

Él le dio una palmada en el hombro y la besó. Solo llevaba puestos unos pantalones caqui que había tomado de alguna parte, iba descalzo y sin camisa.

Rosamond le hizo subir la escalera y lo sentó en una silla. Pluto dejó de dar vueltas a la manivela y lo miró. Había creído que no lo vería durante mucho tiempo.

—El helado ya está duro, Pluto —dijo Rosamond—. Saca la tapa mientras preparamos los platos y las cucharas. Y ten cuidado con la sal. No te olvides de quitar un poco de hielo.

Se fue apenas un instante. Darling Jill cogió el cucharón, llenó los platos y los fue pasando. Rosamond se quedó con Will, negándose a apartarse de él ni un momento. Él dio un bocado del helado de melocotón y le sonrió.

—¿Te has enterado de si la fábrica va a abrir? —le preguntó.

—No —respondió él.

Las mujeres de las casas amarillas del pueblo hacían esa pregunta todos los días, y los hombres siempre respondían que no sabían nada.

—Las otras fábricas siguen funcionando, ¿no?

—Eso creo.

—¿Y la nuestra cuándo reabrirá?

—No lo sé.

Recordar que las demás fábricas funcionaban con normalidad tensó a Will. Se irguió y miró fijamente la inmensa mancha de agua verde. El Horse Creek se extendía como un lago liso y en calma. La idea de que las demás fábricas del valle trabajaran día y noche desplegó ante sus ojos una imagen muy vívida. Vio la fábrica de algodón, con sus paredes cubiertas de hiedra, junto al agua verde. Era por la mañana temprano, sonaba la sirena, llamando al trabajo a las chicas impacientes. En la fábrica ya no contrataban hombres; la empresa prefería emplear chicas porque las chicas no se rebelaban contra el trabajo más duro, ni contra las cuotas de producción, ni contra la ampliación de la jornada, ni contra la reducción del salario. Will veía a las chicas corriendo a la fábrica por la mañana temprano mientras los hombres se quedaban por las calles, mirándolas, pero impotentes.

Una silenciosa quietud impregnaba la fábrica con sus paredes de hiedra durante todo el día. La maquinaria no zumbaba tan fuerte cuando la manejaban chicas. Los hombres hacían que la fábrica retumbara cuando trabajaban. Pero al caer la noche, las puertas se abrían de par en par y las chicas salían corriendo y riéndose a carcajadas. Cuando llegaban a la calle, retrocedían hacia las paredes cubiertas de hiedra, pegaban sus cuerpos a ellas y las rozaban con los labios. Los hombres que se habían pasado todo el día ociosos se acercaban, las llevaban a rastras a casa y las golpeaban sin piedad por su infidelidad.

Will se despertó de un sobresalto y vio a Pluto, Rosamond y Darling Jill. En su ensimismamiento, se había ido, y cuando volvió, le sorprendió verlos allí. Se frotó los ojos y se preguntó si se habría dormido. Pero sabía que no, porque tenía el plato vacío. Lo sostenía en las manos, pesado y duro.

—Dios —murmuró.

Recordó la época en que la fábrica del pueblo funcionaba día y noche. Los hombres que trabajaban parecían cansados y desgastados, pero las chicas de ahora estaban enamoradas de los telares, los husos y la borra. Dentro de la fábrica de paredes de hiedra, las chicas de ojos vivaces parecían plantas que florecían en macetas.

Por todo el valle se multiplicaban los pueblos de la empresa y las fábricas de algodón de paredes de hiedra, las chicas de cuerpos firmes con ojos como flores de maravillas, y los hombres en las calles calurosas que se miraban unos a otros mientras esputaban sus pulmones a cachos al espeso polvo amarillento de Carolina. Sabía que nunca podría alejarse de esas fábricas que por la noche la iluminación tornaba azules, ni de los hombres de labios ensangrentados que se pasaban el día por las calles, ni del malestar que se respiraba en los pueblos fabriles. Nada podría sacarle de ahí en ese momento. Tal vez podría irse un tiempo, pero se sentiría inquieto y desdichado hasta que regresara. Tenía que quedarse ahí y ayudar a sus amigos a encontrar la forma de ganarse la vida. Esas calles no podían existir sin él: tenía que quedarse, caminar por ellas y contemplar cómo se ponía el sol sobre la fábrica por la noche y salía sobre ella por la mañana. En las calles de los pueblos fabriles del valle, los pechos de las chicas

eran firmes y turgentes. La ropa que tejían ellas mismas a la luz azulada de la fábrica vestía sus cuerpos, pero bajo ella los movimientos de sus pechos firmes parecían gestos rápidos de manos inquietas. En los pueblos del valle, la belleza mendigaba y la sed de los hombres fuertes resonaba en el vacío como el gimoteo de mujeres maltratadas.

—Dios mío —dijo en voz muy baja.

Levantó la vista y vio a Darling Jill llenándole el plato con helado salpicado de melocotón. Antes de que ella pudiera darse la vuelta y apartarse, Will la cogió del brazo y la atrajo hacia sí. Le besó la mejilla varias veces mientras le apretaba la mano con fuerza.

—Por el amor de Dios, jamás se te ocurra venir aquí a trabajar en una fábrica —le rogó—. No lo harás, ¿verdad que no, Darling Jill?

Ella empezó a reírse, pero cuando le vio la cara se angustió.

—¿Qué pasa, Will? ¿Te sientes mal?

—No, no pasa nada —dijo—, pero por Dios, nunca entres a trabajar en una fábrica de algodón.

Rosamond le puso la mano sobre la suya y le apremió a comerse el helado antes de que se fundiera.

Will cerró los ojos y vio las casas amarillas de la empresa que ocupaban todo Scottsville. En la parte de atrás de las casas, vio a las mujeres de labios fruncidos sentadas ante las ventanas de las cocinas, dando la espalda a los fogones vacíos. En las calles, ante las casas, vio a los hombres de labios ensangrentados esputando sus pulmones a cachos al polvo amarillento. Hasta donde le alcanzaba la vista, no veía más que hileras de fábricas de paredes de hiedra, a lo largo de la orilla del ancho y fresco Horse Creek, y en ellas las chicas cantaban, ahogando el ruido de la maquinaria. Las hilanderías, las fábricas de tejidos y de blanqueado se sucedían incontables, y las chicas impacientes de pechos firmes y ojos como flores de maravillas entraban y salían sin parar.

—Pluto va a llevarnos a Georgia —dijo Rosamond en voz baja—. Allí, en casa, podrás descansar, Will. Te sentirás mucho mejor cuando volvamos.

Se alegraba de ir a casa de Ty Ty por un tiempo, pero aborrecía la idea de dejar a sus compañeros aquí, sentados, esperando y resistiendo frente la fábrica. Pero cuando regresara, sí, se sentiría mucho mejor; tal vez entonces podrían echar abajo las puertas protegidas con barrotes de acero de la fábrica y ponerla en marcha. Le gustaría volver al valle, entrar en la fábrica y oír el zumbido de las máquinas, aunque no hubiera tela que tejer de momento ni en el futuro inmediato.

—Muy bien —dijo—, ¿cuándo nos vamos, Pluto?

—Yo estoy listo —dijo Pluto—. Me gustaría volver a tiempo para rebañar algunos votos antes de la cena.

Rosamond y Darling Jill entraron en casa a vestirse. Will y Pluto se quedaron sentados mirando el agua verde del río. Parecía fría y daba la impresión de refrescar

también la brisa que pasaba sobre ella. Pero la temperatura era en realidad uniforme bajo el cielo despejado. La hierba y los juncos se marchitaban al sol, y el polvo que llegaba con el aire de las tierras cultivadas de más arriba se depositaba en el suelo y en los edificios como si fuera una capa nueva de pintura.

Will entró a quitarse los pantalones caquis y ponerse su ropa.

Estaban ya preparados para salir y habían cerrado la puerta de la casa cuando Will vio que alguien se acercaba por la calle.

—¿Dónde vas, Will? —preguntó el hombre, que se detuvo y los miró, fijándose en el coche de Pluto.

—Me voy a Georgia un par de días, Harry.

Will se sintió como un traidor huyendo a hurtadillas. Esperó a que Rosamond llegara al coche.

—¿No te irás para siempre, Will? —preguntó el hombre con suspicacia.

—Volveré al pueblo dentro de unos días, Harry. Y cuando vuelva ya te enterarás.

—Vale, no te pongas así, pero vuelve. Si todo el mundo se marcha, la empresa no tardará en meter a un montón de esquirols y pondrá en marcha la fábrica sin nosotros. Tenemos que quedarnos y resistir todos. Si la fábrica vuelve a funcionar alguna vez sin nosotros, lo habremos perdido todo. Lo sabes, Will.

Will bajó el camino y pasó por delante de Rosamond. Se alejó por la calle con el otro hombre hablándole en voz baja. Se pararon a unos metros y empezaron a discutir. Will habló un rato, tocándole el pecho al otro con el índice, el otro asentía y miraba hacia abajo, a la fábrica de paredes de hiedra. Se dieron la vuelta y se alejaron un poco más, hablando los dos a la vez. Cuando se detuvieron de nuevo, el otro empezó a hablar a Will, tocándole ahora el pecho con el índice. Will asentía, negaba con fuerza y luego volvía a asentir.

—No podemos permitir que nadie entre ahí y fastidie la maquinaria —dijo Will—. A nadie le beneficia.

—Eso precisamente es lo que intentaba explicarte, Will. Lo que queremos es entrar y poner la fábrica en marcha. Cuando la empresa venga y vea lo que pasa, intentará echarnos o bien cederá y nos pondremos a trabajar.

—Escúchame, Harry —dijo Will—, cuando la pongamos en marcha, nadie en esta tierra de Dios va a cerrar la fábrica. Va a seguir funcionando mientras queramos. Si ellos intentan cortar la energía..., bien, a la mierda, Harry, la fábrica no se parará.

—Yo siempre he sido partidario de ponerla en marcha, de no parar nunca. Eso es lo que he intentado explicarle al del sindicato, pero ¿qué coño va a convencer a ese hijo de perra del sindicato? ¡Nada! Ellos cobran porque nosotros no trabajamos. Cuando empecemos a trabajar, dejará de llegar dinero para pagarles. Mira, Will, a la mierda, nosotros no somos más que unos mamones haciéndoles caso cuando nos sueltan el rollo del arbitraje. Que la fábrica funcione con tres turnos, tal vez con cuatro, cuando la pongamos en marcha, pero que no pare nunca. Podemos sacar todo el tejido estampado que quiera la empresa, puede que mucho más. Pero trabajaremos

todos. Podemos hacerlo más rápido cuando estemos todos en el tajo. Ahora lo que nos interesa es ponerla en marcha, conectar la energía. Y si intentan cortarla, entraremos y, bueno, a la mierda, Will, nadie va a parar la fábrica una vez la hayamos ocupado. Y mira, Will, qué coño, yo nunca he sido partidario de romper nada. Lo sabes, lo sabe todo el mundo. Ese cabronazo del sindicato fue el que sacó el tema cuando se enteró de que estábamos pensando en ponerla en marcha por nuestra cuenta. Yo lo único que quiero es que funcione la fábrica.

—Eso es lo que llevo repitiendo en cada reunión del sindicato desde el cierre —dijo Will—. La sección sindical del pueblo solo sigue las consignas del sindicato. Dicen que lo único que puede devolvernos nuestros empleos es el arbitraje. Yo nunca he sido partidario del arbitraje. Si negocias con la empresa lo único que consigues es que te impongan sus intereses. No van a parar de repetir «un dólar diez», eso lo sabes tan bien como yo. ¿Y cómo cojones puede pagar un hombre el alquiler de estas letrinas pestilentes en las que vivimos con un dólar diez? Ya me dirás tú cómo y, si me lo explicas, yo seré el primero en votar por el arbitraje. Pero no, no, señor, no se puede.

—Bueno, yo soy partidario de entrar ahí y poner la fábrica en marcha. Eso es lo que llevo diciendo desde el principio. Nunca he dicho otra cosa y nunca la diré.

Rosamond se acercó un poco y llamó a Will. Él se apartó del otro y le preguntó qué quería. Se había olvidado por completo del viaje a Georgia.

—Vamos, Will —dijo ella—. Pluto está que se sube por las paredes si no salimos ya. Se presenta para *sheriff* en el condado y tiene que hacer campaña. Harry y tú ya acabaréis la discusión cuando volvamos dentro de un par de días.

Harry y él hablaron un poco más, luego Will se dio la vuelta y siguió a Rosamond hasta el coche. Darling Jill se había sentado al volante, junto a Pluto. Will se sentó atrás, con Rosamond. El motor había estado cinco o seis minutos encendido mientras esperaban.

Will se asomó por la ventanilla para despedirse de Harry.

—Intenta que se convoque esa reunión para el viernes por la noche —gritó—. Dios, vamos a enseñarles a la empresa y a esos del sindicato qué queremos decir cuando hablamos de conectar la energía y poner la fábrica en marcha.

Darling Jill aceleró por la calle sin pavimentar y dobló la esquina con temeridad. Salieron entre una nube de polvo que se elevó por el aire caliente hasta depositarse en los árboles y los porches delanteros de las casas amarillas.

Corrieron por el cemento recalentado hacia Augusta, pasando por delante de una serie casi interminable de casas, todas propiedad de la empresa. Luego dejaron atrás otros pueblos fabriles, frenando en los tramos de velocidad limitada y mirando las fábricas que zumbaban. Veían a hombres y chicas por las ventanillas abiertas y casi oían el estruendo de las máquinas en movimiento detrás de las paredes cubiertas de hiedra. Por las calles se veía a poca gente. Ni de lejos tanta como por las de Scottsville.

—Date prisa, lleguemos cuanto antes a Augusta —dijo Will—. Quiero salir del valle tan rápido como este coche pueda sacarme de aquí. Estoy harto de ver las hilanderías y las casas de la empresa cada minuto del día y de la noche.

Pero sabía que no estaba harto de verlas ni de vivir con ellas; era la visión de tantas fábricas en funcionamiento lo que le irritaba.

Pasaron por Graniteville, Warrenville, Langley, Bath y Clearwater, salieron del valle y corrieron a ciento doce kilómetros por hora por el asfalto recalentado. Cuando llegaron a la cima de Schiltz Hill, vieron desde arriba la ciudad abandonada de Hamburg y la terrosa Savannah y, por la parte de Georgia, la amplia llanura de aluvión sobre la que se erigía Augusta. Arriba estaba The Hill, llena de rascacielos de hoteles y mansiones blancas de tres plantas.

Mientras bajaban en punto muerto la larga colina hacia el puente de Fifth Street, Rosamond comentó algo sobre Jim Leslie.

—Vive en una de esas elegantes casas de The Hill —dijo Will—. ¿Por qué nunca viene a visitarnos ese cabronazo?

—Jim Leslie vendría si no fuera por su mujer —dijo Rosamond—. Gussie se cree demasiado importante para rebajarse a hablar con nosotros. Le obliga a llamarnos cabezas de borra.

—Pues prefiero ser un cabeza de borra y un muerto de hambre y vivir en una casa amarilla antes que ser como Jim Leslie y ella. Un día me crucé con ellos en Broad Street y cuando les hablé, él se escabulló para que la gente no le viera conmigo.

—Jim Leslie no era así —dijo Rosamond—. En casa, de niño, era como todos los demás. Pero cuando ganó dinero, se casó con una chica de la alta sociedad de The Hill y ahora no quiere tener nada que ver con nosotros. Aunque es verdad que desde el principio ya era un poco distinto. Tenía algo especial, no sabría decir el qué.

—Jim Leslie es un *broker*, especula con los precios del algodón —dijo Will—. Se hizo rico jugando con futuros de algodón. No ganó el dinero que tiene, lo timó. Sabes lo que hacen esos *brokers*, ¿verdad? ¿Sabes por qué les llaman especuladores?

—¿Por qué?

—Porque enculan a los granjeros hasta arruinarlos. Les prestan un poco de dinero y luego se llevan la puta cosecha entera. O le chupan la sangre a un hombre subiendo y bajando el precio hasta que le obligan a vender. Por eso les llaman especuladores. Y eso es Jim Leslie Walden. Si fuera mi hermano, le trataría como trataría a un esquirolo en Scottsville.

Ocho

Todavía no había oscurecido, pero ya empezaban a salir las estrellas y las luces en las casas a los lados de la carretera parpadeaban en el crepúsculo. Cuando estaban a media kilómetro de casa, vieron luces que se movían, como si unos hombres caminaran con faroles.

En la casa se veía una agitación que indicaba que estaba pasando algo. Darling Jill aceleró para descubrir de qué se trataba. Redujo la velocidad en la curva, quemando las cintas del freno hasta que el olor de la goma chamuscada les envolvió a todos entre el polvo.

Ty Ty apareció corriendo por la esquina de la casa sosteniendo un farol humeante. Tenía la cara enrojecida por el calor del día, y la ropa cubierta de arcilla seca que colgaba de la tela como pelusa de bardana. Todos se bajaron rápidamente para saludarle.

—¿Qué pasa, papá? —preguntó Rosamond con nerviosismo.

—Genial, todo va genial —dijo—. Estamos cavando como locos. Hemos excavado un agujero de seis metros de profundidad desde esta mañana, y no lo digo por decir. No cavábamos tan rápido desde hacía diez años.

Tiró de ellos, apremiándolos a que le siguieran. Cruzó el patio a la carrera y dobló la esquina de la casa. Los que le seguían tuvieron que pararse de golpe al encontrarse haciendo equilibrios al borde de un cráter iluminado con faroles a un lado de la casa. En el fondo del agujero, Shaw, Buck y Black Sam cavaban en la arcilla. Al otro lado del cráter, frente a ellos, estaba el tío Felix con otro farol humeante y una escopeta. Junto a él había un hombre que parecía un fantasma bajo la luz parpadeante.

—¿Quién es ese? —preguntó Will.

Ty Ty habló a gritos a Buck y a Shaw. Griselda apareció de repente, surgiendo de la oscuridad.

—Chicos —gritó Ty Ty—, llevamos trabajando desde por la mañana temprano y creo que ya es hora de que paremos y descansemos un poco. Ha venido Will, así que empezaremos mañana por la mañana muy temprano, con luz. Ahora salid de ahí y saludad a la familia.

Buck tiró la pala al suelo, pero Shaw siguió picando en la arcilla endurecida. Buck empezó a discutir con él, tratando de convencerle de que lo dejara de una vez. Black Sam ya estaba saliendo del agujero.

Griselda y Darling Jill entraron en casa y encendieron las lámparas.

—Tengo un hambre de caballo, chicas —dijo Ty Ty.

El tío Felix recogió el farol humeante que tenía a los pies y le hincó la punta de la escopeta al otro hombre en la espalda. Empujando al extraño, lo encaminó hacia el establo.

—¿Quién es? —preguntó Pluto—, ¿un votante?

—¿Ese? ¿No lo ves? Es el blancuzco cuya pista me diste, Pluto. Genial, Pluto,

genial, es el albino que atrapamos en los pantanos.

Caminaron alrededor de la casa detrás del albino y del tío Felix. El hombre de color lo empujaba, hablándole mientras le hincaba la punta del arma.

—No te dije ninguna mentira, ¿eh? —preguntó Pluto—. ¿No te dije que andaba por los pantanos?, ¿no te lo dije, Ty Ty?

—Sí, me lo dijiste, pero también le diste demasiada importancia a los problemas que podría causar. Traer a ese blancuzco a casa ha sido tan difícil como traer un conejo muerto. Vino tranquilamente con nosotros, Pluto, sin resistirse. Pero no quiero correr riesgos. Podría estar fingiendo. Por eso tengo al tío Felix vigilándole día y noche.

—¿Adivinó dónde estaba el oro, Ty Ty?

—Y tanto, le fue tan fácil como estornudar —dijo Ty Ty—. Cuando llegamos y le dijimos lo que tenía que hacer, señaló sin vacilar ese punto donde ahora está el agujero. Dijo que era el sitio en que cavar para encontrar el filón. Y ahí está.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has encontrado pepitas?

—Bueno, no exactamente. Pero cada vez estamos más cerca, lo noto, caliente, caliente, a punto de quemarnos.

—¿Sabe hablar? —preguntó Will.

—¿Hablar? Pues sí, y bastante. Si le das ocasión de largar, ese blancuzco es capaz de convencerte por las buenas de que le entregues la escopeta. Sabe hablar como nadie. Me duelen las mandíbulas de tanto hablar con él. Pero ya no me da miedo. Es como tú y como yo, como cualquiera, Will, la única diferencia es que es blanco de pies a cabeza, y los ojos y el pelo también. Es verdad que los ojos tienen algo rosa, pero si no hay mucha luz parecen blancos.

—¿Le has dicho que voy a presentarme para *sheriff*? —preguntó Pluto.

—Anda ya, Pluto —dijo Ty Ty—. No voy a permitir que pierda el tiempo yendo a votar. Este va a quedarse donde está, día y noche. Vamos a sacar el oro de ese agujero, aunque tengamos que excavar hasta China para dar con él. Pero ya nos estamos acercando. No tardaremos mucho en encontrar ese filón y empezar a sacar paladas de esos huevos de gallina pintada.

Ty Ty se detuvo ante la puerta del establo.

—Me muero de hambre —dijo—. Volvamos a la casa y pidámosle a las chicas que nos preparen algo de comer. Después de la cena podemos llevarlo a la casa para que todo el mundo lo mire tranquilamente y vea un albino de cerca.

Ty Ty se dio la vuelta y se encaminó hacia la casa. Will y Pluto le siguieron. Les hubiera gustado ver al hombre en el establo en ese mismo momento, pero ninguno tenía demasiadas ganas de entrar si no les acompañaba Ty Ty.

—No tendrías que haberte puesto a cavar justo al lado de la casa —dijo Will—. Me parece que ha sido una equivocación. La casa podría desmoronarse en el agujero.

—Ya me he encargado de eso —dijo Ty Ty—: Black Sam, los chicos y yo vamos asegurando el terreno a medida que avanzamos. Hemos colocado puntales para que

no se deslice hacia el agujero. Y, si acaba cayendo, tampoco importa mucho; cuando encontremos el filón, seremos tan ricos que podremos construir cuantas casas queramos, mucho mejores y más elegantes que esta.

—No sabría decirte —intervino Pluto—, pero me da la impresión de que estás excavando en la parcela de Dios.

—No te preocupes por eso —dijo Ty Ty—. Cambié la parcela de Dios a la parte de atrás de la granja esta mañana. No hay ningún peligro de que encontremos el filón en ella. Si diéramos con el oro, sería como si la parcela de Dios estuviera en Florida.

Ty Ty y Will entraron en la casa, pero Pluto se sentó en el porche, donde hacía más fresco.

Griselda y Rosamond preparaban la cena mientras Darling Jill ponía la mesa. Black Sam había traído una brazada de ramas nudosas de pino y los fogones estaban incandescentes. Todos tenían hambre, pero con la leña de Black Sam no tardaría mucho en hervir la sémola ni en cocerse los boniatos. Griselda había cortado en lonchas medio jamón y estaba friéndolo en dos planchas.

Se habían olvidado de Pluto. Cuando Will y Ty Ty se levantaron de la mesa, Darling Jill recordó de repente que él no había cenado y corrió a buscarlo. Lo arrastró al comedor entre quejas de que no podía quedarse. Seguía repitiendo que esa noche tenía que salir a la carretera y hacer campaña antes de que los votantes se acostaran.

—A ver, Pluto —dijo Ty Ty—, siéntate y come. Cuando hayas acabado, sacaremos del establo al blancuzco y lo traeremos aquí para que todo el mundo lo vea bien con luz. Él tiene que comer como los demás, y tanto da que coma aquí como en el establo. Eso también le dará un descanso al tío Felix, que lo lleva vigilando desde que le trajimos anoche.

Buck y Shaw iban a acercarse en coche a Marion a comprar más palas. Desde que empezaron con las nuevas, habían roto un mango y habían doblado una hoja. Ty Ty quería una pala nueva para Will y creía que él también cavaría mejor con otra. Buck y Shaw se lavaron, se cambiaron de ropa y se prepararon para salir.

Ty Ty llevó a Will y a Pluto al salón mientras las chicas recogían la mesa y amontonaban los platos en la cocina para que Black Sam los fregara. Ty Ty no veía el momento de contarles cómo habían atrapado al albino.

—Buck lo vio primero —empezó Ty Ty—, y tiene todo el derecho a sentirse orgulloso de ello, no lo niego. Estábamos en el pantano que hay por debajo de Marion esperando a ver si aparecía; Buck dijo que se iba a acercar a una casa que había junto a la carretera a preguntar si lo habían visto por allí. Fuimos en el coche y nos detuvimos en el patio, Buck se bajó y llamó en el porche. Yo miraba hacia el otro lado, pensando que tal vez podría descubrir al albino a lo lejos, y no sé qué estaba haciendo Shaw, pero seguro que no miraba en la misma dirección que Buck, porque al instante oí que este gritaba:

—¡Ahí está!

—¿Estaba dentro de la casa? —preguntó Pluto.

—¿Que si estaba dentro? —repitió Ty Ty—. Me parece que sí. Cuando me di la vuelta, le vi, allí estaba, en carne y hueso, de pie en la puerta, con toda la pinta de un hombre al que acaban de meter en un barril de harina. Llevaba un mono y una camisa de faena azules, pero todo lo que se veía de su cuerpo era blanco.

—¿Eché a correr?

—¡Nada de correr! Salió al porche y le preguntó a Buck qué buscaba. Buck le agarró por las piernas y Shaw y yo bajamos del coche con las correas. Lo atamos en un abrir y cerrar de ojos, igual que se ata a una ternera para llevarla a la feria. Chilló un poco y soltó un buen montón de patadas, pero ni pestañeamos. Al momento apareció una mujer en la puerta para ver qué era todo aquel alboroto. Una mujer normal, quiero decir que no era blanca de pies a cabeza como el albino. Me dijo: «¿Qué coño están haciendo?». Y al albino le preguntó: «¿Qué pasa, Dave?». Él no dijo nada durante un momento y así nos enteramos de cómo se llamaba. Dave. Luego soltó: «Estos hijos de puta me han atado». Ella empezó a chillar, entró corriendo en la casa, salió por la puerta trasera y se perdió en el pantano; y esa fue la última vez que la vimos o la oímos. Era su esposa, me parece; aunque no entiendo para qué se casa un albino. Hemos hecho bien separándolos. Aborrezco ver a una blanca normal liada con un moreno negro como el carbón, y esto es igual de asqueroso, porque es un blanzuzco.

—Y ahora que ya lo tienes, ¿qué va a hacer? —preguntó Will.

—¿Que qué va a hacer? Pues decirnos dónde está el filón, Will.

—Eso no es nada científico, y creía que tú siempre decías que todo tenía que serlo —replicó Will—. Ahora respóndeme sinceramente: ¿lo es?

—Pues si quieres que te diga la verdad, creo que sí. Algunos dicen que un zahorí que encuentra pozos de agua no es un científico, pero yo creo que sí. Y sostengo lo mismo con los que encuentran oro.

—No tiene nada de científico partir una rama de sauce y caminar con ella por la tierra buscando una corriente de agua subterránea. Es pura suerte. Yo les he oído decir: «Cavad aquí», y cuando habían profundizado sesenta metros, en la punta de la barrena no había ni una gota de agua. Para encontrar agua, tanto da que tires los dados como que pasees por ahí con una rama de sauce. Sí, ya sé que una rama a veces apunta hacia abajo y otras veces hacia arriba, pero si yo quisiera un pozo no buscaría el agua con un trozo de leña: tiraría los dados antes de quedar como un idiota con la ramita.

—Lo que pasa es que no tienes una mente científica, Will —dijo con tristeza Ty Ty—. Ese es el problema. Pero escúchame: yo soy científico hasta la médula, siempre lo he sido, y creo que lo seré hasta el fin de mis días. No me río ni me mofo como tú de las ideas científicas.

Después de la copiosa cena de sémola y boniatos, tortas calientes y jamón frito, tanto Ty Ty como Will se sentían bien. En cambio, Pluto, que había comido tanto sino más que los otros, se sentía inquieto. Sabía que tenía que marcharse y volver a casa

para levantarse al alba la mañana siguiente y empezar su campaña muy temprano. Empezaba a preocuparle el resultado de las elecciones. Si no salía elegido *sheriff* no sabía qué iba a hacer. No tenía empleo y el aparcerero de color que trabajaba su granja de veinticuatro hectáreas no producía algodón suficiente como para permitirle vivir medianamente bien. Tal vez, si encontrara un buen artículo, podría volver a vender de puerta en puerta. Durante casi diez años, había vendido lo que le había ido saliendo, pero nunca había sacado más dinero que el mínimo para pagar los gastos del coche. Nunca le gustó viajar. Y cuando se quedaba en el pueblo, le encantaba ir a repantigarse en el sillón de los billares, darle a la sinhuera y hablar de política. Sabía que no debía perder el tiempo en los billares, pero sencillamente no podía salir al sol abrasador día tras día a vender añil para lavar la ropa o cera para los muebles que la gente, además, no quería comprar o, si quería, no podía pagar. Pero si salía elegido *sheriff*, la cosa cambiaría. Se llevaría un buen salario, extras aparte, y sus ayudantes serían los que saldrían, rellenarían los documentos y se encargarían de las detenciones. Podría pasarse la mayor parte del día sentado en los billares dándole al pico todo lo que quisiera.

—Será mejor que me vaya ya —dijo.

No hizo el menor ademán de levantarse de la silla y nadie le prestó demasiada atención.

Darling Jill entró con Griselda y Rosamond y le dio una palmada en la calva a Pluto. No se puso delante de él ni al alcance de sus manos y Pluto se resignó a someterse a su juego con la esperanza de que accediera en algún momento a sentarse en su regazo.

—¿Cuándo vas a traer a ese albino para que lo veamos? —preguntó Will.

—No tan rápido, para el carro —le dijo Ty Ty—. Primero Black Sam tiene que acabar de fregar los platos y luego lo mandaré al establo a buscarlo. El tío Felix cenará mientras los demás miramos al blancuzco aquí.

—Me muero de ganas por verlo —dijo Darling Jill, jugueteando con la cabeza de Pluto.

—Tengo que irme a casa —dijo este—. Y eso es un hecho.

Nadie le hizo el menor caso.

—A mí también me gustaría verlo —dijo Rosamond mirando a Griselda—. ¿Qué aspecto tiene?

—Es corpulento y fuerte. Y también guapo.

—Bah, a la mierda —soltó Will haciendo una mueca—, ¿es que no saben hablar de otra cosa las mujeres?

—No quiero que os pongáis a tontear con él —les dijo Ty Ty—. Si estáis pensando en eso, más vale que os vayáis olvidando. Tiene que concentrarse en trabajar para mí todo el tiempo.

Darling Jill se sentó por fin en el regazo de Pluto. Este reaccionó sorprendido y encantado. Esbozó una sonrisa resplandeciente cuando ella le rodeó el cuello con los

brazos y lo besó.

—¿Por qué no te casas con Pluto? —preguntó Ty Ty.

—No pienso en otra cosa, a todas horas —dijo Pluto con ansiedad.

—Pues me quitarías un gran peso de encima si os casarais.

—No pienso en otra cosa, a todas horas —repitió Pluto—. Y eso es un hecho.

—¿En qué piensas a todas horas, Pluto? —preguntó Darling Jill.

—En casarme contigo en cuanto quieras.

—¿Conmigo? ¿Casarte conmigo?

—Te lo juro —dijo él moviendo la cabeza hacia ella—. Estoy loco por ti, Darling Jill, y no puedo soportar la espera. Quiero casarme ya.

—Cuando te tragues esa barriga a lo mejor podría pensármelo —respondió ella, golpeándole con los puños, sin piedad—. Pero ahora no me casaría contigo, culo gordo, por nada del mundo.

Tras lo cual, ni siquiera Pluto fue capaz de hablar. Ni una palabra se pronunció en la sala durante casi un minuto. Entonces Griselda se levantó e intentó que Darling Jill dejara en paz a Pluto.

—Calla, Darling Jill —dijo Griselda—, no hables así. No es agradable.

—Pero si es un culo gordo, ¿o no? ¿Cómo lo llamarías tú? ¿Muñequito? A mí me parece un culo seboso.

Ty Ty se levantó y salió de la habitación. Los demás pensaron que iba al establo a buscar al albino. Todos se quedaron sentados y callados, intentando no mirar a Pluto. Este permanecía aparte, taciturno, dolido por el trato de Darling Jill, pero todavía más impaciente por casarse con ella.

Nueve

Se oyeron unos contundentes taconazos en el porche delantero. Pero por encima se distinguió la voz de Ty Ty llamando al tío Felix para que trajera a Dave a la casa y lo enseñara.

—Empújalo —dijo Ty Ty—. Los chicos están esperando para echarle un vistazo.

El albino fue el primero en aparecer en la puerta; le seguía el tío Felix, apuntándole por la espalda con la escopeta, cagado de miedo. Cuando Ty Ty le dijo que fuera a la cocina y cenara, se alegró de verse dispensado de esa responsabilidad, aunque fuera solo temporalmente.

—Bueno chicos, aquí lo tenéis —dijo con orgullo Ty Ty. Dejó la escopeta cruzada sobre el asiento de la silla y condujo a Dave a la habitación—. Siéntate y ponte cómodo, como en tu casa.

—¿Cómo te llamas, amigo? —le preguntó Will, un tanto deslumbrado por la blancura de su piel y su pelo.

—Dave.

—¿Dave qué más?

—Dave Dawson.

—¿Puedes encontrar un filón de oro?

—No lo sé. Nunca lo he probado.

—En ese caso —dijo Will—, más vale que empieces a rezar para aprender rápido porque, si no sabes, estos tipos se van a poner como fieras contigo y no sé qué podría pasarte.

—Pues claro que puede —intervino Ty Ty—. No hace falta que sepa nada, puede porque sí.

—Pues me gustaría mucho ver el oro que encuentres, amigo —le dijo Will—. Quiero tocarlo con mis manos y morderlo.

—Will, no lo asustes ni lo acorrales. Dentro de nada, será un zahorí de oro de primera. Todavía es joven. Dale tiempo.

Darling Jill y Rosamond no le habían quitado ojo al extraño hombre. Rosamond le tenía un poco de miedo y se encogió sin querer en la silla. Pero Darling Jill se inclinó hacia delante y le miró directamente a los ojos. El albino sintió su mirada y se la devolvió. Dave se mordió el labio, preguntándose quién sería. No conocía a ninguna chica tan guapa, y se estremeció un poco.

Con tantos ojos clavados en él, Dave se sentía como un animal en una feria. Todos le miraban y él solo podía mirar de uno en uno. Fue fijándose en todos los presentes, hasta volver a Darling Jill. Cuanto más la miraba, más le gustaba. Se preguntó si sería la esposa de alguno de los hombres de la habitación.

—¿Cómo te sientes aquí, en tierra firme, amigo? —preguntó Will.

—Bien.

—Pero preferirías volver a casa, en el pantano, ¿no?

—No lo sé.

Volvió a mirar a Darling Jill. Ella le sonreía y él se atrevió a devolverle la sonrisa.

—Eh, mirad, vaya sorpresa —dijo Ty Ty, recostándose en la silla—. Fijaos en cómo se comporta Darling Jill, fijaos, chicos.

Hasta ese momento Ty Ty ni por un instante había considerado a Dave un ser humano. Desde la noche anterior, lo había mirado como si perteneciera a otra especie. Pero cuando vio sonreír a Darling Jill, se le ocurrió que el chico era de hecho una persona. Aun así, seguía siendo un albino, y de ellos se decía que poseían poderes sobrenaturales para adivinar dónde había oro. En ese sentido al menos, Ty Ty lo consideraba superior a los demás.

—¿Qué diría tu esposa, amigo, si te viera lanzar esas miraditas a Darling Jill? —le preguntó Will.

—Es bonita —dijo el chico.

—¿Quién?, ¿tu mujer?

—No —respondió rápidamente mirando a Darling Jill—. Ella.

—No eres el primero que lo dice, pero te aseguro que es una mujer difícil, a no ser que sea ella la que te busque. Ahora hay muchos detrás de ella, así que no es probable que le intereses. ¿Ves a ese gordo que está en el rincón? Ese es uno de los que la persigue, sin ir más lejos. Lo ha estado intentando desde sabe Dios cuándo, pero todavía no ha conseguido nada. Tendrás que hacer algo grande para hacerla tuya, te lo aseguro.

Pluto miró con inquietud al chico alto y delgado sentado en la silla de respaldo recto en el centro de la habitación. No le gustaba que Darling Jill se insinuara a Dave. Las historias con ese tipo de principios acababan mal.

—Ahora que sabemos que él es un macho y dado que las mujeres son hembras, hay que explicarle las cosas como es debido al chico —dijo Ty Ty—. Bien lo sé yo, que me empeñé en meter a un semental en el establo en mala hora y acabó echando abajo la pared.

—Hablar no sirve de mucho —intervino Will—. Si compras un gallo revolucionará el gallinero, tanto si quieres como si no.

—No le hagáis caso —prosiguió Ty Ty—; sé lo que estoy haciendo. ¿Ves a esa chica sentada en el centro? Es la esposa de Buck, se llama Griselda y, te lo juro, Dios no ha creado jamás una mujer más atractiva. Pero déjala en paz. La otra, la que está ahí, la de los hoyuelos, es Rosamond. Es la esposa de Will. Déjala también en paz. Y esa a la que estás mirando se llama Darling Jill. Todavía no está casada, pero eso no la convierte en chica fácil, y quiero que se comprometa con Pluto. Pluto es el gordo del rincón. Este año se presenta para *sheriff*. Puede que te deje ir a votarle cuando llegue el momento.

—No sirve de nada decirle que deje en paz a Darling Jill —dijo Will—. Es malgastar palabras. No hay más que ver cómo se miran.

—No iba a decirlo, pero ya que lo has mencionado, creo que deberías saber que

no puedo impedir que Darling Jill haga lo que se le meta en la cabeza. A veces se pone un poco tonta, y por nada.

Mientras Dave y Darling Jill se miraban, Ty Ty siguió hablando en voz más baja, pero lo escucharon todos.

—Creo que Dios ha sido bastante bueno conmigo. Me premió con las hijas y la nuera más bonitas que un hombre puede soñar. Creo que he sido afortunado por no tener más problemas de los que he tenido. A veces pienso que no es bueno, que tener chicas tan guapas en la casa siempre trae problemas. Pero hasta ahora me he librado de la desgracia. Darling Jill se comporta a veces como una tonta, y por nada. Pero hasta el momento hemos ido tirando y me considero afortunado.

—Por favor, papá —dijo Griselda—, no empieces otra vez.

—No me avergüenzo de nada —dijo Ty Ty acalorándose—. Creo que Griselda es la chica más preciosa que jamás he visto. No hay ni un solo hombre que haya visto un par de bellezas turgentes como las tuyas. ¡Ni uno! Son tan bonitas que a veces me entran ganas de arrodillarme como esos viejos sabuesos que persiguen a una perra huidiza, ganas de tirarme al suelo y lamer por donde pisa. Así son las cosas y es la verdad de Dios tal como Él la contaría si pudiera hablar como los demás.

—¿No pretenderás decir que se las has visto, verdad que no? —preguntó Will, haciéndoles un guiño a Griselda y Rosamond.

—¿Vérselas? ¡Por Dios bendito! Me paso el día intentando pillarla desprevenida o despistada para vérselas un poco. ¡Vérselas! ¡Dios bendito! ¡Si me gustan más que el *whisky* a un borracho! Y cuando se las has visto una vez ya no puedes quitártelas de la cabeza. No puedes quedarte tranquilamente sentado y pensar en otra cosa que no sea vérselas otra vez. Y cada vez que las ves te sientes como el viejo sabueso del que te hablaba. Te sientas en el patio, tranquilo y a tu aire, y de repente algo se te mete en la cabeza. Sigues sentado, suplicando que se te olvide y te deje en paz, pero aquello no se va, está dentro de ti. No puedes quitártelo porque no puedes tocarlo; no puedes hablarle porque es algo sordo, que no te escucha. Así que eso se despierta en ti y se te queda dentro, bien dentro. Entonces te dice algo y lo reconoces: es de nuevo ese viejo sentimiento, y sabes que no puedes reprimirlo, ni aun vendiendo tu alma. Puedes pasarte el día entero sentado, hasta creer que ha desaparecido, pero no, no te dejará. Y es entonces cuando no puedes más y das la vuelta a la casa de puntillas, intentando ver algo. ¡Dios bendito! ¡Y bien sé lo que digo!

—Por favor, papá —dijo Griselda sonrojándose—, me prometiste que no hablarías más así de mí.

—Chica —replicó—, ¿es que no te das cuenta de que te estoy alabando? Estoy diciendo las cosas más bonitas que un hombre puede decir de una mujer. Cuando un hombre siente ese dolor que le lleva a ponerse a gatas y lamer el suelo, bueno, chica, eso lo convierte en..., buf, un mamón, Griselda.

Ty Ty rebuscó en los bolsillos hasta que encontró una mísera moneda de veinticinco centavos. La puso en la mano de Griselda.

—Toma esto y cómprate algo bonito la próxima vez que vayas a la ciudad, Griselda. Ojalá tuviera más que darte.

—Escúchame —dijo Will, guiñándole un ojo a Rosamond y Griselda—. Te estás delatando. Si no mides tus palabras, no volverás a tener ocasión de ver más a Griselda así. Si no te callas, te rehuirá siempre.

—En eso te equivocas, hijo —dijo Ty Ty—. He vivido un montón más que tú y conozco un poco mejor a las mujeres. Griselda no me impedirá que la mire ni la próxima vez ni nunca. Claro que no va a decirlo, pero le encantará que lo siga haciendo, te lo aseguro. Ella sabe muy bien que me gusta lo que veo. A ver, ¿no es así, Griselda?

—Ah, por favor, ¡papá!

—¿Ves? ¿No he dicho la pura verdad? Ella seguirá en esa habitación de ahí con la puerta abierta de par en par dentro de unos días, no muchos, y yo estaré aquí al lado mirándola con toda mi alma. Una chica como ella tiene todo el derecho a exhibirse, si así lo quiere. No se lo reprocharía si lo hiciera. ¡Por Dios! ¡Es una bendición para la vista!

—Vamos, papá, por favor, basta ya —dijo Griselda tapándose la cara con las manos—. Me prometiste que no hablarías más así.

Ty Ty había estado tan absorto hablando que no se dio cuenta de que Darling Jill se había levantado, había cogido a Dave de la mano y tiraba de él hacia la puerta. Cuando vio allí al albino, se puso en pie de un salto, levantó la escopeta y le apuntó.

—¡Ni un paso más! —gritó—. Vuelve ahora mismo a tu sitio.

—Espera, papá —dijo Darling Jill, que corrió hacia Ty Ty y le rodeó el cuello con los brazos—. Papá, déjanos a solas un momento, nada más. No va a escaparse. Solo vamos a salir al porche de atrás, a tomar algo y sentarnos al fresco. No se escapará. No vas a escapar, ¿verdad que no, Dave?

—No, ni hablar —dijo Ty Ty aunque con tono menos tajante.

—Por favor, papá —dijo Darling Jill, abrazándole con más fuerza.

—Bueno, no sé.

—No vas a escapar, ¿verdad que no, Dave?

El chico negó vigorosamente con la cabeza. Le daba miedo hablarle a Ty Ty, pero, de haberse atrevido, le habría suplicado que le dejara salir con Darling Jill. Se limitó a seguir sacudiendo la cabeza.

—No me gusta nada la pinta que tiene esto —dijo Ty Ty—. Cuando esté ahí fuera, en la oscuridad, sin nadie que lo vigile, lo único que tiene que hacer es saltar del porche y lo habremos perdido para siempre. No podríamos encontrarlo por la noche. No quiero correr ese riesgo. No me gusta la pinta que tiene esto.

—Déjale ir con ella —dijo Will—. Si quieren salir no es para escaparse. Él no intentará huir. Parece que desde que ha llegado Darling Jill a casa empieza a gustarle la granja. ¿No es verdad, amigo?

El chico asintió, intentando convencerles de que no pretendía escaparse. No paró

de asentir hasta que Ty Ty apoyó de nuevo el arma en el asiento de la silla.

—Sigue sin gustarme la pinta de todo esto —repitió Ty Ty—, pero te dejaré salir un ratito. Aunque ten presente que si te escapas, cuando te atrape desearás estar en el infierno. Te encadenaré por las piernas, te inmovilizaré en el establo y no podrás volver a huir jamás. Quiero controlarte hasta que me encuentres ese filón. Más te vale que no juegues conmigo porque cuando pierdo la cabeza, la pierdo de verdad.

Darling Jill sacó a Dave de la habitación casi a rastras. Pasaron a oscuras por el vestíbulo para ir al porche trasero. El cubo de agua estaba vacío y se acercaron al pozo. Dave sacó agua y llenó el cubo.

—¿No te gusto más que tu mujer? —le preguntó Darling Jill, colgada de su brazo.

—Ojalá me hubiera casado contigo —respondió él. Las manos le temblaban—. No sabía que hubiera una chica tan guapa en todo el país. Eres la chica más bonita que he visto en mi vida. Eres tan suave, tu voz es como el canto de los pájaros y hueles tan bien...

Se sentaron en el peldaño de abajo. Mientras escuchaba a Dave, Darling Jill se estremeció y empezó a sentir escalofríos. Ningún hombre le había hablado jamás así.

—¿Por qué eres tan blanco? —le preguntó.

—Nací así. No puedo cambiar mi aspecto.

—A mí me gusta mucho. No te pareces a ningún hombre que conozca, y me alegro de que seas tan diferente.

—¿Te casarías conmigo? —preguntó Dave con voz ronca.

—Tú ya estás casado.

—No quiero seguir así. Quiero casarme contigo. Me gustas mucho y me pareces muy hermosa.

—Si te gusto tanto, no hace falta que nos casemos.

—¿Por qué?

—Porque no hace falta.

—Pero yo no podría hacer todo lo que quisiera contigo.

—No seas tonto.

—Me daría miedo. Pueden pegarme o qué sé yo. No tengo ni idea de lo que me harían.

—Fue una vergüenza que papá te atara y te trajera aquí de ese modo —dijo ella—, pero me alegro.

—Y yo también. Ahora, aunque pudiera, no me escaparía. Voy a quedarme para poder verte todo el tiempo.

Darling Jill se acercó a él, le abrazó por la cintura y apoyó la cabeza en su hombro. Él la aferró con desesperación.

—¿Quieres besarme?

—¿Me dejarías?

—Sí, me gustaría.

La besó, apretándola contra su cuerpo. Ella sintió sus músculos tensos e

hinchados cuando sus cuerpos se tocaron.

Él la levantó y la condujo al patio. Corrió con ella por la oscuridad sin saber adónde iba.

—¿Adónde vamos?

—Ahí, donde no nos molesten —dijo—. No quiero que vengan y me obliguen a volver al establo.

Caminó con ella hasta el final del patio y se sentó, con ella en el regazo, bajo uno de los robles. Ella no quería que la soltara y le abrazó con todas sus fuerzas.

—Cuando encontremos el oro, nos quedaremos con un poco y nos iremos juntos muy lejos —dijo Darling Jill—. Tú harías eso por mí, ¿verdad, Dave?

—No te quepa duda. Me iría ahora mismo contigo si quisieras.

—A mí no me importa —susurró ella—, no me importa, pase lo que pase. Haré lo que tú me pidas.

—¿Por qué te llaman Darling Jill? —preguntó él tras un largo silencio.

—Me llamo Jill, pero de niña todo el mundo me llamaba «*Darling*». Al crecer siguieron igual. Y por eso ahora todos me llaman Darling Jill.

—Es el nombre perfecto para ti —dijo—, no se me ocurriría manera mejor de llamarte. Eres un verdadero encanto, *Darling*.

—Bésame otra vez —le pidió ella.

Dave se inclinó y la atrajo hacia sí hasta que sus labios se rozaron. Se tumbaron en el suelo, ajenos al mundo que les rodeaba. La presión de los brazos, la tensión e hinchazón de los músculos del chico estremecieron a Darling Jill.

Ty Ty y Will salieron al porche a buscarlos. Ty Ty los llamó a gritos y, al no obtener respuesta, empezó a soltar tacos. Will entró a buscar un farol y le dijo a Ty Ty que no asustara al chico con sus gritos. Cuando salió con el farol humeante, Ty Ty se lo quitó de las manos y empezó a correr por el patio de un lado a otro, en todas direcciones. Gritaba a Will, maldecía a Dave y a Darling Jill y miraba por todas partes, corriendo tan rápido como sus pies se lo permitían.

Rosamond y Griselda salieron de la casa y se quedaron junto al pozo, intentando distinguir algo en la oscuridad.

—Lo sabía —repetía una y otra vez Ty Ty—. Lo supe desde el principio.

—Los encontraremos —dijo Will—. No han podido ir muy lejos.

—Lo sabía, lo sabía. Mi chico de pelo blanco se ha ido para siempre.

—No creo que se haya escapado —se quejó Will—. Me apuesto lo que quieras a que solo se ha escondido porque se muere de miedo con tus gritos. Cuando salieron no iban a escaparse. Era evidente que lo que él quería era estar a solas y a oscuras para pasar un buen rato con Darling Jill, no para huir. Búscala a ella y lo encontrarás a él. Darling Jill quería acostarse con él y ha sido ella la que se lo ha llevado allá donde estén ahora.

—Lo sabía, sabía que iba a pasar. Mi chico de pelo blanco se ha ido para siempre.

Rosamond y Griselda gritaron desde cerca del pozo.

—¿Lo has encontrado ya, papá?

Ty Ty estaba tan concentrado buscando al albino que no se molestó en responder.

—Estos andan por aquí —dijo Will—, no han ido muy lejos.

Ty Ty corrió alrededor de la casa, dio la vuelta completa, y poco faltó para que cayera en la boca negra del cráter. Cegado por la prisa, esquivó solo por centímetros el enorme agujero.

Completada la vuelta a la casa, corrió al azar por el patio. Cuando llegó cerca de los robles, la luz del farol humeante reveló de repente el cabello blanco como la nieve de Dave. Ty Ty se acercó corriendo y vio a ambos despatarrados en el suelo. Ninguno de los dos se percató de su presencia, aunque la luz amarilla centelleaba en los ojos de Darling Jill, que, al parpadear, titilaban como dos estrellas.

Will vio que Ty Ty se quedaba quieto con el farol humeante en la mano y supo que los había encontrado. Corrió a ver por qué no le llamaba, y Rosamond y Griselda lo siguieron.

—¿Has visto nunca algo igual? —preguntó Ty Ty, volviéndose para mirar a Will—. ¿No es increíble?

Will esperó a que llegara Griselda y señaló a Dave y Darling Jill. Todos se quedaron en silencio un instante, intentando distinguir algo con claridad a la luz amarillenta del farol.

De repente, Ty Ty sintió que le obligaban a darse la vuelta y lo empujaban hacia la casa.

Se resistió.

—Pero ¿a qué viene esto, chicas? —dijo tropezando con el farol—. Rosamond, ¿por qué me empujas?

—Deberías avergonzarte, papá, y Will también..., quedarse ahí mirándolos. Anda, vamos; los dos.

Ty Ty se quedó junto a Will a unos metros de la pareja.

—Un momento —se quejó—, no me gusta que me vayan empujando como si fuera el tonto del pueblo. ¿Qué os pasa, chicas?, decidme.

—Avergüénzate, papá, y tú también, Will —dijo Griselda—. Estabais ahí mirando, sin quitarles ojo. Fuera, alejaos y dejad de mirar.

—Vaya, ni que fuera un mulo mamón —dijo Ty Ty—. Yo no hacía nada. Y venís vosotras corriendo, gritándome que me avergüence. No he hecho nada de lo que avergonzarme. ¿Qué os pasa a las dos, Griselda y Rosamond?

Will y Ty Ty se apartaron, caminando despacio hacia la casa. Antes de llegar al pozo, Ty Ty se detuvo y miró atrás.

—A ver, en nombre de Dios ¿qué he hecho mal?

—A las mujeres no les gusta que los hombres miren cuando lo están haciendo —dijo Will—. Por eso han montado ese alboroto al verte ahí parado. Solo querían alejarnos de ellos.

—Que me parta un rayo —dijo Ty Ty—. ¡Era eso lo que estaban haciendo ahí

detrás! Ni me había enterado, Will, te lo juro. Creí que solo estaban tumbados en el suelo, abrazándose. Esa es la verdad, la pura verdad. Con tan poca luz, no veía un burro a tres pasos.

Diez

Llevaban trabajando en el nuevo cráter desde la salida del sol, y a las once de la mañana el calor era abrasador. Buck y Shaw tenían poco de que hablar con Will. Nunca se habían llevado bien con él y ni siquiera la posibilidad de levantar en cualquier momento una palada llena de pepitas de oro aliviaba la tensión. Si de él hubiera dependido, Buck nunca habría llamado a Will. En cualquier caso, todo el oro que apareciera iría a parar a sus bolsillos exclusivamente, y si Will intentaba llevarse algo, pelearía a muerte si hacía falta para impedirselo.

Will se apoyó en la pala y miró a Shaw picando la arcilla. Se rio un poco, pero ni Buck ni Shaw le prestaron la menor atención. Siguieron trabajando como si no hubiera nadie delante.

—Me parece que vosotros tenéis entendederas suficientes como para no dejaros embaucar por Ty Ty y pasaros la vida cavando estos inmensos agujeros. Os hace trabajar muy duro y no le costáis un centavo. ¿Por qué no os vais a algún sitio y buscáis un empleo de verdad, un empleo en que cobréis todos los sábados? No querréis ser campesinos toda la vida, ¿verdad que no? Decidle a Ty Ty que cave él y marchaos de aquí.

—Vete a la mierda, cabeza de borra —replicó Shaw.

Will lio un cigarrillo mientras los miraba cavar y sudar. No le importaba que gente de su propio ambiente le llamara cabeza de borra, pero no soportaba que se lo dijeran Buck y Shaw. Ellos sabían que era el modo más rápido y eficaz para acallarle de una vez o para que perdiera la cabeza y se peleara.

Buck miró por encima del borde del cráter para ver si Ty Ty andaba por allí. Si iba a haber follón, prefería que estuviera presente para ayudarles. Su padre siempre se ponía de su parte cuando discutían con Will, y esta vez también lo haría.

Pero no vio a Ty Ty. Estaba en las tierras nuevas de cultivo con los dos hombres de color, intentando alinear las plantas de algodón. Ese año habían sembrado tarde la cosecha, pues habían estado tan ocupados cavando que no se pusieron a la tarea hasta junio, y ahora Ty Ty quería acelerar el proceso todo lo posible, si es que podía hacer que las plantas crecieran y maduraran más deprisa, para tener algo de dinero antes del uno de septiembre. Ya había agotado su crédito en las tiendas de Marion y el banco se había negado a concederle un préstamo. Si el algodón no crecía rápido o si los gorgojos lo estropeaban, no sabía qué iba a hacer el otoño y el invierno siguientes. Tenía dos mulas que alimentar, además de dos familias de color, por no mencionar a su propia familia.

—En esta tierra no hay más oro que en mis calcetines —se burló Will—. ¿Por qué no os vais a Augusta o a Atlanta o a cualquier otro sitio y os lo pasáis bien? Yo me moriría de asco si tuviera que ser un destripaterrones toda mi vida solo porque Ty Ty Walden quiere que cave por él.

—Vete a la mierda de una vez, cabeza de borra, muerto de hambre del valle.

Will miró a Buck planteándose si golpearle o no.

—¿Queréis mandarles algún recado a vuestros muertos? —preguntó finalmente.

—No, pero aquí nos acordamos mucho de tu madre —replicó Shaw.

Will arrojó la pala al suelo con ambas manos y cogió un terrón endurecido de arcilla seca. Corrió unos pasos hacia ellos mientras con la lengua desplazaba hasta la comisura de los labios el cigarrillo apagado que llevaba en la boca.

—No he venido aquí buscando líos, chicos, pero si buscáis bronca, la habéis cagado.

—Eso es lo único que has hecho en tu vida —dijo Shaw, aferrando el mango de la pala con ambas manos—: cagarla, sí señor.

Si iba a haber pelea, Will quería pegarse con Buck; contra Shaw no tenía nada, salvo que siempre se ponía de parte de su hermano. A Will le caía mal Buck. Le había caído mal desde el principio. No se trataba de nada personal, pero Griselda era su esposa, y Buck se interponía entre ellos. Ya habían tenido varias agarradas, no tanto por Griselda como por cualquier nadería, y era muy probable que tuvieran más. Mientras Griselda estuviera casada con Buck y vivieran juntos, Will iría a por él a la menor oportunidad.

—Suelta esa arcilla —ordenó Buck.

—Ven y quítamela —replicó Will.

Buck retrocedió y dijo algo en voz baja a Shaw. Will dio un paso adelante y lanzó el terrón con todas sus fuerzas justo en el momento en que Buck se precipitaba hacia él con la pala levantada. El mango de la pala rozó de refilón a Will en el hombro, luego salió por los aires y acabó en el suelo. El terrón no le dio a Buck, pero alcanzó de lleno a Shaw en la boca del estómago. Este se dobló de dolor, cayó al suelo y gimió débilmente.

Cuando Buck se volvió y vio a Shaw doblado en el suelo a sus espaldas, pensó que Will le había malherido. Entonces tomó impulso, alzó la pala sobre la cabeza y golpeó a Will en la frente con todas sus fuerzas.

El golpe aturdió a Will, pero no lo derribó. Se mantuvo en pie, más cabreado que nunca, y se lanzó a por Buck antes de que tuviera tiempo de levantar otra vez la pala.

—Los malditos Walden os creéis muy duros, pero en mi tierra lo somos más todavía —dijo Will—. Ni seis como tú me daríais una paliza. Estoy acostumbrado; en mi pueblo nos peleamos un par de veces todas las mañanas antes del desayuno.

—Bocazas, cabeza de borra —dijo con desprecio Buck.

Shaw se puso a gatas y parpadeó. Miró alrededor, buscando algo que le sirviese de arma, pero no había nada a su alcance. Su pala estaba más allá de Will.

—Bocazas, cabeza de borra —repitió burlón Buck.

—Vamos, venid los dos, hijos de puta —gritó Will—, os tumbaré a la vez. No me educaron para dejarme amilanar por un par de palurdos.

Buck levantó la pala, pero Will estiró el brazo, se la arrancó de las manos y la arrojó lejos de su alcance. Con un certero puñetazo alcanzó en la mandíbula a Buck,

que cayó boca arriba. Shaw corrió hacia él agachado. Will le golpeó con ambos puños, uno detrás de otro. Las rodillas de Shaw cedieron y se desplomó a los pies de Will.

Buck se había levantado. Saltó sobre Will, lo tiró al suelo, le agarró los brazos y se los trabó debajo del cuerpo. Antes de que Will pudiera soltarse, Buck había empezado a darle puñetazos en la cabeza y en la espalda. A esas alturas, todos estaban de muy mal humor.

Ty Ty les gritó desde arriba del cráter. Luego bajó corriendo por un lado y saltó en medio del intercambio de puñetazos y patadas. Separó a Buck y Will y los tiró al suelo. Ty Ty era tan corpulento como ellos y siempre había sido capaz de controlar aquellas peleas. Se quedó entre ambos, jadeando y resoplando, mirándolos.

—Ya basta —dijo sin recuperar el aliento—. ¡Por el maldito infierno! ¿Por qué os estáis peleando, chicos? Así no se cava. Tanta pelea no ayudará a encontrar el filón.

Buck se sentó en el suelo, sosteniéndose la mandíbula hinchada. Clavó una mirada asesina en Will, todavía invicto.

—Entonces mándalo a su casa —dijo Buck—. Este hijo de puta no pinta nada aquí. Este no es sitio para que los cabezas de borra vengan de paseo.

—Me iré cuando me dé la real gana, ni un segundo antes. Intenta echarme antes. ¡Inténtalo!

—¡Por el maldito infierno! ¿Por qué os peleáis así? —le preguntó Ty Ty a Shaw, volviéndose de paso para ver si estaba bien—. No hay ningún motivo para que os peguéis. Cuando encontremos el filón, todo se repartirá en partes justas y nadie se va a llevar lo que no le corresponda. Ya me encargaré yo de eso. Pero ¿qué hizo que os enzarzarais así?

—No empezó por nada —dijo Shaw—, y tampoco era por compartir el oro. Fue por nada. Pasó, eso es todo. Cada vez que ese hijo de puta viene por aquí pide a gritos pelea. Es solo por su manera de hablar y comportarse, como si fuera mejor que nosotros o algo así. Como si fuera mejor porque trabaja en una fábrica de algodón. Siempre nos llama campesinos y palurdos.

—Pues eso no es motivo para calentarse —dijo Ty Ty—. Chicos, es una pena que no podamos vivir en paz como cualquier familia. Es lo que he querido toda mi vida.

—Pues entonces haz que deje tranquila a Griselda —dijo Buck.

—¿Tiene algo que ver Griselda en esto? —preguntó asombrado Ty Ty—. Vaya, no sabía que estuviera mezclada en la pelea.

—Eres un mentiroso de mierda —gritó Will—. No he dicho ni una palabra sobre ella.

—Basta, chicos —dijo Ty Ty—, no empecéis otra vez. ¿Qué tiene que ver Griselda en todo esto?

—No dijo nada de ella —reconoció Buck—, pero es por su manera de hablar y comportarse, como si estuviera tramando algo.

—Eso es mentira —gritó Will.

—A ver, Buck, puede que todo sean imaginaciones tuyas. Sé que te equivocas porque Will está casado con Rosamond y se llevan de maravilla. Él no anda detrás de Griselda. Así que olvídate.

Will miró a Buck, pero no dijo nada. Le fastidiaba que Ty Ty los hubiera separado antes de darle el último golpe.

—Si se quedara en su casa y no viniera por aquí a armar follón, me daría por contento —afirmó Buck—. El hijo de puta no es más que un cabeza de borra. Tiene que quedarse con los de su clase. No queremos mezclarnos con él.

Will se puso de pie y empezó a buscar la pala.

Ty Ty corrió y le empujó hacia el otro lado del cráter. Agarró a Will con ambas manos, y le arrimó a la pared del agujero.

—Will —dijo con calma—, no le hagas caso a Buck. Este calor le ha sacado de sus casillas, y por nada. Ahora quédate aquí y déjale en paz.

Corrió al otro lado del agujero y tiró a Buck al suelo. Shaw había quedado aparte. No hizo el menor gesto de volver a la pelea.

—Ahora, chicos, salís del agujero y os aireáis —mandó Ty Ty—. Aquí abajo os habéis acalorado, y el aire fresco os quitará el calentón. Subid y tomad el fresco un rato.

Esperó a que Buck y Shaw salieran y se perdieran de vista. Después de darles margen de tiempo más que suficiente para que se alejaran, apremió a Will a que se levantara y subiera también a tomar el fresco. Ty Ty lo siguió de cerca por si Shaw y Buck estaban al acecho para abalanzarse sobre Will y reanudar la bronca. Cuando llegaron arriba, no había rastro de ninguno de sus hijos.

—No pienses más en ellos, Will —dijo—. Siéntate un rato a la sombra y toma el fresco.

Fueron a un lado de la casa y se sentaron a la sombra. Will seguía irritado, pero estaba dispuesto a dar por terminada la pelea, aunque Buck no se hubiera llevado el último golpe. Cuanto antes volviera a Scottsville, mejor. No habría venido si Rosamond y Darling Jill no se lo hubieran suplicado. Ahora deseaba regresar al valle y hablar con sus amigos antes de la reunión del sindicato el viernes por la noche. La visión de aquella tierra árida, cultivada y en barbecho, sin ninguna fábrica ni telar a la vista, le revolvía el estómago.

—No habrás decidido irte ya, ¿verdad que no, Will? —preguntó Ty Ty—. Espero que no sea esa tu intención.

—Pues claro que me voy —respondió Will—. No puedo perder el tiempo cavando agujeros. No soy una vara de zahorí.

—Quería que nos echaras una mano hasta que encontráramos el filón, Will. Necesito cuanta ayuda pueda conseguir ahora. El filón está ahí, tan cierto como que Dios creó los Cielos, la Tierra y las manzanitas verdes, y me muero por tenerlo en mis manos. Llevo quince años esperando, día y noche, para eso.

—Deberías dedicarte a cultivar algodón —dijo Will al cabo de un momento—.

Sacarás más beneficio del algodón que coseches en esta tierra en un solo año que del oro que vas a encontrar aquí en tu vida entera. Cavar esos agujeros por toda la granja es absurdo.

—La verdad, me hubiera gustado dedicar un poco más de tiempo al algodón. Es posible que me quede sin un céntimo antes de encontrar el filón. Si tuviera veinte o treinta balas de algodón para pasar el otoño y el invierno, podría dedicar el resto del tiempo a excavar. Necesito mucho algodón que vender el uno de septiembre.

—Pues ya es demasiado tarde para plantar más este año. Si no se te ocurre otra cosa, lo tienes negro.

—Solo puedo hacer una cosa: cavar.

—La casa va a acabar desmoronándose en el agujero si excavas mucho más. Ya se está inclinando un poco. No tardará mucho en venirse abajo.

Ty Ty miró los troncos de pino que habían sacado del bosque y que apuntalaban el edificio. Eran lo bastante grandes y fuertes para mantener la casa en su sitio, pero si se cavaba por debajo de ellos, probablemente cederían y la casa se desmoronaría. En ese caso, acabaría tumbada de lado sobre el gran agujero o boca abajo en el fondo.

—Will, cuando un hombre tiene la fiebre del oro, no puede pensar en otra cosa ni aunque le vaya la vida en ello. Creo que eso es lo que me pasa, si es que me pasa algo. La fiebre me domina hasta tal punto que ni siquiera me molesto en sembrar algodón. Estoy empeñado en sacar esas pepitas amarillas de la tierra. Llueva, nieve o ardan los cielos, seguiré cavando hasta encontrar el filón. Ahora no puedo parar y ponerme a otra cosa. La fiebre del oro es mi vida.

Will se había tranquilizado. Ya no tenía prisa por levantarse y no le importaba que Buck y Shaw se presentaran de nuevo con ganas de pelea. Prefería dejarlo pasar hasta la próxima ocasión.

—Si vas apurado de dinero, ¿por qué no te acercas a Augusta y le pides un poco prestado a Jim Leslie?

—¿Que haga qué, Will? —preguntó Ty Ty.

—Pedirle a Jim Leslie el dinero que necesitas para pasar el otoño y el invierno. La próxima primavera puedes plantar una buena cosecha de algodón.

—Ah, no me vengas con esas, Will —dijo Ty Ty, riéndose un poco—. No tendría sentido.

—¿Por qué no? Él tiene mucho dinero y su mujer está forrada.

—Nunca me ayudaría, Will.

—¿Y cómo lo sabes? Nunca le has pedido prestado, ¿verdad que no? ¿Cómo sabes entonces que no te dejaría algo?

—Jim Leslie no me habla cuando se cruza conmigo por la calle, Will —respondió con tristeza—, y si no me habla por la calle, bien sé que no va a prestarme dinero. No tendría ningún sentido pedirle nada. No sería más que una pérdida de tiempo.

—Mierda, es tu hijo, ¿no? Pues si es tu hijo tiene que escucharte cuando le cuentas lo apurado que estás y la mala suerte que has tenido con el filón.

—Eso no le importa nada a Jim Leslie. Se fue de casa precisamente por esa razón. Dijo que no iba a quedarse aquí como un imbécil cavando toda la vida. Y no me parece que haya cambiado de opinión desde entonces.

—¿Cuánto hace de eso?

—Casi quince años, me parece.

—A estas alturas, se le habrá olvidado. Le encantará verte. Eres su padre, ¿no?

—Sí, supongo. Pero a él no le importa mucho. He intentado hablar con él por la calle, pero ni siquiera se dignó mirarme.

—Pues estoy seguro de que te escuchará cuando le cuentes la mala racha que estás pasando.

—El caso es que ahora el filón puede aparecer aquí mismo, solo tengo que seguir cavando y para eso necesito el dinero —dijo Ty Ty, poniéndose de pie.

—Claro, es posible que aparezca —convino Will—, es lo que he estado intentando que entendieras.

—Si tuviera un poco de dinero, puede que solo dos o trescientos dólares, podría encontrar el filón. Requiere su tiempo y un montón de paciencia encontrar oro, Will.

—Entonces, ¿por qué no vas a Augusta y hablas con él? Es lo que tienes que hacer.

Ty Ty se detuvo en la esquina de la casa y esperó a que le alcanzara Will. Cruzaron el patio y bajaron al establo donde estaban Dave y el tío Felix. Shaw y Buck hablaban con ellos, sentados en la barra de separación de las casillas de los mulos.

—Chicos —dijo Ty Ty—, tenemos que movernos. He decidido que vayamos a Augusta ahora mismo. Nos lavamos un poco y nos ponemos en camino.

—¿Para qué? —preguntó Buck con acritud.

—¿Que para qué? Para ver a Jim Leslie, hijo.

—Pues entonces, me quedo aquí —dijo Buck.

—A ver, chicos —suplicó Ty Ty—. Necesito que me llevéis hasta allí en el coche. Sabéis muy bien que no sé conducir un automóvil en la ciudad. Lo destrozaría nada más llegar.

Primero Buck y luego Shaw bajaron de la barra de madera que separaba las casillas y salieron del establo. Ty Ty los siguió fuera, repitiéndoles una y otra vez sus razones para querer ver a Jim Leslie.

Dentro del establo, Will asomó la cabeza por la rejilla de la comida para los animales y miró a Dave.

—¿Cómo vamos?

—Bien —dijo el chico.

—¿Te gustaría irte a casa?

—Prefiero quedarme aquí.

Will sacó la cabeza de la rejilla riéndose del albino. Se dio la vuelta, salió del establo y se dirigió hacia la casa.

—Pues más vale que te lo tomes con calma —le gritó al salir—. Darling Jill no pasará la noche aquí. Se va Augusta con nosotros.

Dejó a Dave y al tío Felix sin decir una palabra más. De camino a casa sintió pena por Dave. Esperaba que Ty Ty lo soltara dentro de unos días y lo dejara volver a su casa si así lo deseaba.

Buck estaba en el porche trasero lavándose la cara y las manos en la palangana, pero Will no miró hacia allí. Se dirigió a la fachada de la casa y se sentó en la escalera a esperar a que Ty Ty se preparara. Pluto se había ido a casa esa mañana a cambiarse de camisa y calcetines, y Will lo echaba de menos. Había comentado que pensaba empezar muy temprano a hacer campaña, y Will esperaba que se pasara por la casa antes de que salieran. Pluto podría salir elegido *sheriff* si sus amigos, que esperaban el nombramiento de ayudantes, trabajaban a fondo para él. Pero por sí solo nunca conseguiría el apoyo suficiente.

Griselda fue la primera que salió de la casa, lista para el viaje. Sonrió a Will y él le guiñó un ojo. Llevaba un vestido estampado con flores y un sombrero grande cuya ala le cubría los hombros. Will pensó que nunca había visto ninguna chica tan atractiva como Griselda. Le escocía pensar que regresaría a Scottsville sin tener la ocasión de estar a solas con ella. Incluso sopesaba la posibilidad de volver con todos los demás a la granja esa noche, en lugar de regresar al valle, solo por si surgía la oportunidad de estar con ella.

Once

Cuando llegaron a Augusta, a una hora avanzada de la tarde, Buck detuvo el coche en el bordillo de Broad Street, cerca del cruce con la Sexta. Nadie había dicho nada de pararse en el centro, y Ty Ty se inclinó hacia delante para preguntarles a Buck y Shaw por qué habían parado. La casa de Jim Leslie estaba en The Hill, a muchos kilómetros de distancia.

—¿Por qué paras, Buck?

—Yo me bajo aquí para ir al cine —respondió Buck sin darse la vuelta—. No pienso pasarme por casa de Jim Leslie.

Shaw se apeó con él y los dos se quedaron de pie en la calle. Esperaron a ver si alguien más les acompañaba. Tras un momento de duda, Darling Jill y Rosamond bajaron también.

—A ver, chicos, esperad un momento —dijo Ty Ty con nerviosismo—. Me lo vais a cargar todo a mí. ¿Es que nadie va a acompañarme ahí arriba para convencer a Jim Leslie de cuánta falta me hace el dinero?

—Yo iré contigo, papá —dijo Griselda.

—A mí no me necesitas —dijo Will apeándose del coche—. No podría hablar con él sin perder la cabeza y darle una paliza.

—Ve con papá, Will —le apremió Darling Jill—. Te necesita a su lado.

—¿Y por qué no vas tú? Les dices a todos que vayan, pero tú no vas.

—No le tengas miedo a Jim Leslie, Will —intervino Griselda—. No va a hacerte daño.

—Pero ¿quién ha dicho que yo le tenga miedo a nadie? ¿Miedo... de él?

—Es hora de irse —dijo Ty Ty—. Acabaremos pasándonos la noche aquí tirados si no nos aclaramos de una vez.

Buck y Shaw empezaron a subir la calle hacia los cines de luces brillantes. Rosamond corrió tras ellos y los alcanzó.

—Pues yo sí voy —dijo Darling Jill—, a mí no me importa.

—Con nosotros tres basta, a no ser que Will quiera venir también.

—Por mí ya está bien así —dijo Will—, esperaré por aquí hasta que volváis.

Darling Jill dejó el asiento de atrás y se puso al volante. Griselda se sentó a su lado, dejando a Ty Ty.

—Andaré por aquí —dijo Will, recorriendo la calle con la mirada.

Se alejó caminando despacio, pegado al bordillo y mirando a las ventanas de las primeras plantas de las casas. Todos los edificios tenían balcones con rejillas de hierro, de metro o metro y medio de ancho, y la gente se sentaba ante las ventanas y se apoyaba en las barandillas de hierro que daban a la acera.

Desde un poco más adelante alguien llamó a Will. Hacia allí se encaminó, mirando a las caras que asomaban por encima de él.

—Ahí va Will —dijo Griselda con tristeza.

Una de las chicas que se apoyaba en una barandilla de los pisos habló con él. Will se alejó mirando otros balcones. La chica que se había dirigido a él empezó a insultarle y a soltar obscenidades.

Darling Jill se rio entre dientes y le contó algo en voz baja a Griselda. Hablaron en susurros un momento y Ty Ty no entendió ni una palabra de lo que se decían.

—Pongámonos en marcha, chicas —dijo—. Quedarse aquí es una tontería, por no decir un pecado.

Darling Jill no hizo el menor ademán de arrancar el coche. Una de las chicas de los pisos señalaba a Ty Ty desde un balcón. Él ya la había visto y no parecía querer apartar la vista de sus propios pies.

Le daba tanto miedo que una de aquellas jovencitas le hablara antes de que Darling Jill pusiera el coche en marcha que se mordía la lengua.

—Eh, abuelo —dijo la chica que lo había señalado—, sube un rato a pasártelo bien.

Ty Ty miró a Darling Jill y Griselda cuando ambas se volvieron para ver qué hacía. Él solo quería que arrancaran de una vez y se alejaran antes de que las de los balcones de aquellas casas le abordaran. En cualquier otro momento, no le habría importado, pero no se sentía cómodo para responderles con Darling Jill y Griselda al lado. Se inclinó hacia delante, pinchó con el dedo a Darling Jill y la apremió a que arrancara.

—¿Por qué no subes a ver qué pasa ahí arriba, papá? —preguntó ella riéndose burlona.

—¡Por Dios bendito! —exclamó Ty Ty sonrojándose por debajo de la piel bronceada.

—Sube, papá —le instó también Griselda—. Te esperaremos; anda, sube y pásatelo bien.

—¡Por Dios bendito! —repitió Ty Ty—. Ya se me ha pasado la edad para eso. Sería una tontería.

La chica que había estado mirando a Ty Ty le llamó con el dedo, echó la cabeza a un lado y señaló la escalera que daba a la calle. Era pequeña, y no habría cumplido los dieciocho, y cuando se inclinó sobre la barandilla de hierro, Ty Ty no pudo evitar mirarla y le entraron ganas de subir y verla mejor. Sus manos aferraban con fuerza el delgado fajo de sucios billetes de dólar que llevaba en el bolsillo y el sudor le empapaba la frente. Sabía que Darling Jill y Griselda esperaban que se apareara y subiera, pero él no tenía valor para hacerlo en su presencia.

—No seas rácano, abuelo —dijo la chica por la comisura de los labios—, solo se vive una vez.

Ty Ty se fijó en las nuca de Griselda y Darling Jill, que miraban a la chica del balcón y hablaban de ella en voz baja.

—Anda, sube, papá —dijo Griselda—. Te lo pasarás bien. Después de trabajar tanto en los agujeros, te mereces un poco de diversión de vez en cuando.

—Mira, Griselda —se quejó Ty Ty—, hace mucho que no estoy para esas cosas. No te burles de mí. Me haces sentir como un idiota.

La chica había desaparecido del balcón de rejilla de hierro. Al notar la ausencia, Ty Ty suspiró aliviado. Se inclinó hacia delante y empujó a Darling Jill con la punta del dedo, apremiándola a arrancar.

—Espera solo un momento —dijo ella.

Se dio cuenta de que miraban la escalera que daba a la calle. De entre la penumbra grisácea del edificio surgió repentinamente la chica bajo el resplandor de las farolas blancas.

Ty Ty la vio y se hundió en el asiento con la esperanza de que no lo viera. Ella se encaminó directamente al automóvil, bajó del bordillo y se colocó junto al asiento de atrás, donde se escondía Ty Ty.

—Ya sé qué te pasa... eres muy tímido.

Ty Ty se ruborizó y se hundió todavía más en el asiento. Vio que Griselda y Darling Jill miraban su reflejo en el pequeño retrovisor que había sobre el parabrisas.

—Anda, sube y diviértete un poco.

Darling Jill se rio burlona y abiertamente.

Ty Ty dijo algo, pero nadie acertó a entender qué. La chica puso el pie en el estribo y metió las manos dentro para sacar a Ty Ty. Este se desplazó hacia el centro del asiento para eludir aquellos dedos.

Darling Jill se dio la vuelta y miró los pechos empolvados de la chica bajo el vestido escotado. Miró otra vez hacia delante y le susurró algo a Griselda. Ambas se rieron.

—Pero ¿qué te pasa, abuelo?, ¿es que no se te levanta o no tienes un centavo?

Ty Ty se preguntó vagamente si la chica se iría y le dejaría en paz si le decía que estaba sin blanca.

Negó con la cabeza, pero se apartó un poco más.

—Eres un cabronazo tacaño —le espetó ella—, ¿por qué no te gastas un poco de dinero al final de la semana? Si hubiera sabido que eras un rácano ni me habría molestado en bajar.

Ty Ty no replicó y supuso que la chica volvería por fin al edificio. Pero no apartaba el pie del estribo y se quedó junto al coche clavándole una mirada hosca.

—Vámonos de una vez, chicas —las apremió—, tenemos que ponernos en camino.

Darling Jill encendió el motor y metió las marchas. Se dio la vuelta para comprobar si la chica había apartado el pie. Dio marcha atrás. La chica quitó el pie del estribo y maldijo a Ty Ty. Tras separarse del bordillo, Darling Jill aceleró por la calle y giró en la primera esquina. A los pocos minutos estaban en el bulevar que ascendía hasta The Hill.

—No sabéis cuánto os agradezco que me sacarais de ahí —dijo Ty Ty—. Parecía que nunca íbamos a salir. Tendría que haber subido con ella solo para que se callara.

Detesto estar en plena calle y que una mujer me insulte a la vista de todos. Nunca he soportado que me insulte una mujer en el centro de la ciudad.

—Oh, no te íbamos a dejar subir, papá —dijo Griselda—. Solo estábamos jugando. No íbamos a permitir que te contagiara de cualquier guarrada. Solo era una broma.

—No digo que quisiera quedarme, ni tampoco que quisiera irme. Pero si hay algo que odio es a una mujer insultándome en plena calle. Es muy desagradable. Nunca lo he soportado.

Cruzaron el canal y entraron en otro bulevar. The Hill quedaba todavía a dos kilómetros, pero entre un tráfico fluido, el coche ascendía a buen ritmo por la pronunciada pendiente. Tras el rifirrafe con la chica del balcón de hierro, Ty Ty seguía un poco nervioso, pero se alegraba de que el incidente hubiera acabado bien. Había conocido a varias chicas de esa zona de la ciudad, pero de eso hacía diez o quince años, aquellas mujeres habían desaparecido del barrio, y otras mucho más jóvenes las habían reemplazado. Ty Ty no se sentía a gusto con la nueva generación de chicas porque ya no se contentaban con quedarse en sus habitaciones o en los balcones sino que bajaban a la calle y sacaban a los hombres de los coches. Sacudió la cabeza, aliviado tras haberse alejado de esa parte de la ciudad.

—¡Por Dios bendito! —dijo Ty Ty—. Esa chica era un demonio, vaya que sí. No recuerdo haber visto jamás una gata del infierno como esa.

—¿Todavía estás pensando en la chica, papá? —preguntó Griselda—. Pues si quieres aún estamos a tiempo de volver.

—¡Ni loco! —gritó él—, ¡ni se os ocurra! Seguid adelante. Tengo que ver a Jim Leslie. No puedo andar perdiendo más el tiempo por ahí.

—¿Sabes por dónde hay que tirar ahora? —preguntó Darling Jill, que frenó en un cruce de tres calles.

—Por la de la derecha —indicó Ty Ty, señalando con la mano.

Avanzaron varias manzanas por una calle bordeada de árboles. En esa parte de la ciudad las casas eran inmensas. Algunas de las más grandes ocupaban una manzana entera. Por encima de sus cabezas veían los torreones del hotel Bon Air-Vanderbilt. Se encontraban en el centro de la zona de hoteles.

—Es una casa muy grande y blanca de tres plantas, con un inmenso porche delantero —dijo Ty Ty—. Ahora ve más despacio mientras la busco.

Recorrieron dos manzanas más en silencio.

—Todas parecen iguales por la noche —dijo Ty Ty—, pero cuando vea la de Jim Leslie la reconoceré.

Darling Jill redujo todavía más la velocidad en un cruce. Al otro lado de la calle había una casa inmensa de tres plantas y un enorme porche con columnas blancas que llegaban al tejado.

—Esa es —dijo Ty Ty y empujó a las dos chicas con el dedo—. Es la de Jim Leslie, tan cierto como que Dios creó los Cielos, la Tierra y las manzanitas verdes.

Párate aquí mismo.

Bajaron del coche y contemplaron la gran casa blanca entre los árboles. Había luz en todas las habitaciones de la planta baja, y en algunas de la primera. La puerta principal estaba abierta, pero la de tela metálica permanecía cerrada. A Ty Ty le inquietó esa primera puerta. Temía que estuviera cerrada con llave.

—Ni se os ocurra llamar a la puerta ni tocar ningún timbre, chicas. Si llamamos, Jim Leslie podría ver quién somos y cerrar sin dejarnos entrar.

Ty Ty se adelantó, subió de puntillas la escalera y cruzó el amplio porche. Darling Jill y Griselda lo siguieron muy de cerca por si se olvidaba de ellas y las dejaba fuera. Ty Ty abrió la puerta de tela metálica sin hacer ruido y entró en el amplio vestíbulo.

—Estamos dentro —susurró Ty Ty aliviado—. Va a costarle mucho echarnos de aquí sin que le explique a qué he venido.

Se acercaron despacio a una puerta grande que había a su derecha. Ty Ty se paró delante y se asomó.

Jim Leslie les oyó y levantó la mirada del libro que estaba leyendo con el ceño fruncido. En ese momento, se encontraba solo en la biblioteca. Su esposa debía de andar por otra parte de la casa, seguramente en el piso de arriba, supuso Ty Ty.

Entró en la biblioteca.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dijo Jim Leslie—. Ya sabes que te tengo prohibida la entrada. ¡Sal de aquí!

Miró por encima del hombro de su padre y vio a su hermana y a Griselda. Volvió a fruncir el ceño, cada vez más irritado.

—Escúchame, Jim Leslie —empezó a decir Ty Ty—, sabes que te alegras de vernos. No nos hemos visto desde hace mucho, ¿verdad que te alegras, hijo?

—¿Quién os ha dejado pasar?

—Entramos nosotros. La puerta estaba abierta y sabía que tú estabas porque te he visto por la ventana, así que entramos. Como es costumbre en nuestra casa. Nadie tiene que llamar a mi puerta ni al timbre para entrar en mi casa. Todos son bienvenidos.

Jim Leslie volvió a mirar a Griselda. Solo la había visto un par de veces antes, y de lejos, pero no se había fijado en lo bonita que era. Se preguntó por qué una joven tan hermosa se habría casado con Buck para irse a vivir al campo. Cualquiera la habría imaginado en una casa como esta. Se sentó y los demás se buscaron sillas.

—¿Para qué has venido? —le preguntó a su padre.

—Para algo muy importante —dijo Ty Ty—. Sabes muy bien que jamás habría entrado en tu casa sin que me invitaras a no ser que tuviera graves problemas.

—Dinero, imagino —dijo Jim Leslie—. ¿Y por qué no lo sacas de la tierra cavando?

—Pues ahí abajo está, pero parece que no voy a dar con él muy pronto.

—Eso era lo que pensabas hace diez o doce años. Creía que tendrías algo más de sentido común quince años después. Ahí no hay oro. Te lo dije antes de marcharme.

—Lo haya o no lo haya, el caso es que tengo la fiebre y no puedo parar de excavar. Pero te equivocas, porque el oro está ahí y solo es cuestión de encontrarlo. Ahora tengo un albino y espero dar con él en cualquier momento. Todos dicen que, si hay oro, un albino lo encontrará.

Jim Leslie gruñó asqueado. Miró con impotencia a su padre, sin saber qué decir a un hombre que soltaba tonterías de ese calibre.

—Serás un imbécil toda la vida —acertó a decir—. Esas memeces sobre zahoríes y magos no son más que chorradas de negros. Son los únicos que conozco que se tomen esas tonterías en serio. Un blanco debería ser lo bastante sensato como para no creerse esas supersticiones. Cada año estás peor.

—Di lo que quieras, pero yo busco las pepitas científicamente. Eso lo tengo muy claro desde el principio. Lo que yo hago es científico, lo sé muy bien.

Jim Leslie no tenía nada más que decir al respecto. Se dio la vuelta hacia la estantería.

Ty Ty miró la biblioteca recargada de muebles caros. Nunca había estado dentro de la casa y las alfombras y muebles eran todo un descubrimiento. Caminó sobre las alfombras, tan mullidas y acogedoras como un campo recién arado, y se sintió como en su casa. Miró una vez a Griselda y Darling Jill, pero ellas no le quitaban ojo a Jim Leslie y no se dieron cuenta.

Al cabo de un momento, Jim Leslie se dejó caer en la silla tapizada. Cruzó las manos bajo la barbilla y examinó a Griselda. Ty Ty se percató de que la estaba estudiando a conciencia.

Doce

—Esta es Griselda, la esposa de Buck —dijo Ty Ty.

—Lo sé —respondió Jim Leslie sin moverse—. Es una chica muy bonita.

—Lo sé.

—La primera vez que la vi, me dije: «¡Por Dios bendito! Griselda es el regalo que querría recibir cualquier hombre».

—Lo sé —repitió.

—Es una pena que tu mujer no sea tan bonita como Griselda —comentó comprensivo Ty Ty—. Es una verdadera pena, Jim Leslie, hasta a mí me duele.

Jim Leslie se encogió un poco de hombros, sin dejar de mirar a Griselda. No podía apartar los ojos de ella.

—Me han contado que tu mujer está enferma —dijo Ty Ty, que acercó su silla a la de su hijo—. Los chicos comentan que muchos de los ricos que viven en The Hill tienen esto o lo otro. Es una verdadera pena que te casaras con ella, Jim Leslie. No sabes cuánto lo siento por ti, hijo. ¿Te acorraló de tal modo que no pudiste escaquearte o qué?

—No lo sé —respondió Jim Leslie con tono cansino.

—Me entristece verte casado con una mujer enferma, hijo. Mira a estas dos de aquí. Las dos, sanas como robles. Darling Jill está perfectamente, y también Griselda. Y Rosamond tampoco tiene ninguna enfermedad. Las tres son chicas estupendas, sanas y limpias, hijo. Me fastidiaría tener a una chica enferma en mi casa. Me avergonzaría tanto que me taparía la cara cuando viniera la gente a verme. Debe de ser muy difícil para ti vivir con una enferma como tu esposa. ¿Por qué se ponen malas tantas chicas ricas de Augusta?

—No lo sé —respondió sin convencimiento.

—¿Y qué es lo que tiene?

Jim Leslie intentó reírse de Ty Ty, pero ni siquiera pudo esbozar una sonrisa.

—¿No sabes cómo se llama su enfermedad, hijo?

Jim Leslie negó con la cabeza, pero dando a entender que tanto le daba.

—Los chicos dicen que tiene gonorrea, ¿es verdad, hijo? Eso es lo que me han contado, si no recuerdo mal.

Jim Leslie asintió casi imperceptiblemente. En tanto pudiera seguir sentado mirando a Griselda no le importaba el incordio de las preguntas de Ty Ty. Le daba igual lo que le dijera mientras Griselda siguiera ahí delante.

—Lo siento por ti, hijo. Es una verdadera pena que te casaras con una mujer enferma. Pero creo que no lo habrías hecho si ella no te hubiera acorralado de tal modo que no pudiste escaquearte. Y si tú no pudiste, ni Dios mismo habría podido. Pero te mereces algo mejor. Es una verdadera pena que tuvieras que hacer lo que hiciste.

Ty Ty acercó aún más su silla a la de Jim Leslie. Se inclinó y señaló con la cabeza

hacia Griselda.

—Sí, es una verdadera pena lo de tu esposa, hijo, te lo digo yo. Pero fíjate en Griselda. No está enferma y es la chica más bonita que podrías soñar. ¡Mírala bien! ¿Verdad que no has visto jamás una mujer tan preciosa, hijo? ¿Verdad que no?

Jim Leslie sonrió, pero no dijo nada.

—Por favor, papá —suplicó Griselda con ansiedad—, por favor, no vuelvas con esas otra vez. Y menos delante de él. No es nada agradable, papá.

—Espera un momento, Griselda. Me enorgullezco de ti y quiero alabarte. Aquí no somos unos desconocidos. ¿Es que Jim Leslie no es uno más de la familia, como Darling Jill y los otros? Yo quiero alabarte como te mereces, Griselda. Estoy tan orgulloso de ti como una gallina de su pollito.

—Pues entonces no hables más así, papá.

—Hijo —prosiguió Ty Ty, volviéndose hacia Jim Leslie—, Griselda es la chica más bonita de todo el estado de Georgia, y creo que puedo sentirme orgulloso de ella. ¡Por Dios bendito! Si tiene el par de bellezas turgentes más preciosas que jamás vio hombre alguno. Si se las pudieras ver debajo del vestido, comprobarías que digo una verdad tan grande que solo Dios podría decirla, si es que hablara. Y no serías el primero en perder la cabeza después de vérselas.

—¡Por favor, papá! —suplicó Griselda, tapándose la cara e intentando ocultarse—. Por favor, basta ya. ¡Basta!

—Tranquilízate y calla mientras te alabo, Griselda. Sé lo que me hago. Me siento orgulloso cuando hablo de ti. Jim Leslie nunca ha visto nada parecido a tus bellezas. Su mujer no puede ni compararse contigo. Parece que le hayan aplastado el pecho y que no vaya a levantársele jamás. Es una pena y una lástima, un horror, que haya tenido que casarse con una chica tan fea. Lo sorprendente es que pueda soportarlo, y más con la enfermedad. Así que no me interrumpas cuando te alabo, Griselda. Estoy muy orgulloso de ti y voy a ponerte por las nubes.

Griselda había empezado a llorar. Los hombros se le estremecían y tenía que sostener el pañuelo pegado a los ojos para que las lágrimas no cayeran sobre el regazo.

—Hijo —insistió Ty Ty—, ¿no es la chica más bonita que jamás has visto? Cuando yo era joven pensaba que todas las chicas eran iguales, o casi, con solo alguna pequeña diferencia natural, y creo que tú has pensado lo mismo hasta este momento; pero en cuanto le has echado un buen vistazo a Griselda, aquí presente, te has dado cuenta de lo que te has perdido creyéndote esas tonterías toda la vida. Hijo, me parece que me entiendes perfectamente. Estás ahí sentado, la miras y empiezas a sentir que algo se despierta dentro de ti. Eso es, ni más ni menos. No he salido mucho de Georgia, así que nada puedo decir de otras partes del mundo, pero te aseguro como que Dios existe que en mis tiempos he visto mucho, y te digo que no hace falta alejarse de aquí para buscar algo tan bonito. ¡Por Dios bendito! Griselda es tan hermosa que a veces hasta duele mirarla.

Griselda lloraba a lágrima viva.

Ty Ty rebuscó en el bolsillo una moneda de veinticinco centavos y la encontró entre un puñado de clavos, puntas y calderilla. Se la dio a Griselda.

—¿Tengo o no tengo razón, Jim Leslie?

Este miró a su padre y luego volvió a concentrarse en Griselda. Parecía mucho menos irritado que antes. Quería decirle algo a ella, o a Ty Ty sobre la chica.

—Puede que no haya sido justo al preguntártelo —dijo Ty Ty—. Creo que será mejor que retire la pregunta. Tú no has podido ver a Griselda como la he visto yo, y no puedo pedirte que aceptes mi palabra sobre algo que no has visto con tus propios ojos. Pero cuando se dé la ocasión, acuérdate de lo que te he explicado y verás que no he mentado, ni una palabra de más he dicho. Es tan bonita como te he contado, más todavía. Si sigues ahí sentado mirándola, empezarás enseguida a sentirlo. Su belleza se desborda por todas partes si miras con atención.

Jim Leslie se incorporó de repente y escuchó. Se oyó claramente el sonido de pasos de alguien que caminaba por algún punto de la casa. Se puso en pie de un salto, saludó casi imperceptiblemente con la cabeza a Darling Jill y a Griselda y salió corriendo de la biblioteca.

Darling Jill se levantó, paseó por la sala y se paró junto a la repisa de la chimenea, mirando los objetos que había encima. Se dio la vuelta y llamó a Griselda.

—¿Habías visto cosas tan bonitas, Griselda?

—No podemos tocar nada, Darling Jill. No es nuestro.

—Jim Leslie es mi hermano, ¿por qué no voy a hacer lo que quiera en su casa?

—Pero también es casa de ella.

Darling Jill levantó la nariz e hizo una mueca cuyo sentido Griselda y Ty Ty captaron perfectamente.

—Jim Leslie vive con mucha elegancia, es verdad —dijo Ty Ty—, no hay más que ver los muebles de este salón. Nadie creería que se crio cerca de Marion. Pero no creo que se haya acostumbrado todavía a estas cosas. Apuesto lo que queráis a que a veces le gustaría estar en casa con Buck, Shaw y los demás, ayudándonos a cavar. Jim Leslie es como nosotros, Griselda. Que no te engañe un traje elegante. Si yo fuera tú, no tendría ningún miedo en su casa.

Darling Jill pasó la mano por la mesita de ébano y palpó su suavidad. Llamó a Griselda para que la viera.

—Hay un cuadro tan grande como una ventana —comentó Ty Ty, que se levantó y se aproximó a la pared para examinarlo de cerca—. Debe de costar mucho tiempo y paciencia hacer algo como esto. Seguro que han tardado más de dos meses en pintarlo. Fijaos en todos los árboles con las hojas rojas.

Se concentraron por un instante en el paisaje que tanto gustaba a Ty Ty, y luego las chicas se acercaron a las ventanas para ver las cortinas. Ty Ty se quedó a solas, absorto en el óleo. Dio un paso atrás y lo miró con la cabeza ladeada, luego se acercó para fijarse en la textura. De todo lo que había visto en la casa, lo que más le llamaba

la atención era aquel cuadro.

—El hombre que lo pintó sabía qué se hacía, y tanto que sí —dijo Ty Ty—. No ha pintado todas las ramas de los árboles, pero que me parta un rayo si no ha hecho que el bosque parezca más real que los bosques de verdad. Me gustaría tener un cuadro como este en Marion. Cuando has visto algo como esto, los calendarios del purgante Black-Draught dejan de gustarte. Ni siquiera los rótulos de Coca-cola que han puesto por todo Marion parecen bonitos en comparación. No sabéis cuánto me gustaría convencer a Jim Leslie para que me dejara llevármelo a casa esta noche.

—Papá, por favor, no le pidas nada —le rogó al instante Griselda—. Todo esto también es de ella.

—Si Jim Leslie quiere darme algo por voluntad propia y porque es de corazón generoso, lo aceptaré. Y si ella intenta impedírmelo, que le den. ¡A mí qué me importa ella!

Ty Ty se dio la vuelta y, al hacerlo, tiró al suelo un jarrón de porcelana que había sobre una mesita que ni había visto. Miró a Darling Jill y Griselda.

—La he hecho buena —dijo dócilmente—, ¡qué va a decir Jim Leslie cuando lo vea!

—Deprisa —dijo Griselda—, tenemos que recoger todos los pedazos antes de que venga ella.

Ty Ty y Griselda se agacharon y amontonaron los añicos de fina porcelana. Darling Jill no les ayudó. Se comportaba como si le diera igual que se recogieran o se dejaran en el suelo a la vista de todos. Ty Ty se estremeció de pies a cabeza al pensar qué diría la esposa de Jim Leslie si veía lo que había hecho por descuido.

—¿Y dónde ponemos los pedazos? —pregunto Griselda presa del nerviosismo.

Ty Ty recorrió el salón con mirada angustiada. No sabía muy bien qué buscaba, pero las ventanas estaban cerradas y en la chimenea no había cenizas en las que enterrar los añicos.

—Aquí —dijo extendiendo ambas manos—, échalo todo aquí.

—Pero ¿qué vas a hacer con eso?

Ty Ty se metió los añicos de cerámica en el bolsillo y sonrió a las dos chicas. Se alejó agarrándose el bolsillo con la mano.

—Esta es la casa más elegante del mundo. Cuando salgamos de la ciudad, los tiraré por ahí y nadie se dará cuenta de que falta un jarrón.

Darling Jill se asomó al salón contiguo mirando por las puertas de cristal. Como estaba a oscuras no veía nada, pero supuso que era el comedor. Griselda y ella querían ver cuanto pudieran durante el poco rato que pasaran allí.

Ty Ty se sentó en una silla a esperar que volviera Jim Leslie. Hacía diez minutos o puede que un cuarto de hora que había salido y Ty Ty no veía el momento de su regreso. Se sentía perdido en aquella inmensa casa.

Jim Leslie apareció por fin en la puerta. Ty Ty se levantó y se acercó a su hijo.

—¿Para qué querías verme?

—Bueno, la verdad es que voy muy apurado, hijo. Black Sam y el tío Felix no han sembrado mucho algodón este año porque se escaquean todo el tiempo que pueden para buscar el filón por su cuenta, así que cuando llegue septiembre, apenas tendré un centavo en el bolsillo. Voy a encontrar ese filón cualquier día de estos, pero no sé cuándo exactamente. Y necesito un poco de dinero para pasar este apuro.

—No puedo dejarte dinero, papá. Todo lo que tengo está invertido en propiedades y esta casa me cuesta cuanto voy ganando día a día. Puede que tengas la impresión de que en Augusta la gente anda por ahí con grandes fajos de billetes, pero te equivocas: la gente que tiene dinero, lo invierte y, una vez invertido, uno no puede sacarlo y meterlo cuando le viene en gana.

—Tú mujer sí tiene.

—Sí, supongo que sí; pero no es mío.

Jim Leslie se dio la vuelta y miró al vestíbulo como si esperara que Gussie se presentara en cualquier momento; pero ella seguía en otra parte de la casa.

—¿Cuánto dinero crees que te haría falta?

—Con doscientos o trescientos dólares podría pasar el otoño y el invierno. La próxima primavera podré sembrar una buena cosecha de algodón. Pero lo que necesito ahora es dinero para pasar el otoño y el invierno.

—No sé si puedo dejarte tanto. Mira, yo también voy apurado últimamente. Tengo algunos inmuebles alquilados en la ciudad, pero estos días casi nadie paga. Ya he tenido que desahuciar a siete u ocho familias, y las habitaciones vacías no dan un céntimo.

—Pues entonces pídele a tu mujer, hijo.

—¿Cuándo lo necesitas?

—Ahora mismo. Tengo que comprar comida para las mulas, víveres para la casa y para los dos aparceros. En estos tiempos cuesta mucho sacar adelante una granja porque hay muchos gastos y pocos ingresos.

—Ojalá me hubieras venido a ver más tarde. Dentro de un mes estaré mejor. He comprometido algunos muebles que me darán algo de liquidez en cuanto los venda. No sabes los apuros que paso cuando no cobro los alquileres.

—Me duele oír que te dedicas a vender las cosas de las casas de los pobres, hijo. Si fuera tú, me avergonzaría. No creo que pudiera ser tan implacable con mis congéneres.

—Vaya, pensaba que habías venido a pedirme dinero. No puedo pasarme la noche entera escuchando tus tonterías.

—Pues necesito dinero, hijo —dijo Ty Ty—. Las mulas, los aparceros y mi propia familia no pueden esperar. Tienen que comer y ya.

Jim Leslie se sacó la cartera, extrajo algunos billetes de diez y de veinte dólares y los contó. Los dobló juntos por la mitad y se los dio a su padre.

—Será de gran ayuda, hijo —se lo agradeció Ty Ty—; no sabes cómo te agradezco que me eches una mano en un momento como este. Cuando aparezcan las

pepitas, no tendré que pedirte nunca nada.

—Es todo lo que puedo dejarte. Y no me pares por la calle para pedirme más. No puedo darte ni un centavo más. Tendrías que olvidarte de buscar oro en la granja, y plantar algodón y algo que comer. Es descabellado que un hombre que posee cuarenta hectáreas y dos mulas tenga que ir a la ciudad cada vez que necesita un manojo de remolacha. Cultívala en la tierra que tienes. Es buena tierra. Y la mayor parte lleva en barbecho casi quince años. Haz que los aparceros cultiven verduras para alimentarse ellos siquiera.

Ty Ty asentía en silencio a todo lo que decía Jim Leslie. Ahora se sentía bien. Ese fajo de billetes en el bolsillo le ponía a la altura de cualquiera, le hacía creerse tan hombre como los demás. Lo único que le había traído hasta ahí eran esos trescientos dólares, y lo cierto es que no esperaba conseguir nada.

—Creo que es hora de que nos marchemos —dijo Ty Ty.

Se acercó a la biblioteca y llamó a Darling Jill y a Griselda. Salieron al vestíbulo y se encaminaron hacia la puerta.

Jim Leslie salió el último de la casa. Les siguió por el amplio porche y bajó tras ellos la escalera hasta el camino. Cuando se hubieron acomodado dentro del coche de Ty Ty, Jim Leslie se acercó al lado donde iba sentada Griselda y apoyó la mano en la portezuela. Se inclinó y miró a la chica.

—Cuando pases por la ciudad, ven a verme alguna vez —dijo despacio, escribió algo en una tarjeta con la pluma y se la entregó—. Te esperaré, Griselda.

Griselda agachó la cabeza para eludir su mirada.

—No podría —dijo.

—¿Por qué no?

—A Buck no le gustaría.

—Que le den a Buck —dijo Jim Leslie—. Ven cuando quieras, me gustaría hablar contigo.

—Más vale que la dejes en paz y cuides de tu esposa —dijo Darling Jill.

—A mi esposa que le den también —replicó él acalorado—. Iré a buscarte, Griselda.

—Yo no puedo hacer eso —repitió ella negando con la cabeza—. No sería justo con Buck. Soy su esposa.

—Ya te he dicho que le den a Buck. Tarde o temprano serás mía, Griselda. Si no vienes a verme a mi despacho la próxima vez que pases por la ciudad, iré a buscarte en persona. ¿Me has oído? Iré hasta la granja y te traeré aquí.

—Buck te pegaría un tiro —dijo Darling Jill—. Ya ha tenido bastantes problemas con Will.

—¿Qué Will? ¿Quién coño es ese Will? ¿Qué tiene que ver con ella?

—Ya sabes quién es Will Thompson.

—¿Aquel cabeza de borra? Por Dios, Griselda, tú jamás permitirías que ese Will Thompson te rozara, ¿verdad que no? Ese maldito cabeza de borra de Horse Creek

Valley.

—¿Y qué más da que viva en un pueblo fabril? —se apresuró a preguntar Darling Jill—. Es mucho mejor que algunos de los que viven en estas elegantes casas.

Jim Leslie colocó el brazo alrededor del respaldo del asiento y luego lo dejó caer sobre Griselda. Ella intentó apartarse, pero él la atrajo hacia sí. Cuando por fin se quedó quieta, él se inclinó un poco más e intentó besarla.

—Déjala en paz, hijo, y deja que nos marchemos antes de que empiecen los problemas —dijo Ty Ty incorporándose—. No la molestes más.

—Voy a sacarla de este coche de mierda —replicó—. Sé muy bien lo que quiero.

Darling Jill puso el coche en marcha y arrancó a toda prisa. Tras aguantar varios metros a su altura, Jim Leslie se dio cuenta de que no podría seguir. Sabía que Darling Jill era capaz de acercarse intencionadamente a uno de los árboles que había junto al bordillo y tirarlo. Hizo un último intento de besar a Griselda antes de verse obligado a saltar del estribo. Alargó la mano y con los dedos agarró el cuello abierto del vestido estampado de flores. Sintió que la tela cedía e intentó distinguir algo en la penumbra. Antes de que pudiera acercarse, Darling Jill giró bruscamente hacia el otro lado de la calle y tuvo que saltar.

Cayó pesadamente a cuatro patas, pero no salió tan malparado como había temido. La dureza de la caída hizo que le dolieran manos y rodillas, aunque se puso en pie inmediatamente, se limpió el polvo de la ropa y contempló cómo desaparecía a toda velocidad el coche.

En el cruce siguiente, todos se volvieron a mirar y vieron a Jim Leslie de pie bajo la luz de una farola, quitándose el polvo del traje. Tenía un siete en una rodilla del pantalón, pero todavía no lo había visto.

—Me parece que has hecho lo correcto —le dijo Ty Ty a Darling Jill—. Jim Leslie no quería hacerle daño a Griselda, pero si se hubiera salido con la suya, podría haber pasado cualquier cosa en este mundo de Dios. Dijo algo de sacarla del coche, y es lo bastante hombre como para hacerlo. Pero me daría un disgusto tener que irme dejándola aquí y luego enfrentarme a Buck en la ciudad cuando me preguntara dónde estaba.

—Oh, no pasa nada con Jim Leslie —dijo Griselda—. No me ha hecho ningún daño. Ni siquiera me ha asustado. Es demasiado amable para ser desagradable.

—Es todo un detalle por tu parte decir eso de él, pero no sé. Jim Leslie es un Walden, y los hombres de la familia no son precisamente famosos por su timidez sino por conseguir lo que quieren. Pero a lo mejor me equivoco, quién sabe. A lo mejor soy el único con este apellido que es así.

Descendieron en punto muerto la larga y pronunciada pendiente hacia la intensamente iluminada ciudad en la llanura de aluvión más abajo. Ty Ty se inclinó hacia delante para ver por qué se estremecían tanto los hombros de Griselda. Oyó que se esforzaba por contener los sollozos, pero no pudo ver lágrimas en sus ojos.

—Quizá lo mejor hubiera sido que Jim Leslie se la quedara —dijo casi para sí—.

No sé qué otra cosa puede pasarle para llorar así, a no ser que sea eso. Hay que ser un Walden para alterar tanto a las chicas.

Se adelantó un poco más, pero se agachó doblando las rodillas para no salir despedido del coche abierto si Darling Jill giraba repentina e inesperadamente en una curva. Griselda trataba de arreglar el desgarrón de su vestido nuevo. Estaba desgarrado casi hasta la cintura y dejaba al descubierto la blancura cremosa de su cuerpo. A Ty Ty solo le dio tiempo de mirar otra vez antes de que ella hilvanara la abertura con alfileres. Se preguntó si habría sido algo de lo que él había dicho aquella velada lo que habría impulsado a Jim Leslie a desgarrar el vestido.

Al poco, se dejó caer en el asiento, estiró las piernas contra el estribo y aferró con fuerza en la palma húmeda de la mano el fajo de trescientos dólares que le había prestado Jim Leslie.

Trece

Cuando llegaron en el coche, Rosamond, Buck y Shaw estaban esperando en una esquina del centro de la ciudad. Pero a Will no se le veía por ninguna parte. Se subieron al bordillo, apagaron el motor y esperaron. En los primeros pisos, detrás de los balcones de rejillas de hierro, las ventanas seguían abiertas y había luces encendidas en la mayoría. Ty Ty procuraba no levantar la mirada por encima de las ventanas de cristal cilindrado de las plantas bajas.

—¿Lo conseguiste, papá? —preguntó Rosamond en cuanto subió al coche.

—Y tanto que sí —respondió Ty Ty con orgullo—. ¡Echa un vistazo a este fajo de billetes!

Buck y Shaw se acercaron al lateral del coche para mirar. Todos parecían encantados.

—Me hace falta un impermeable nuevo —dijo Shaw.

—Hijo —respondió Ty Ty negando con la cabeza y guardándose el fajo de dinero en el bolsillo, lejos de las miradas ajenas—, hijo, cuando llueva, te quitas la ropa y dejas que tu piel se encargue de lo demás. Dios no creó mejor impermeable que la piel del hombre.

—¿Qué vas a hacer con todo ese dinero, papá? —preguntó Buck—. ¿No podría disponer de un poco? Hace más de un mes que no tengo un centavo que gastar el domingo.

—Y nada gastarás durante los domingos de otro mes entero. Chicos, habláis como si lo que tuviera en las manos fueran pepitas, y solo hubiera que repartirlas. Jim Leslie me ha dejado todo este dinero para que pasemos el otoño y el invierno. Tenemos que comer de esto, y, además, compartirlo con las mulas.

Ty Ty estiró el cuello para buscar a Will. Se moría de ganas por volver a casa porque ya era casi medianoche y mañana quería empezar a excavar temprano. Había pensado reanudar el trabajo al alba.

—¿Dónde está Will?

—Hace un momento andaba por aquí —dijo Rosamond, que subió al coche y se sentó junto a Ty Ty en el asiento trasero—. Volverá enseguida.

—Will no lo habrá hecho otra vez, ¿verdad que no? —preguntó Ty Ty—. Sería una estupidez que un hombre fuera a la taberna con tanta frecuencia.

—Esta vez no ha ido a la taberna —dijo Shaw, guiñándole un ojo a Griselda—. Se ha ido con una rubia muy guapa. Supongo que ahora ya habrá terminado porque la última vez que lo vi pasar estaba a punto de dejarla plantada.

Rosamond reprimió un sollozo.

—Will no quiere hacer daño a nadie —dijo Ty Ty—. Mañana por la mañana temprano, con luz, todos saldremos y empezaremos de buen ánimo a trabajar en los agujeros. Eso enderezará a Will.

—Parece que va a llover —dijo Shaw—. No podremos empezar muy temprano si

llueve mucho esta noche.

—No va a llover —dijo Ty Ty con tono tranquilizador—. No quiero que llueva durante un tiempo. Tenemos que excavar en los agujeros sin falta.

Siempre que llovía, los agujeros se inundaban, y a veces el agua alcanzaba los medio metro de profundidad. Lo único que podían hacer entonces era sacarla con la manguera. Colocaban una punta de la manguera en el agujero en que estaban trabajando y la otra en otro situado un poco más bajo, en la ladera de la colina, y pasaban el agua del uno al otro. Antes de que Ty Ty comprara aquella manguera de incendios de segunda mano en el Departamento de Bomberos de Augusta, tenían que trabajar durante varias jornadas. Por entonces achicaban el agua con cubos, y si había mucha, perdían un par de días después de cada chaparrón, sin poder excavar. Ahora, con la manguera de incendios, extraían varios metros de agua en una hora o menos.

Ty Ty seguía estirando el cuello y recorriendo la calle con la mirada.

—Ahí viene Will.

Rosamond se dio la vuelta para mirar en la dirección que señalaba Ty Ty. Empezó a sollozar otra vez.

Will se acercó sin prisas al coche; el sombrero se inclinaba peligrosamente a un lado de su cabeza, y se apoyó en el guardabarros del lado de Ty Ty. Se quitó el sombrero y se abanicó.

—¿Ha habido suerte? —le gritó a Ty Ty—. ¿Conseguiste el dinero?

Se le oyó a varias manzanas de distancia. Gente que caminaba por la siguiente esquina se paró, se dio la vuelta y miró a ver a qué se debía el alboroto.

—Habla más bajo, Will —dijo Griselda.

Era la que estaba más cerca de él y creía que le correspondía calmarle, al menos hasta que hubieran salido de la ciudad.

—¡Vaya, hola, preciosa! —le gritó Will—. ¿De dónde vienes? No te vi antes.

Buck y Shaw, de pie y muy cerca de Will, se rieron de él. Los demás estaban deseando meterle en el coche y salir de allí antes de que pasara un policía.

—Agradezco a Dios no ser un hombre con costumbre de beber —dijo Ty Ty—. Si empezara a empinar el codo, no sabría cuándo parar. Bebería hasta reventar, tan cierto como que Dios creo los Cielos, la Tierra y las manzanitas verdes.

Buck y Shaw ayudaron a Will a subir al asiento de atrás, pese a sus violentas protestas. Rosamond desplegó los asientos auxiliares y cedió a Will el sitio junto a Ty Ty. Buck se sentó con ella mientras Shaw y Ty Ty sostenían a Will entre ambos.

—Chicos, no estáis jugando limpio conmigo —se quejó Will y empezó a darle patadas a Ty Ty en las espinillas—. No se me trata con justicia. ¿No sabéis que no puedo irme de la ciudad hasta tomar el último trago? Fijaos, la gente todavía está despierta y pasea por las calles. Dejadme salir.

Darling Jill bajó el coche del bordillo y cogió la calle que llevaba a la carretera de Marion.

—Esperad un momento —dijo Will—, ¿dónde vamos? Esta noche me voy a mi

casa. Da la vuelta y llévame al valle.

—Nos vamos a casa, Will —dijo Ty Ty—. Así que anda, échate un poco y refréscate con el aire de la noche.

—Eso es mentira —replicó Will—, porque vamos camino de Marion. Tengo que regresar al valle esta noche. Tengo que poner la fábrica en marcha, tengo que conectar la energía.

—Se le ha ido un poco la cabeza —dijo Ty Ty—. Ha bebido demasiado *whisky* de maíz.

—También habla de volver a ponerla en marcha cuando está sobrio —dijo Rosamond—, incluso cuando está dormido.

—Pues no sé de qué está hablando. No tiene ni pies ni cabeza. ¿Qué va a poner en marcha? ¿Qué va a hacer?

—Will dice que van a arrebatarse la fábrica a la empresa, que van a ponerla en marcha y van a llevarla ellos solos.

—Eso no es más que otra de las tonterías que dicen los trabajadores de las fábricas de algodón —dijo Ty Ty—. Los granjeros nunca hablan así. Bien mirado, los granjeros somos criaturas pacíficas. Parece que esos imbéciles del valle no tienen ni pizca de sentido común. Ni Will ni ningún otro. Tendría que quedarse en la granja un tiempo y trabajar un poco en el agujero del lado de la casa. Creo que habría que mantenerle alejado de Horse Creek Valley porque si no acabarán volándole la cabeza.

—A él no le gustaría nada —dijo Rosamond—. Conozco a Will. Ha nacido para ser tejedor. No creo que jamás haya existido hombre que ame tanto como él la fábrica de algodón. A veces, habla de un telar con la ternura con la que hablaría de un bebé. No estaría a gusto en una granja.

Will se había estirado en el asiento, tenía los pies apoyados en el estribo y la cabeza echada hacia atrás por encima del respaldo del asiento. Sin embargo, no había cerrado los ojos y parecía que atendía a lo que se decía.

Ya habían dejado la ciudad muy atrás. Cada vez que superaban la cima de una colina de arena, miraban hacia atrás y veían el resplandor amarillo de la ciudad en la llanura de aluvión. Muy por encima, como si se erigiera sobre el mismísimo cielo, las calles iluminadas de The Hill parecían un castillo entre las nubes.

El enorme coche de siete pasajeros corría a través de la noche, y los dos largos rayos de luz de sus faros parecían las antenas de un veloz insecto volador rompiendo la muralla de oscuridad que se extendía por delante. Darling Jill había conducido por aquella carretera cientos de veces, y conocía cada curva. Las ruedas recalentadas chirriaban sobre el asfalto liso.

Tardaron veinte minutos en recorrer los veinticuatro kilómetros que les separaban de Marion. Poco antes de llegar al pueblo, el coche redujo la velocidad, salió de la carretera asfaltada y tomó la de arena y arcilla. La casa está a solo dos kilómetros y medio y llegaron a los pocos minutos. Ty Ty se bajó con desgana. Le encantaba viajar en coche por la noche.

—Este ha sido mi día de suerte, chicos —dijo apeándose y estirándose—. ¡Por Dios bendito! Nunca me he sentido mejor.

Caminó por el patio, sintiendo la familiar arena blanca y dura bajo los zapatos. Era una sensación maravillosa volver a casa y caminar por el patio. Le gustaba viajar a Marion y a Augusta sencillamente por la oportunidad que le daba de volver y caminar sobre la arena blanca y dura y pararse a contemplar los grandes montones de tierra esparcidos por la granja como descomunales hormigueros.

Will se incorporó y miró la silueta sombría de la casa y el establo. Se frotó los ojos y miró otra vez inclinándose hacia delante para ver mejor.

—¿Quién me ha traído aquí? —preguntó—. Tengo que volver a casa esta noche.

—No pasa nada, Will —dijo Rosamond intentando tranquilizarle—. Era muy tarde y papá quería acostarse. Ya volveremos mañana como podamos. Si Darling Jill no puede llevarnos, iremos en el autobús.

Rosamond le rodeó la cintura con el brazo y lo condujo hacia la casa. Él la siguió con resignación.

—Voy a ponerla en marcha.

—Claro, Will, claro.

—Aunque sea lo último que haga en la vida, voy a conectar la energía.

—Claro, Will.

—No pueden impedírmelo. Voy a entrar allí y encender los malditos interruptores, ¡que Dios me ayude!

—Ahora acostémonos —dijo Rosamond con ternura—. Cuando estemos en la cama te acariciaré y te cantaré una nana.

Subieron tropezando los escalones y entraron en la casa. Darling Jill y Griselda los siguieron y encendieron las lámparas.

—Me he estado preguntando cómo estará ese Dave —dijo Ty Ty—. Venid chicos, acerquémonos al establo a verlo.

—Estoy cansado —dijo Shaw—. Quiero acostarme.

—No tardaremos nada, hijo. Solo un momento.

Se dirigieron al establo en silencio. No había luna, pero el cielo estaba despejado y las estrellas brillaban. Las nubes amenazadoras habían desaparecido y era poco probable que lloviera esa noche. Pasaron a la zona de las casillas de las mulas.

No se oía nada, salvo unos ronquidos. Incluso las mulas estaban calladas.

Ty Ty prendió una cerilla y encendió el farol que colgaba siempre de la puerta del establo. Lo acercó al rincón donde dormía Dave por la noche.

—Que me parta un rayo —exclamó Ty Ty en voz baja y ronca.

—¿Qué pasa, papá? —preguntó Buck, que se acercó y miró desde el otro lado del estante del heno.

—Ver para creer, hijo.

Shaw y Buck miraron a Dave y al tío Felix, los dos profundamente dormidos. La escopeta del tío Felix estaba apoyada en un rincón del establo, y él, recostado en

postura incómoda en una de las separaciones, con la cabeza caída sobre el hombro, roncaba tan alto que se le oía desde la otra punta del establo. Dave se había estirado boca arriba y apoyaba la cabeza en un haz de forraje. Parecía tan tranquilo como un recién nacido, o eso al menos le pareció a Ty Ty, que se dio la vuelta para no molestarlo.

—No les despertéis, chicos —dijo y retrocedió—. El tío Felix se ha quedado dormido. Parece reventado de cansancio, ahí, a medio tumbar, roncando como una banda de música. Y no creo que Dave quiera escapar. Si quisiera, se habría ido ya hace mucho. Da la impresión de que se siente bien aquí. Dejadles. No va a escaparse antes de que amanezca.

Al volver a casa, Buck se puso al lado de su padre.

—Ese Dave va a por Darling Jill, papá. Deberías impedir que se acueste con ella. Ni te darás cuenta y Darling Jill se habrá ido con él.

Ty Ty siguió caminando y pensando.

—Ya se ha acostado con ella —dijo—. Fueron bajo aquel roble la otra noche, y allí los encontramos Will y yo. Pero creo que no tengo que preocuparme de que se escapen. Un hombre y una chica solo huyen cuando no pueden hacer lo que quieren en su casa. Así que no tienen ningún motivo para escaparse. Y me da que Darling Jill ya se ha cansado de él. Ella sabe lo que quiere.

Buck se adelantó un poco. Se dirigió a su padre hablando por encima del hombro:

—Tendrías que hacer que se controlara, papá. Si sigue así, va a acabar muy mal.

—No, si está atenta a la curvatura de la luna, no le pasará nada —dijo Ty Ty—. Y me parece que Darling Jill sabe cuidarse sola. Casi siempre sabe lo que hace. Aunque a veces se pone un poco tonta por nada. Pero eso no quita para que sepa muy bien qué es peligroso y qué no.

Buck entró en la casa sin decir nada más. Shaw salió al porche trasero a dar un trago de agua antes de acostarse. Ty Ty se quedó solo en el vestíbulo.

Las puertas de los dormitorios estaban abiertas y todos los demás se disponían a acostarse. Rosamond desvestía a Will. Le quitaba los pantalones tirando por los bajos mientras él permanecía sentado en una silla, dormido otra vez. Ty Ty se acercó y los miró un momento.

—A ver si puedes convencer a Will para que se quede y trabaje en la granja, Rosamond —dijo desde la puerta—. Necesito a alguien que supervise las cosechas. Los chicos y yo no disponemos de tiempo porque tenemos que cavar a todas horas, y esos dos morenos piden a gritos que los vigilen. Les gusta cavar en sus propios agujeros más que arar los campos.

—No podría convencerle, papá —dijo ella, negando con la cabeza y mirando a Will—. Le partiría el corazón dejar el valle y venir a vivir aquí. No tiene madera de granjero ni nada por el estilo. Se crio en un pueblo fabril y se ha hecho adulto en otro. No se me ocurriría pedirle ahora que lo dejara.

Ty Ty se alejó disgustado. Se dio cuenta de que por el momento era inútil intentar

persuadirla.

Se detuvo ante la puerta de la habitación de Buck y Griselda y miró dentro. También se preparaban para acostarse. Buck estaba sentado en una silla quitándose los zapatos, y Griselda, sentada en la alfombra, se quitaba las medias.

Levantaron la mirada al ver a Ty Ty en la puerta.

—¿Qué quieres, papá? —preguntó Buck irritado.

—Hijo —dijo—, no puedo dejar de admirar a Griselda. ¿No es la chica más bonita que has visto en tu vida?

Buck tiró los zapatos y los calcetines debajo de la cama y se tumbó. Dio la espalda a Ty Ty y se echó la sábana por encima de la cabeza.

Griselda negó con la cabeza ante Ty Ty en gesto de reprobación.

—Por favor, papá —dijo mirándole—, no empieces otra vez. Me prometiste que no me hablarías más así.

Ty Ty dio un paso dentro de la habitación y se apoyó en el marco de la puerta. La vio enrollar y desenrollar las medias y colgarlas en el respaldo de la silla. Luego se levantó rápidamente y se puso a los pies de la cama.

—No me negarás un pequeño favor como ese, ¿verdad que no, Griselda?

—Papá, no, por lo que más quieras.

Griselda esperaba que se marchara para acabar de desvestirse y ponerse el camisón. Ty Ty aguardaba en la puerta, con un pie dentro de la habitación, mirándola. Finalmente, ella empezó a desabrocharse el vestido, sin dejar de mirarle. Cuando se lo hubo desabrochado, sacó los brazos de las mangas, y lo sostuvo ante ella con una mano, mientras con la otra se pasaba el camisón por la cabeza. Con habilidad, dejó que el vestido cayera al suelo a la vez que el camisón se deslizaba sobre sus hombros y caderas, pero durante una fracción de segundo, Ty Ty abrió los ojos como platos aprovechando que había al menos varios centímetros de distancia entre la parte alta del vestido y el dobladillo del camisón mientras ambos caían a la vez. Se frotó los ojos para ver qué había pasado.

—Pero qué perra vida —dijo perdiéndose en el vestíbulo a oscuras—. Perra vida.

Griselda sopló para apagar la luz y se metió en la cama de un salto.

Catorce

A Ty Ty le pareció que habría problemas antes del anochecer. Desde primera hora de la mañana, cuando habían empezado a trabajar en el gran agujero junto a la casa, Buck no había parado de amenazar a Will, y Will se había quedado sentado, taciturno y solo, en el porche, maldiciendo a Buck en voz baja. Todos cavaban, Black Sam y el tío Felix también, todos, salvo Will, que seguía negándose a bajar al agujero a sacar paladas de arena y arcilla bajo el sol.

Buck estaba de muy mal humor, y el creciente calor del mediodía en el agujero, donde no corría ni una gota de aire fresco, lo irritaba cada vez más. Durante toda la mañana, Ty Ty había hecho cuanto había podido para que Buck no saliera de allí abajo.

—Voy a matar a ese hijo de puta —dijo Buck por cuarta vez.

—Will no va a molestar a Griselda, Buck —le dijo Ty Ty—. Ahora sigue cavando y quítatelo de la cabeza.

Aunque se quedara callado un momento, a Buck no le hacían el menor efecto las palabras de Ty Ty. Este salió del agujero para refrescarse un poco. Llegó a la superficie y buscó a Will solo para cerciorarse de que no estuviera incordiando a Griselda. Lo vio sentado tranquilamente en el porche delantero maldiciendo a Buck en voz baja.

En el cráter, Dave trabajaba con los demás. Ty Ty había llegado a la conclusión de que por el momento el albino sería de más ayuda cavando. Ya había indicado dónde estaba el filón y Ty Ty pensó que no estaría mal que, ya puestos, también lo encontrara él. La escopeta había vuelto a su sitio en la estantería del comedor y ya nadie vigilaba a Dave. Esa mañana, el tío Felix había cantado por primera vez desde que trajeron a Dave de los pantanos. El hombre de color se alegraba de que le quitaran esa carga y de poder cavar con los demás.

Cuando Ty Ty le dijo a Dave que no lo iban a vigilar, el chico reaccionó como si temiera que Ty Ty fuera a echarle. Pero cuando le mandaron bajar al agujero con Buck y Shaw pareció encantado. Esperaba que Darling Jill acudiera a charlar con él, pero ella no se había presentado. Dave presentía que la chica no quería saber nada más de él. Si le importara algo, pensaba, al menos se acercaría al cráter y le sonreiría.

—Will —dijo Ty Ty, que se sentó y empezó a abanicarse con el sombrero de paja—. ¿Por qué os peleáis, chicos? ¡Por el maldito infierno! Así no hay manera de que una familia como la nuestra vaya bien. Me avergüenzo de vuestro comportamiento.

—Escúchame —se apresuró a contestar Will—. Dile que mantenga la boca cerrada y no me oirás ni una palabra más. Yo solo le respondo porque no para de llamarme cabeza de borra y de decir que va a matarme. Dile que se calle y no tendrás queja de mí.

Ty Ty lo pensó un momento. El misterio de la vida humana no era ni por asomo tan oscuro para él como para la mayoría, y le asombraba que los demás no lo vieran

tan claro. Le parecía que Will Thompson se acercaba tanto a comprender los secretos del alma y del cuerpo como él, pero Will no era el tipo de hombre que hablaba de lo que sabía. Iba por la vida guardándose para sí sus pensamientos, y comportándose, cuando llegaba el momento, sin revelar, más que mediante sus actos, los secretos que conocía. Ty Ty sabía que el problema entre Will y Buck radicaba únicamente en Griselda, y Buck tenía motivos de sobra para sospechar de las intenciones de Will. A Griselda no se la podía culpar de nada: desde que vivía en la casa nunca se había insinuado a Will. Procuraba mantenerlo apartado y que Buck creyera que solo le gustaba él. Ty Ty sabía que la chica podría engañar a Buck cuando quisiera, pero lo cierto es que no quería. Lo que no podía era evitar que los hombres la admiraran, se sintieran atraídos por ella e intentaran arrebatársela a su marido. Ty Ty tampoco sabía qué hacer.

—Si algo he querido durante toda mi vida es que en mi familia reine la paz —le dijo a Will—. Creo que me dejaría morir si viera que se derrama sangre en mi tierra. Nunca he podido soportar la visión de la sangre. Me moriría si pasara algo así. No podría ver sangre en mi tierra.

—Si Buck se calla y se ocupa de sus asuntos, no va a derramarse ni gota de sangre. Yo nunca he buscado pelea. Siempre es él el que empieza, como esta mañana. Ni siquiera me acerqué a decirle nada. Él vino, me miró mal y empezó a llamarme hijo de puta, cabeza de borra y todo lo demás. Y por mí no pasa nada. No voy a pelearme con tus chicos por una tontería como esa. Pero él sigue insistiendo, restregándomelo por la cara a todas horas, y es ahí cuando empiezan los verdaderos problemas. Si dijera una vez lo que quiere decir y lo dejara ahí, por mí no pasa nada. Pero sigue repitiéndolo una y otra vez, el día entero. Así que, si no quieres ver sangre derramada en tu tierra, dile que se calle.

Ty Ty aguzó el oído y escuchó. Un automóvil frenaba para meterse en el patio. Llegó Pluto Swint y paró a la sombra de uno de los robles. Le costó apearse y tuvo que apretarse la inmensa y redondeada barriga con las palmas de las manos para pasar entre la puerta y el volante.

—Me alegro de verte, Pluto —dijo Ty Ty. Se quedó junto a Will en la escalera y esperó a que Pluto se acercara y se sentara—. No sabes cuánto me alegro. Has llegado precisamente cuando te necesitaba. Parece que las cosas se tranquilizan en tu presencia. Ahora puedo sentarme y no temer que vaya a pasar nada malo ni a mí ni a los míos.

Pluto resopló, resolló, se enjugó el sudor de la cara y se sentó en la escalera. Miró a Will y asintió con la cabeza. Will le habló.

—¿Has conseguido muchos votos hoy? —preguntó Ty Ty.

—Todavía no —respondió Pluto que seguía resoplando y jadeando—. No he podido empezar temprano y solo he venido hasta aquí.

—¿No hace calor?

—Un calor sofocante —dijo Pluto—. Y eso es un hecho.

Will sacó la navaja del bolsillo, arrancó una astilla grande de los peldaños y empezó a tallarla. Oía a Buck hablando de él en el agujero al otro lado de la casa, pero no le prestó atención.

—Rosamond y yo tenemos que volver a casa hoy.

Ty Ty le miró rápidamente, a punto de protestar, pero contuvo la lengua y pensó un momento. Deseaba que Will le echara una mano cavando, pero Will se negaba y, por tanto, no le servía de mucho en la granja. Como así estaban las cosas, pensó Ty Ty, lo mejor sería que Rosamond y Will volvieran a Scottsville. Mientras Will permaneciera en la casa, Buck iba a seguir amenazándole y Will no sería tan razonable mucho más tiempo. Lo más sensato, se dijo Ty Ty, es que Will y Rosamond se fueran a su casa.

—Supongo que podríamos haberte llevado anoche, cuando estábamos en Augusta —dijo—, pero era muy tarde y todos querían volver y acostarse.

—Le pediré a Darling Jill que nos acerque a Marion y tomaremos un autobús. Tengo que estar de vuelta antes de que anochezca.

Ty Ty se sintió aliviado al pensar que tal vez las cosas no pasarían a mayores entre Buck y Will. Si se iban pronto, Buck no tendría ocasión de desafiar a Will.

—Iré a avisar a Darling Jill para que se prepare y os lleve al pueblo —dijo y se levantó.

—Siéntate —le dijo Will— y esperemos un poco. No hay prisa. No son ni las once todavía. Esperaremos hasta después de comer.

Ty Ty se sentó algo inquieto. Lo mejor que podía pasar era que Will y Buck no se cruzaran hasta entonces.

—¿Cómo va la carrera política, Pluto? —preguntó intentando quitarse de la cabeza un asunto tan desagradable.

—La cosa se está calentando —dijo Pluto—. Los candidatos ya no se conforman con asegurarse una vez un voto, salen una y otra vez a buscarlo para controlar que no se lo den a otros. Tanto ir y venir por todo el condado me ha dejado hecho polvo. No sé cómo voy a poder mantener este ritmo seis semanas más.

—A ver, Pluto —dijo Ty Ty con seguridad—, sabes que ganarás de calle. Toda la gente con la que he hablado desde Año Nuevo me ha dicho que iba a votar por ti.

—Decir que vas a votar por mí es una cosa y hacerlo cuando llegue el momento otra muy distinta. No me fío nada de la política. Llevo desde los veintidós años metido en esto y sé lo que me digo.

Ty Ty estudió la lisa arena blanca del patio y resiguió con la mirada la línea de guijarros redondos que se extendía bajo los aleros del porche, donde desaguan los canalones.

—Estaba pensando, Pluto, que a lo mejor te apetecía hacer un pequeño viaje.

—¿Adónde?

—A Horse Creek Valley, para llevar a Will y Rosamond en tu coche. Sé que a las chicas les encantaría ir hasta allí y volver contigo.

—Tengo que visitar las casas de la carretera para pedir el voto —se quejó Pluto—. Y eso es un hecho.

—Pero sí sabes que lo que te apetece en realidad es ir y volver con esas chicas tan guapas en tu coche, Pluto. Sentado aquí, en el porche, tampoco vas a ganar muchos votos.

—Tengo que irme y hacer campaña todo el día.

Ty Ty se levantó y entró en la casa, dejando a Will y Pluto en la escalera. Will lio un cigarrillo y le pidió una cerilla a Pluto. El sonido de los picos clavándose en la arcilla dura del fondo del cráter al otro lado de la casa subió de intensidad y repiqueteaba en sus oídos al ritmo de la canción de trabajo del tío Felix. A Pluto le hubiera gustado acercarse al agujero y mirar dentro para ver a cuánta profundidad habían excavado ya, pero levantarse le suponía demasiado esfuerzo. Así que se quedó sentado escuchando los picos, intentando adivinar por el sonido lo profundo que era el agujero. Después de pensárselo un poco, se alegró de no haber ido a mirar. En cualquier caso, tampoco es que le importara mucho lo hondo que fuera; y además, ver a Buck y Shaw, a los dos morenos y a Dave sudando bajo aquel aire asfixiante le habría dado más calor del que ya tenía.

Levantó la mirada y vio a Darling Jill a su lado. Se había cambiado y hacía oscilar un sombrero de ala ancha en las manos. Parecía que se hubiera preparado para ir a algún sitio sin consultarle. Will se acercó y ella se sentó entre ambos, colocó el brazo alrededor de Pluto y apoyó la mejilla en su hombro.

—Papá ha dicho que nos ibas a llevar a Griselda y a mí a dar un paseo por Scottsville —dijo sonriendo—. No sabía nada hasta hace un momento.

Will se rio y se inclinó hacia delante para verle la cara a Pluto.

—Ahora no puedo —se quejó este.

—Pluto, si me quisieras solo un poco, podrías.

—Pero si te quiero.

—Entonces nos llevarás cuando acompañes a Will y a Rosamond a casa.

—Tengo que ir a buscar votos —dijo él.

Ella alargó la mano y lo besó en la mejilla. Pluto sonrió. Se acercó un poco más para que Darling Jill repitiera.

—Hoy no puedes perder el tiempo con la campaña, Pluto.

—No, no creo que pueda —dijo él—. ¿No me das otro beso?

—Uno antes de irnos y otro al volver —le prometió ella.

—Lo que está claro es que no voy a salir elegido si sigo así —dijo Pluto—. Y eso es un hecho.

—Tendrás tiempo de sobra a partir de mañana, Pluto.

Ella le dejó apoyar la mano en las rodillas y lo miró fijamente mientras él le levantaba la falda y deslizaba los dedos bajo su ligero.

—No eres más que un niño grande, Pluto. Siempre quieres lo que no puedes tener.

—¿Qué me dices de casarte conmigo, Darling Jill? —le preguntó ruborizándose.

—Todavía no es el momento.

—¿Por qué no?

—Porque necesito relajarme, vivir a mi aire unos meses antes de casarme.

—Entonces tardarás en pasar por la vicaría —dijo Will, guiñándole el ojo a Pluto.

Pluto no acababa de comprender a qué se refería Darling Jill. Empezó a preguntarle, pero se vio silenciado por las carcajadas de Darling Jill y Will.

—Aunque, bien mirado, no tardarás nada en relajarte si ese tipo de los pantanos se queda aquí una semana más —dijo Will.

—¿Dave? —preguntó Darling Jill, esbozando una mueca—. No es nadie para mí. Y nunca le haría daño al pequeñín de pelo blanco de papá.

Pluto sonrió con satisfacción al oírle despreciar tan categóricamente al albino.

—Bueno, si te olvidas tan pronto de él —dijo Will—, es porque yo significo algo ¿o no?

—Para serte sincera —confesó ella—, me tienes alterada.

—No me extraña. Cuando clavo una punta en una tabla, se queda clavada para siempre.

—¿Y qué tiene eso que ver con casarnos, Darling Jill? —preguntó Pluto.

—Oh, nada —respondió ella guiñándole un ojo a Will—. Will no hace más que echarse faroles con sus conquistas.

—Pues yo estoy dispuesto a casarme ya —insistió Pluto.

—Pues yo no —replicó ella—. Y eso es un hecho; que lo sepas.

Will se levantó riéndose de Pluto y entró en la casa a prepararse para el viaje. Pluto abrazó a Darling Jill y la apretó contra sí. Sabía que acabaría llevándolos a Scottsville porque haría cualquier cosa que ella le pidiera. Ella, sentada a su lado, sumisa, se dejaba hacer. A Darling Jill le gustaba Pluto, y lo sabía. Creía que lo amaba, a pesar de su holgazanería y su prominente estómago. Llegado el momento, se casaría con él. Eso ya lo tenía decidido. Lo que no sabía todavía era cuándo llegaría.

Sentada tan cerca de él, le entraron ganas de decirle que sentía haberlo tratado tan mal a veces, haberlo insultado con palabras tan desagradables. Pero cuando se volvió, le dio miedo decirle nada. Empezó a preguntarse si sería sensato explicarle a Pluto que lamentaba haberse comportado tan alegremente con Will, con Dave y con tantos otros mientras se negaba a acostarse con él. Decidió no decir nada porque, al fin y al cabo, a él no le importaba que no se lo contara. Amaba demasiado a Pluto como para herirle innecesariamente.

—¿Te parece que podríamos casarnos la semana que viene, Darling Jill?

—No lo sé, Pluto. Ya te avisaré cuando esté preparada.

—No puedo esperar eternamente —dijo él—. Y eso es un hecho.

—Pero si sabes que vamos a casarnos, sí puedes esperar un poco más.

—Sí, supongo que por eso no pasará nada —aceptó él—, si no fuera porque tengo miedo de que un día de estos se presente cualquiera y te vayas con él.

—Si me fuera con alguien, Pluto, volvería a tiempo para casarme contigo.

Pluto la apretó con ambos brazos sosteniéndola con todas sus fuerzas para que la huella del cuerpo de Darling Jill se grabara en su memoria para siempre. Al cabo de un momento, ella se soltó y se levantó.

—Es hora de marcharse, Pluto. Voy a buscar a Will y a Rosamond. Griselda ya debe de estar preparada.

Pluto se acercó a su coche, aparcado a la sombra. Se dio la vuelta a tiempo de ver a Buck arrastrarse fuera del gran agujero y doblar la esquina de la casa. Buck se dio de bruces con Griselda, que salía corriendo por la puerta principal.

—¿Adónde vas? —le preguntó.

—Darling Jill y yo vamos en coche a Scottsville con Pluto —respondió temblando—. Volveremos pronto.

—Voy a matar a ese hijo de puta —dijo él y subió corriendo la escalera.

Buck estaba cabreado y acalorado. Su ropa manchada de arcilla y su pelo apelmazado por el sudor le daban el aire de un hombre desesperado.

—Por favor, Buck —le suplicó ella.

—¿Dónde está ahora?

Ella intentó hablar con Buck, pero él no la escuchaba. En ese momento, Ty Ty salió de la casa y cogió a Buck del brazo.

—Más vale que me sueltes —le dijo a Ty Ty.

—Deja que las chicas den una vuelta en coche, Buck. No le hace daño a nadie.

—Más vale que me sueltes, ahora.

—Tranquilo, Buck —dijo Ty Ty—. En el coche irán Darling Jill y Rosamond, y también Pluto. Déjalas que vayan. No le hace daño a nadie.

—Voy a matar a ese hijo de puta, ahora mismo —dijo Buck sin cambiar de tono. No le convencían las seguridades que le daba su padre sobre Griselda.

—Buck —le suplicó Griselda—, por favor, no te enfades. No hay por qué discutir.

Ty Ty le hizo bajar la escalera hasta el patio e intentó razonar con él.

—Más vale que me sueltes de una vez —repitió Buck.

Empezaron a caminar de una punta a otra del patio, pero Ty Ty no le soltaba. Al cabo de un rato, Buck se apartó y volvió al cráter junto a la casa. Ya no estaba tan irritado ni tan acalorado, y prefería volver al trabajo y dejar que Griselda se fuera a Scottsville. Volvió junto a Shaw, Dave y los dos hombres de color sin decir una palabra.

Cuando estuvieron seguras de que Buck se iba a quedar en el cráter, Darling Jill y Rosamond dejaron de retener a Will dentro de la casa, salieron y subieron al coche.

Quince

Llegaron a Scottsville, que se hallaba en el extremo superior del valle, dos horas más tarde.

Will había saltado del coche en cuanto pararon delante de la casa y se había ido corriendo por la calle, gritándoles por encima del hombro que le esperaran hasta que volviera. Eso había sido a primera hora de la tarde, pero a las seis todavía no había vuelto.

Pluto no veía el momento de regresar a Georgia, y Griselda estaba frenética. No sabía qué le haría Buck por no volver a casa inmediatamente y se asustaba con solo pensarlo. Pero se alegraba de seguir allí cuanto pudiera porque era la primera vez que iba a Horse Creek Valley, y la sensación que le producía el pueblo industrial era una de las más agradables que había experimentado. Las hileras de casas amarillas de la empresa, todas las cuales parecían iguales por fuera, se habían transformado ahora en hogares distintos y personales a sus ojos. Miraba la casa amarilla vecina y casi captaba las palabras exactas que decían los vecinos. No había nada parecido en Marion. Las casas de Marion eran edificios de puertas cerradas y feas ventanas. En Scottsville, en cambio, se percibía un rumor continuo de vida que parecía a punto de estallar en el aire en un grito concertado.

Pluto y Darling Jill habían preparado un helado mientras esperaban el regreso de Will. Al oscurecer, como todavía no había vuelto, cenaron el helado con galletas integrales. Pluto seguía inquieto y quería regresar a Georgia cuanto antes. Se sentía incómodo en Horse Creek Valley y no le gustaba pensar demasiado en la posibilidad de quedarse ahí después de oscurecer. Por alguna razón, le inquietaban los pueblos fabriles, y creía a pies juntillas que al anochecer, la gente salía de sus escondrijos y se abalanzaba sobre los desconocidos, les robaba y les apalizaba, eso, si no los mataban.

—Creo que a Pluto le da miedo salir de casa después de oscurecer —dijo Darling Jill.

Pluto se estremeció ante la insinuación y se aferró a la silla. Tenía miedo y si alguien le pedía que fuera a la tienda de la esquina a comprar algo, se negaría en redondo a salir de la casa. En Marion no le daba miedo nada; la oscuridad de la noche nunca le había asustado. Pero en el valle temblaba aterrorizado; imaginaba que en cualquier momento alguien irrumpiría por la puerta sin cerrar y le mataría allí mismo.

—Will ya no puede tardar —dijo Rosamond—. Siempre vuelve a cenar por la noche.

—Ojalá pudiera irme —dijo Griselda—. Buck estará como loco.

—Las dos estáis muertas de miedo —dijo Darling Jill, riéndose—. No hay necesidad de asustarse tanto, ¿verdad que no, Rosamond?

Rosamond se rio.

—Claro que no.

Por las ventanas abiertas entraba flotando la suave noche estival. Era una noche

agradable y cálida; pero, además del aire nocturno, había otra cosa que ponía nerviosa a Griselda. Oía sonidos, voces y murmullos que no había oído en toda su vida. La carcajada de una mujer, el llanto nervioso de un niño, el débil borboteo de una cascada en algún lugar más abajo... todo eso entraba a la vez en la habitación; en el aire se percibía la presencia de gente viva como ella, una sensación desconocida hasta entonces para ella. Saber que toda esa gente estaba ahí fuera, que todos esos sonidos eran tan reales como ella aceleró los latidos de su corazón. En Augusta las cosas no sonaban igual; en la gran ciudad había otros sonidos, de otra raza de gente. Pero en Scottsville la gente era tan real como ella misma.

Entonces entró Will caminando tan sigilosamente como un animal furtivo, hasta el punto que la asustó. A Griselda le entraron ganas de correr hacia él y abrazarle. Él era una de esas personas cuya presencia había percibido en el aire nocturno.

Will se quedó en la puerta del salón, mirándolos.

En el rostro de Will se dibujaba una expresión que obligó a Griselda a reprimir un grito que subió por su garganta. Nunca había visto una expresión como aquella en el rostro de nadie. Había una dolorosa súplica en aquellos ojos, una mirada que solo había visto en los animales heridos. Y las arrugas de la cara, la posición de la cabeza sobre los hombros, algo, un aire difícil de determinar con precisión, aterrorizaba.

Pareció que intentaba decir algo. Daba la impresión de que dentro de él bullían palabras que no podía expresar. Todas las cosas que Griselda había oído contar a Rosamond sobre la fábrica de algodón estaban grabadas ahora en aquel rostro con más claridad de la que podían expresar las palabras.

Will hablaba con Rosamond. Sus labios articulaban las palabras mucho antes de que Griselda las oyera. Era como mirar por unos prismáticos a un hombre que hablaba muy lejos y ver cómo se movían los labios antes de que el sonido llegara a sus oídos. Ella lo observaba con la mirada ida.

—Tuvimos la reunión —le decía a Rosamond—. Pero no quisieron hacernos caso ni a Harry ni a mí. Han votado por el arbitraje. Ya sabes lo que significa eso.

—Sí —respondió simplemente Rosamond.

Will se volvió y miró a Griselda y a los demás.

—Vamos a seguir adelante de todos modos. A la mierda con el sindicato. Ellos cobran por discutir con nosotros. Que se vayan a la mierda. Vamos a ponerla en marcha.

—Sí —dijo Rosamond.

—Prefiero pudrirme en el infierno antes que quedarme aquí sentado viendo cómo nos matan de hambre y nos cobran alquiler por la pocilga en que vivimos. Somos más que suficientes para entrar y ponerla en marcha. Podemos hacer funcionar la fábrica. Y podemos hacerlo tan bien como cualquiera. Por la mañana iremos allí, conectaremos la energía y la pondremos en marcha.

—Sí, Will —dijo su esposa.

Una luz se encendió en una de las habitaciones de la casa amarilla de al lado.

—Vamos a ponerla en marcha y yo soy hombre de sobra para conectar la energía. Ya lo verás. Soy tan fuerte como Dios Todopoderoso. Mañana ya te enterarás de que hemos puesto la fábrica en marcha. Todo el mundo lo sabrá.

Se sentó en silencio y ocultó la cabeza entre las manos. Nadie dijo nada.

La oscuridad lo envolvía todo. Por un momento, su vida entera pasó ante sus ojos. Apretó los párpados, esforzándose por olvidar esos recuerdos. Pero no pudo. Vio, al principio débilmente, las fábricas del valle. Y mientras miraba todo parecía tan luminoso y nítido como el día. Vio las caras de las chicas de ojos vivaces como flores de maravillas asomadas en las ventanas de la fábrica. Estaban allí, mirándole, sus cuerpos firmes y sus pechos turgentes, año tras año desde que recordaba estar vivo. Y por las calles, delante de las fábricas, se congregaban los hombres de labios ensangrentados, sus amigos y hermanos, esputando sus pulmones al polvo amarillo de Carolina. Los veía por todo el valle, los contaba, los llamaba por sus nombres. Los conocía, los conocía desde siempre. Los hombres estaban por las calles mirando las fábricas cubiertas de hiedra. Algunas fábricas funcionaban sin parar día y noche, bajo luces de un azul cegador; otras permanecían cerradas, impidiendo que trabajara la gente que se moría de hambre en las casas amarillas de la empresa. Y luego el valle entero se llenó de gente que apareció de repente. Allí estaban otra vez las chicas de ojos como flores de maravillas y pechos turgentes entrando a toda prisa en las fábricas cubiertas de hiedra; y en la calle, día y noche, seguían sus amigos y hermanos, mirando, esputando sus pulmones sobre el polvo amarillo. Alguien se volvió a hablarle y a través de los labios salió sangre en lugar de palabras.

Will sacudió la cabeza, se golpeó las sienes con las manos y miró a su alrededor. Pluto y Darling Jill, Griselda y Rosamond lo estaban observando. Se tapó la boca con el dorso de la mano para limpiarse la sangre seca y también la cálida que, pensaba, le había caído sobre los labios.

—Te dije que esperaras hasta que volviera, ¿no? —preguntó, mirando fijamente a Griselda.

—Sí, Will.

—Y has esperado. Gracias a Dios.

Ella asintió.

—Vamos a poner en marcha la fábrica por la mañana. Está decidido. Pase lo que pase.

Rosamond lo miró con angustia. Por un momento creyó que Will había perdido la cabeza. Había algo anómalo en su forma de hablar, algo que sonaba extraño en su voz; nunca le había oído hablar de aquel modo.

—¿Estás bien, Will? —preguntó.

—Oh, sí, Dios, sí —dijo.

—Pues procura no pensar tanto en la fábrica esta noche. Te pondrá muy nervioso y no te dejará dormir.

Por las calles del pueblo fabril se oían murmullos, murmullos que llegaban

rítmicamente a través de las ventanas de la casa. Era algo vivo, emocionante, conmovedor, algo que hablaba como una persona de verdad. Griselda sintió una punzada en el corazón.

—Nunca has trabajado en una hilandería, ¿verdad que no, Pluto? —preguntó Will repentinamente volviéndose hacia Pluto.

—No —respondió él tímidamente—. Tengo que irme a casa ahora mismo.

—Entonces no sabes cómo es uno de estos pueblos. Pero yo te lo explicaré. ¿Has cazado alguna vez una liebre, la has ido a recoger y cuando la has tenido en la mano has sentido latir su corazón como... como...? Dios no sabría decirlo. ¿Te ha pasado alguna vez?

Pluto se removi6 inquieto en la silla. Se volvió hacia Griselda, que estaba a su lado, y vio que era presa de un estremecimiento convulso.

—No sé —dijo Pluto.

—¡Dios! —murmuró Will con voz ronca.

Todos los presentes le miraban temblorosos. De algún modo habían captado con precisión el sentido de su comentario. Y el descubrimiento les asustó.

Un nuevo murmullo atravesó la casa flotando suavemente y recorrió una hilera tras otra de casas amarillas de la empresa.

—Creéis que estoy borracho, ¿verdad? —preguntó.

Rosamond negó con la cabeza. Sabía que no lo estaba.

—No, no estoy borracho. Nunca he estado tan sobrio en mi vida. Creéis que estoy borracho porque hablo de este modo tan raro. Pero estoy sobrio, tan sobrio como un abstemio.

Rosamond le dijo algo, algo tierno, cariñoso y comprensivo.

—Allá en Georgia, en medio de todos esos malditos agujeros y montones de tierra, me veis como un arbolillo reseco que apenas sobresale del suelo. Bueno, tal vez allá lo sea. Pero aquí, en el valle, soy Will Thompson. Venís aquí y me veis en esta casa amarilla de la empresa y pensáis que no soy más que un mierda, una propiedad más de la empresa. Y en eso también os equivocáis. Soy Will Thompson. Soy tan fuerte como Dios Todopoderoso y os lo voy a demostrar. Esperad a mañana por la mañana, id por la calle y quedaos delante de la fábrica. Me acercaré a la puerta y la haré trizas como si fuera una persiana de papel. Ya veréis lo fuerte que soy. A partir de mañana, cuando volváis a esos malditos agujeros de Marion, pensaréis otra cosa de mí.

—Más vale que te acuestes ya, Will, y duermas un poco. Mañana tendrás que levantarte muy temprano.

—¡Dormir! ¡A la mierda! No me voy a acostar ahora, ni en toda la noche. Cuando salga el sol estaré tan despierto como ahora mismo.

Pluto quería levantarse y marcharse, pero le daba miedo decir nada mientras Will hablaba. No sabía qué hacer. Miró a Darling Jill y a Griselda, pero ninguna de ellas parecía desesperada por volver a casa. Las dos se sentaban embelesadas ante Will.

Griselda miraba a Will como si fuera un ídolo que hubiera cobrado vida. Tenía ganas de tirarse al suelo, abrazarle las rodillas y suplicarle que pusiera la mano sobre su cabeza.

Él la estaba mirando cuando ella reunió el valor para levantar la vista. La estaba mirando como si no la hubiera visto antes.

—Levántate, Griselda —dijo con calma.

Ella se levantó, cumpliendo su orden como impulsada por un resorte. Esperó que le dijera qué hacer a continuación.

—Llevo mucho tiempo esperándote, Griselda, y ahora ha llegado el momento.

Rosamond no hizo ademán de hablar ni de levantarse. Siguió sentada en la silla, inmóvil, con las manos cruzadas sobre el regazo, aguardando.

—Ty Ty tenía razón —dijo Will.

Todos se preguntaron a qué se refería Will. Ty Ty decía muchas cosas, tantas que les resultaba imposible saber en qué estaba pensando Will.

Pero Griselda sí lo sabía. Recordaba con precisión las palabras que había utilizado Ty Ty.

—Antes de que sigas, Will —dijo Darling Jill—, más vale que no te olvides de Buck. Ya sabes lo que dijo.

—Que me mataría, ¿no? Bien, ¿y por qué no viene y me mata? Esta mañana tuvo ocasión de hacerlo. Yo estaba allí, entre aquellos malditos agujeros. ¿Por qué no lo hizo entonces?

—Todavía está a tiempo. Para eso siempre hay tiempo.

—No le tengo miedo. Si alguna vez se me acerca, le retorceré el pescuezo y tiraré su cabeza en uno de esos malditos agujeros del infierno, y su cuerpo en otro.

—Will —dijo Rosamond—, por favor, ándate con mucho cuidado. No hay quien pare a Buck cuando se le mete algo en la cabeza. Si rozas a Griselda y Buck llega a enterarse, te matará, bien lo sabe Dios.

Will se hartó de escuchar los temores ajenos sobre lo que Buck haría o dejaría de hacer.

Griselda estaba en pie ante él. Tenía los ojos cerrados, los labios ligeramente separados, y respiraba muy deprisa. Cuando él le dijo que se sentara, ella se sentó. Si no se lo pide, habría permanecido de pie por el resto de sus días.

—Ty Ty tenía razón —dijo Will mirándola—. Sabía de qué hablaba. Me habló de ti, muchas veces, pero no tuve la sensatez de tomarte entonces. Ahora sí. Nada en este mundo de Dios puede impedírmelo ahora. Voy a tomarte, Griselda. Ahora soy tan fuerte como Dios Todopoderoso y voy a hacerlo.

Darling Jill y Pluto se agitaron nerviosos en las sillas, pero Rosamond siguió sentada e inmóvil, con las manos cruzadas sobre el regazo.

—Voy a mirarte como Dios quiso que fueras mirada. Dentro de un momento, voy a arrancarte cada pieza de ropa. Te la arrancaré y la haré jirones tan pequeños que no podrás recomponerla jamás. Voy a desgarrar hasta el último hilo. Soy tejedor. Me he

pasado la vida fabricando tejidos, todos los tejidos que existen en este mundo de Dios. Ahora voy a dejar la tela que te cubre hecha trizas, pedacitos tan pequeños que nadie sabrá nunca qué eran. Cuando haya acabado parecerá borra. En la fábrica he tejido guingas, telas de camisa, vaqueras y sábanas, y todo lo demás; aquí, en esta casa amarilla de la empresa voy a hacer trizas la tela que te cubre. Mañana empezaremos a tejer e hilar otra vez, pero esta noche voy a destrozar esa ropa hasta que parezca borra salida de una desmotadora.

Se acercó a ella. Las venas de los dorsos de las manos y de los brazos se habían hinchado y latían como si estuvieran a punto de reventar. Se detuvo a tan solo un paso de Griselda.

Esta retrocedió, colocándose fuera de su alcance. No temía a Will porque sabía que no le haría daño. Pero retrocedió por el miedo que le daba la mirada que vio en sus ojos. Los ojos de Will no eran crueles ni asesinos —no le haría daño por nada del mundo—, destilaban demasiada ternura para serlo, y esos ojos se le acercaban cada vez más.

Will agarró el cuello de su vestido, poniendo una mano a cada lado, y de golpe separó los brazos cuanto pudo. La fina gasa estampada se desintegró en sus manos como si fuera vapor. Le arrancó el vestido y empezó a despedazarlo con las manos como si estuviera poseído, con rapidez, ansiedad, minuciosamente. Ella le observaba excitada, con el corazón palpitante, siguiendo los movimientos veloces de sus dedos y sus brazos. Fue haciendo jirones pedazo tras pedazo como un loco, y las hilachas volaban por toda la habitación. Ella le observó sin resistirse cuando arrojó el último trozo de tela del vestido y le desgarró la combinación blanca como si fuera una bolsa de papel. Él se movía rápido, a conciencia: tiraba de la tela, la desgarraba, la rompía, arrojaba los jirones a su alrededor y resoplaba para apartarse las hilachas de la cara. La última prenda era de seda. La desgarró frenéticamente, con más salvajismo si cabe que al principio. Cuando acabó, ella estaba ante él, esperando, temblorosa, como él había predicho. El sudor cubría la cara y el pecho de Will. Le costaba respirar. Había trabajado como nunca, y los jirones de tela se esparcían por el suelo, cubriéndole los pies.

—¡Ahora! —gritó él—. ¡Ahora! ¡Por Dios, ahora! ¡Te dije que te vería tal y como Dios quiso que te vieran! ¡Ty Ty tenía razón! Dijo que eras la mujer más hermosa que Dios creó, ¿no lo dijo? Y dijo que eras tan bonita, tan espantosamente bonita, que un hombre tendría que ponerse a cuatro patas y lamer el suelo al verte tal como estás ahora. ¿No lo dijo? Sí, Dios mío, ¡lo dijo! Y después de tanto tiempo, por fin te tengo también. Y voy a hacer lo que he estado deseando hacer desde la primera vez que te vi. Ya sabes qué es, ¿verdad que sí, Griselda? Ya sabes lo que quiero. Y vas a dármelo. Pero yo no soy como los demás hombres. Yo soy tan fuerte como Dios Todopoderoso. Y voy a lamerte, Griselda. Ty Ty sabía de qué hablaba. Dijo que eso era lo que te haría un hombre. El viejo tiene más cabeza que todos los demás juntos, aunque se pase la vida cavando la tierra como un imbécil.

Hizo una pausa para recuperar el aliento y se acercó a ella. Griselda retrocedió hacia la puerta. No pretendía escapar, pero quería alejarse para que la atrapara en otra parte de la casa. Él corrió tras ella, con las manos por delante.

Dieciséis

Mucho tiempo después de que salieran de la habitación, Darling Jill seguía sentada retorciéndose los dedos, presa de una excitación incontrolable. Temía mirar a su hermana, sentada delante de ella. Los latidos de su propio pecho la asustaban y el nerviosismo casi no la dejaba respirar. Nunca se había sentido tan excitada.

Pero le daba más miedo sentirse sola que encarar a su hermana, así que se volvió descaradamente y miró a Rosamond, y le sorprendió verla tan tranquila. Se balanceaba levemente en la silla, cruzando y separando las manos sin prisas. En su rostro había una expresión de serenidad que resultaba agradable.

A su lado, Pluto estaba desconcertado. Era obvio que no había sentido las mismas cosas que ella. Darling Jill sabía que ningún hombre las sentiría. Ante lo que acababa de ver, Pluto se había quedado sin palabras, pero no estaba conmovido. Darling Jill había sentido que sus vidas inundaban la habitación como una ola mientras Will hacía jirones la ropa de Griselda delante de todos, y Rosamond también lo había sentido. Pero Pluto era un hombre y nunca lo comprendería. Incluso Will, que lo había provocado todo, se había comportado impulsado solo por su deseo de Griselda.

A través de las puertas abiertas, veían el parpadeo de la luz de la calle, que atravesaba las hojas de los árboles y caía sobre la cama y el suelo de la habitación. Allí, en aquella habitación, estaban Will y Griselda. No se ocultaban porque las puertas seguían abiertas; no lo hacían en secreto porque sus voces se oían claras y fuertes.

—Voy a recoger las hilachas —dijo con calma Rosamond. Se arrodilló y empezó a espigar diminutas partículas de fibra de algodón del suelo, amontonándolas cuidadosamente a su lado—. No hace falta que me ayudes.

Darling Jill la observó mientras recogía los hilos y los jirones de tela lenta y cuidadosamente. Se inclinaba, con la cara oscurecida y recogía trozo a trozo la ropa desgarrada de Griselda. Cuando acabó, fue a la cocina y trajo una bolsa grande de papel en la que metió la gasa y la ropa interior.

A Darling Jill le parecía que Will y Griselda llevaban horas en la habitación al otro lado del recibidor. Ya no hablaban y se preguntó si se habrían quedado dormidos. Entonces recordó que Will había dicho que esa noche no dormiría, y supo que seguiría despierto aunque Griselda se durmiera. Esperó a que Rosamond volviera de la cocina.

Su hermana volvió y se sentó delante de ella.

—Buck va a matar a Will cuando se entere de esto —dijo Darling Jill.

—Sí —respondió Rosamond—, lo sé.

—Nunca se enterará por mí, pero lo sabrá de un modo u otro. A lo mejor tiene un presentimiento o algo así. Pero se enterará de lo que ha pasado.

—Sí —dijo Rosamond.

—Puede que ya esté de camino hacia aquí. Esperaba que Griselda volviera esta

misma tarde.

—No creo que venga esta noche. Pero es posible que se presente mañana.

—Will tendrá que irse para que Buck no le encuentre.

—No, Will no se iría a ningún sitio. Se quedará aquí. No podremos convencerle para que se marche.

—Pero Buck le matará, Rosamond. Si se queda y Buck se entera, le matará, seguro. No me cabe la menor duda.

—Sí —dijo Rosamond—, lo sé.

Rosamond fue a la cocina a ver la hora en el reloj. Eran entre las tres y las cuatro de la madrugada. Volvió, se sentó y empezó a cruzar y separar las manos sin prisa.

—¿Es que no nos vamos a ir nunca a casa? —preguntó Pluto.

—No —respondió Darling Jill—. Cállate.

—Pero yo tengo que...

—No, no tienes que nada. Cállate.

Will apareció sin hacer ruido en la puerta, descalzo. Llevaba solo unos calzoncillos caquis y parecía un auténtico tejedor, con la espalda al aire y recuperado por el sueño, preparado para ir a trabajar.

Se sentó con los demás, y se puso las manos a los lados de la cabeza. Daba la impresión de que quería protegerse de puños enemigos.

Darling Jill sintió que la oleada de salvaje excitación se adueñaba de nuevo de ella. Sabía que nunca podría volver a mirar a Will sin que la inundara esa sensación. La imagen de Will delante de Griselda haciéndole jirones la ropa como loco, oyéndole hablar como Ty Ty, aferrando a Griselda con los músculos hinchados, esa imagen se había grabado en su memoria y en su cuerpo con hierros al rojo vivo. Se resistió cuanto pudo, pero luego corrió y cayó a sus pies, le abrazó las rodillas y le besó por todo el cuerpo. Will apoyó la mano en su cabeza y le acarició el pelo.

Ella se estremeció a sacudidas, se puso de rodillas, empujó su cuerpo entre las piernas de Will y ciñó los brazos alrededor de su cintura. Apretó la cabeza contra su pecho y le abrazó con todas sus fuerzas. Solo cuando encontró sus manos, se quedó quieta, muy pegada a él. Uno por uno, fue besándole los dedos, introduciéndoselos entre los labios y dentro de la boca. Pero cuando acabó, todavía no estaba satisfecha.

Él seguía acariciándole el pelo, lenta y cansinamente. Había echado la cabeza hacia atrás y con el otro brazo se cubría la cara.

—¿Qué hora es? —preguntó al cabo de un rato.

Rosamond se levantó, volvió a la cocina y miró el reloj.

—Las cuatro y veinte, Will —dijo.

Él volvió a taparse la cara para que la luz no le diera en los ojos. Se sentía tan lúcido que podía seguir sus pensamientos a través del túnel infinito de su cerebro. Todas las ideas giraban sin parar en su cabeza, fluyendo suavemente de célula en célula; cerró los ojos y supo que podía ubicar el punto exacto de su cráneo donde colocar la punta del dedo y señalar dónde estaba cada idea en cada momento.

Su mente recorría el valle de arriba abajo, llamando con ansiedad a las puertas de las casas amarillas de la empresa y a las ventanas de las fábricas de paredes de hiedra. En Langley, en Clearwater, en Warrenville, en Barth, en Graniteville, en todos los pueblos se detuvo un instante a mirar a la gente que entraba en las hilanderías, las fábricas de tejidos y las de blanqueado.

Regresó a la habitación en la casa amarilla de la empresa en Scottsville y escuchó el zumbido temprano de los camiones y tráileres y el de los coches y los autobuses en la carretera de Augusta a Aiken, que rodaban ya por el asfalto por todo el valle. Cuando saliera el sol, vería las filas interminables de chicas de ojos vivaces y pechos turgentes, chicas de cuerpos firmes que parecían flores de maravillas asomadas a las ventanas de las fábricas de paredes cubiertas de hiedra. Pero en las calles, a la sombra que proyectaba el sol a primera hora, vería también las filas interminables de hombres de labios ensangrentados, sus amigos y hermanos, sin apartar la mirada de las fábricas, esputando sus pulmones al polvo amarillo de Carolina.

Al amanecer, bajo la luz en blanco y negro de la fresca mañana, Griselda apareció en la puerta. No había dormido. Se había quedado tumbada en la cama de la otra habitación prolongando casi sin ruido la noche que tan inexorablemente se transformaba en día. Se hizo por fin de día, y el resplandor rojo del sol que despuntaba por encima de los tejados de las casas tiñó su cara de un brillo cálido mientras permanecía en la puerta.

Rosamond se levantó.

—Prepararé el desayuno, Will —dijo.

Las tres chicas salieron pero fueron antes a otra habitación para vestir a Griselda.

Más tarde, en la cocina, Will las oyó junto a la mesa y en los fogones. Primero le llegó el olor de sémola cociendo: los cereales en la boca; luego el de carne frita: el hambre; y por último el olor del café: el principio de un nuevo día.

Por la ventana, vio a alguien en la cocina de la casa amarilla de al lado, encendiendo la cocina. Al poco, por la chimenea salió el rizo de humo azul de leña. La gente se levantaba temprano, la fábrica iba a funcionar por primera vez desde hacía dieciocho meses. Junto al fresco, ancho y embalsado Horse Creek iban a ponerla en marcha conectando la energía. Las máquinas girarían y los hombres se colocarían en sus puestos, desnudos de cintura para arriba, y trabajarían de nuevo.

Impaciente, entró en la cocina. Quería llenarse el estómago de comida caliente y bajar corriendo a buscar a sus amigos que vivían en las casas amarillas a ambos lados de la misma calle. Ellos saldrían a las puertas, y se saludarían a gritos. De camino a la fábrica, iría aumentando la multitud de hombres, hasta reunirse en el prado delante de la fábrica, donde espantarían a las ovejas que habían engordado pastando tranquilamente durante dieciocho meses, mientras hombres, mujeres y niños se habían quedado en los huesos alimentándose solo de sémola y café. Arrancarían la alambrada de espino, levantarían los postes de hierro clavados en bases de cemento y bajarían la primera barrera.

—Siéntate, Will —dijo Rosamond.

Se sentó a la mesa y contempló cómo le servían con premura, diligencia y cariño. Darling Jill trajo un plato, una taza y un platillo. Griselda, un cuchillo, una cuchara y un tenedor. Rosamond le sirvió un vaso de agua. Corrían a la cocina, sin tropezar entre ellas, y entraban y salían de la pequeña habitación con premura, diligencia y cariño.

—Son la seis —dijo Rosamond.

Will se dio la vuelta y miró la esfera del reloj que había en la estantería sobre la mesa. Iban a poner en marcha la fábrica esa mañana. Iban a entrar y conectar la energía y si la empresa intentaba cortarla, iban a... bueno, a la mierda, Harry, nadie va a cortar la energía.

—Aquí tienes el azúcar —dijo Griselda.

Le echó dos cucharadas en la taza de café. Sabía cuánto echar. No todas las mujeres sabrían cuánto azúcar le gustaba. «Tiene el par de bellezas turgentes más bonitas que ha visto jamás un hombre, y cuando se las has visto, tienes que arrodillarte, apoyar las manos en el suelo y lamer el suelo que pisa. Ty Ty tiene más cabeza que todos nosotros juntos, aunque siga allí metido, entre esos malditos hoyos del infierno, buscando algo que nunca encontrará».

—Le traeré un plato para el jamón —dijo Darling Jill.

Rosamond se quedó detrás de la silla, viéndole cortar la carne y dar bocados con hambre. Era el jamón de treinta libras que les había regalado Ty Ty.

—¿A qué hora vendrás a comer? —le preguntó.

—A las doce y media.

Los hombres ya se encaminaban por la calle hacia la fábrica de paredes de hiedra por la orilla del ancho Horse Creek. Hombres que se habían pasado la noche sin dormir, sentados ante las ventanas, mirando las estrellas, que habían salido en cuanto acabaron de desayunar, que se dirigían a la fábrica con pantalones caquis. Nadie miraba al suelo. En la fábrica de paredes de hiedra, las ventanas reflejaban el sol temprano de la mañana, proyectándolo sobre las casas amarillas y sobre los ojos de los hombres que caminaban por las calles. Vamos a entrar y conectar la energía y si la empresa intenta cortarla, bueno..., a la mierda, Harry, nadie va a cortarla.

—¿Puedes conseguirnos empleos en la fábrica, Will? —le preguntó Darling Jill —. ¿A Buck, a Shaw y a mí?

Él negó con la cabeza.

—No —dijo.

—Ojalá pudieras, Will, así nos mudaríamos aquí.

—Este no es sitio para ti, ni para los demás.

—Pero Rosamond y tú vivís aquí.

—Eso es distinto. Quedaos en Georgia.

Will no paraba de negar con la cabeza.

—Ojalá pudiera venir —dijo entonces Griselda.

—No —respondió él.

Rosamond le trajo los zapatos y los calcetines. Se arrodilló en el suelo, a sus pies, y se los puso. Él se calzó y ella le ató los cordones. Luego se levantó y se colocó detrás de su silla.

—Son casi las siete —dijo.

Miró al reloj en lo alto. El minuterero estaba entre el diez y el once.

La gente pasaba por delante de la casa caminando cada vez más deprisa, y todos se apresuraban en la misma dirección. Entre ellos iban mujeres y niños. Los del sindicato cobraban un salario por acomodar sus posaderas en la tribuna y sacudir la cabeza cada vez que alguien decía algo sobre poner en marcha la fábrica. Esos hijos de puta. El sindicato manda dinero para pagar a esos cabronazos que dirigen la rama local, y los demás nos vamos quedando en los huesos de alimentarnos solo de sémola y café. La gente caminaba más deprisa por la calle, con las miradas a la altura de las ventanas de la fábrica enrojecidas por el sol. Nadie miraba al suelo. Sus ojos estaban clavados en las ventanas de la fábrica de paredes de hiedra, que relucían bajo el sol. Los niños corrían por delante, mirando también hacia las ventanas.

Un hombre entró en la casa y llegó hasta la cocina. Encontró una silla y se la acercó de un tirón. Se sentó junto a Will, con la cabeza un poco ladeada, y apoyó una mano en el respaldo de su silla. Se fijó en que Will Thompson comía sémola y jamón. «¿De dónde has sacado ese jamón, Will? ¡Dios, qué buena pinta tiene!», pensó sin llegar a decirlo.

—Han traído guardias de paisano desde Piedmont, Will.

—¿Cuándo te has enterado, Mac?

Se tragó el jamón sin masticarlo.

—Los vi llegar. Acababa de levantarme, me asomé a la ventana y vi tres coches que se dirigían a la parte de atrás de la fábrica. A esos cabrones de Piedmont se les reconoce a kilómetros de distancia.

Will se levantó y fue a la parte delantera de la casa. Mac le siguió, lanzando una mirada rápida a las chicas al salir. Se les oyó hablar en la habitación, donde Pluto seguía durmiendo sentado en una silla.

Griselda empezó a fregar los platos. Ninguna de ellas había probado bocado. Pero bebieron café mientras fregaban los platos deprisa. No había tiempo que perder. Tenían que apresurarse.

—Deberíamos volver a casa, pero prefiero quedarme —dijo Griselda.

—Vamos a quedarnos —dijo Darling Jill.

—Buck puede aparecer en cualquier momento.

—Vendrá, seguro —dijo Rosamond—. No podemos impedirlo.

—Lo siento —dijo Griselda.

No hizo falta que diera más explicaciones para que todos supieran a qué se refería.

—Preferiría que no lo sintieras. Preferiría que no lo dijeras. Preferiría que no lo

sintieras.

—No pasa nada, Griselda —intervino Darling Jill—. Conozco a Rosamond mejor que tú. No pasa nada, no te lo tomes a mal.

—Pero si Buck se entera de lo que ha pasado, matará a Will —dijo Rosamond—. Eso es lo único que siento. No sé qué haré sin Will. Pero sé que Buck lo matará. De eso estoy segura. Nadie podrá impedirlo cuando se entere.

—Pero alguna cosa tendremos que hacer, ¿verdad? —repuso Griselda—. No permitiré que suceda. Sería espantoso.

—No sé qué podríamos hacer. Me temo que Pluto contará algo cuando vuelva.

—Yo me ocuparé de él —prometió Darling Jill.

—Pero una nunca sabe qué puede pasar. Si Buck le pregunta, se lo leerá en la cara. Pluto no sabe ocultar nada.

—Hablaré con él antes de volver. Cuando se lo haya explicado, tendrá más cuidado.

Fueron a la parte delantera. Pluto seguía durmiendo; Will y Mac se habían marchado. Se arreglaron rápidamente.

—Dejad dormir a Pluto —dijo Darling Jill.

Griselda se puso ropa de Rosamond. Conservaba sus propias zapatillas. El vestido de Rosamond le quedaba bien. Ambas se pararon a admirarlo.

—¿Adónde ha ido Will? —preguntó Darling Jill.

—A la fábrica.

—Tenemos que darnos prisa. Van a ponerla en marcha.

—Son casi las ocho. No tardarán mucho. No podemos esperar más.

Salieron a la carrera de la casa, una detrás de otra. Corrieron por la calle hacia la fábrica de paredes de hiedra, intentando no perderse entre la multitud. Las miradas de todo el mundo estaban fijadas en las ventanas sobre las que se reflejaba rojizo el sol.

—Buck le matará —dijo Griselda sin aliento.

—Lo sé —dijo Rosamond—. No podemos impedirselo.

—Pues entonces también tendrá que matarme a mí —gritó Darling Jill—. Cuando apunte a Will, yo seré la primera en caer. Prefiero morir con Will a vivir después de que Buck lo mate. Tendrá que pegarme un tiro a mí también.

—¡Mirad! —gritó Rosamond señalando hacia delante.

Se detuvieron y alzaron las cabezas por encima de la multitud. Los hombres se reunían alrededor de la valla de la empresa. Espantaron a las tres ovejas bien cebadas que llevaban dieciocho meses pastando en el prado. Levantaron la valla, con sus postes de hierro, sus bases de cemento, la alambrada y la tela metálica de acero.

—¿Dónde está Will? —gritó Griselda—. ¡Decidme dónde está!

Diecisiete

—¡Ahí van! —dijo Rosamond, aferrando los brazos de su hermana y de Griselda—. ¡Will está delante de la puerta!

Alrededor de ellas, las demás mujeres gritaban histéricas. Tras dieciocho meses de espera, parecía que por fin volvería a haber trabajo en la fábrica. Las mujeres y los niños empujaban con más fuerza que el agua embalsada del Horse Creek, y se apretaban contra los hombres ante la puerta de la fábrica. Algunos de los niños mayores se habían subido a los árboles y, colgados de las ramas por encima de la multitud, gritaban a sus padres y hermanos.

—No puedo creer lo que estoy viendo —dijo una mujer a su lado. Había dejado de llorar el tiempo preciso para hacer el comentario, luego siguió sollozando.

Por todas partes, las mujeres y las chicas lloraban de alegría. Cuando los hombres habían dicho que iban a ocupar la fábrica, conectar la energía y ponerla en marcha, ellas se habían asustado; pero ahora, ahora, cuando se apretaban contra la fábrica, parecía que todo iba a hacerse realidad. En el patio de la fábrica, ellas eran ahora las chicas de ojos vivaces del valle, con pechos turgentes; si las vieran tras las ventanas de la fábrica parecerían flores de maravillas.

—¡Está abierta! —gritó alguien.

Como una ola inesperada, los cuerpos se desplazaron, y Rosamond, Darling Jill y Griselda se vieron arrastradas hacia delante con la masa.

—Ahora tendremos algo que comer que no sea tocino rancio y la harina de la Cruz Roja —dijo en voz baja una mujer pequeña que apretaba los puños junto a ellas—. Nos estábamos muriendo de hambre, pero se acabó. Los hombres van a volver a trabajar.

La masa de hombres ya entraba en tropel por las puertas abiertas. Avanzaban callados, dando puñetazos a las puertas estrechas y empujándolas con los músculos, irritados porque eran tan angostas que no podían pasar más rápido. Las ventanas de la planta baja se iban abriendo. Desde fuera, la multitud de mujeres y niños seguía el avance de los hombres a medida que abrían las ventanas una tras otra. Antes de que acabaran con todas las de la planta baja, algunas de la primera se inclinaron de golpe.

—Ahí están —dijo Rosamond—. ¿Dónde estará Will?

Alguien había dicho que la empresa había contratado a quince guardias más, que estaban ya en la fábrica. Los nuevos guardias habían llegado esa mañana de Piedmont.

La fábrica entera fue ocupada. Las ventanas de la tercera y la cuarta planta se abrían ya. Algunos hombres recorrían todas las ventanas, se arrancaban las camisas y las arrojaban al suelo. Los hombres del valle, al volver al trabajo después del prolongado paro, se quitaban las camisas y las tiraban por las ventanas. El prado, donde las tres ovejas bien cebadas de la empresa habían pastado durante dieciocho meses, se iba cubriendo de camisas. Los hombres de las dos plantas superiores

arrojaban ya las suyas, que se amontonaban ya hasta las rodillas sobre el césped.

—¡Chissst! —El susurro recorrió la multitud de mujeres y chicas y niños que gritaban desde los árboles.

Era el momento de conectar la energía. Todo el mundo anhelaba oír el primer zumbido concertado de las máquinas dentro del edificio de paredes de hiedra.

—¿Dónde estará Will? —dijo Rosamond.

—No lo he visto en ninguna ventana todavía —dijo Griselda—. Lo he estado buscando.

Darling Jill se puso de puntillas y estiró el cuello para mirar por encima de las cabezas. Agarró el brazo de Rosamond y señaló a una de las ventanas de arriba.

—¡Mira! ¡Ahí está Will! ¿Lo ves en esa ventana?

—¿Qué hace?

—Se ha arrancado la camisa y la está haciendo jirones —gritó Rosamond.

Se quedaron de puntillas para ver mejor a Will antes de que se apartara de la ventana.

—¡Es Will! —gritó Griselda.

—¡Will! —le llamó Darling Jill, gritando con todas sus fuerzas para que la oyera por encima del ruido—. ¡Will! ¡Will!

Por un instante creyeron que la había oído. Will se detuvo, se inclinó y se asomó cuanto pudo por la ventana como si buscara a alguien entre la multitud que se apelotonaba abajo. Tras un último desgarrón, destrozó la tela en las manos y la lanzó hacia la gente. Las mujeres más próximas a la fábrica levantaron los brazos y forcejearon por los pedazos de tela. Las que atrapaban jirones al vuelo los apartaban rápidamente de las manos de las otras, que también los querían.

Rosamond, Darling Jill y Griselda no pudieron acercarse lo bastante para pelear por la camisa desgarrada de Will. Tuvieron que quedarse donde estaban viéndola desaparecer en otras manos.

—¡Queremos oír las máquinas, Will Thompson! —gritó una mujer nerviosa.

—¡Da la energía, Jim Thompson! —le gritó otra chica.

Él se dio la vuelta y desapareció. Abajo, la multitud se quedó tan silenciosa como lo había estado el patio vacío de la fábrica antes de que entraran. Esperaron a oír el primer zumbido de las máquinas.

El corazón le latía desbocado a Rosamond. La multitud pedía a Will que conectara la energía. Por aclamación lo habían reconocido como líder. A ella le hubiera gustado elevarse sobre la estridente masa de mujeres y gritar que Will Thompson era su marido. Quería que cuantos la rodeaban supieran que Will Thompson era su Will.

A través de los cristales inclinados de las ventanas, las mujeres veían a los hombres en sus puestos, esperando a que las ruedas giraran. Ellos gritaban tan alto que se les oía desde abajo y sus espaldas desnudas brillaban bajo el sol naciente tanto como las hileras de casas amarillas de la empresa a primera hora de la mañana.

—¡Está en marcha! —gritó alguien—. ¡Han conectado la energía!

—Will la ha puesto en marcha —exclamó Griselda, bailando de alegría. Estaba al borde de las lágrimas otra vez—. ¡Ha sido Will! ¡Fue Will! ¡Will ha conectado la energía!

Todos estaban demasiado alterados para hablar con coherencia. Saltaban de puntillas intentando ver por encima de las cabezas de los demás. Los hombres corrían a las ventanas y agitaban los puños al aire. Algunos se reían, otros maldecían, y otros se habían quedado quietos, como aturdidos. Cuando las máquinas se pusieron en marcha, corrieron a situarse en sus puestos de siempre junto a los telares.

Inesperadamente, en la punta oriental de la fábrica se oyeron unas pequeñas explosiones. Parecían petardos. El rugido de las máquinas casi las había ahogado, pero aun así se oyeron.

Todo el mundo volvió las cabezas hacia el extremo oriental de la fábrica. Era allí donde estaba el cuarto desde donde se conectaba la energía.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Griselda aferrándose a Rosamond.

Rosamond parecía un fantasma. Tenía el rostro macilento y blanquecino y los labios pálidos se le habían resecaído como el algodón.

Las demás mujeres empezaron a murmurar nerviosas. Hablaban en susurros, en voz tan baja que no se les oía.

—¡Rosamond! ¿Qué ha sido eso? —gritó frenética Griselda—. ¡Rosamond, respóndeme!

—No lo sé —murmuró.

Darling Jill se estremecía al lado de su hermana. Una oleada de latidos convulsos le recorrió el corazón y la cabeza. Se apoyó con fuerza en Griselda para no caerse.

Un hombre de las plantas intermedias corrió a una ventana, agitó el puño en el aire y empezó a maldecir y gritar. Las mujeres veían que le goteaba sangre caliente por las comisuras de los labios que se derramaba sobre el pecho desnudo. Alzaba los puños al aire, gritando al cielo.

Al poco, otros corrieron nerviosos a las ventanas y miraron hacia la multitud de esposas y hermanas reunidas abajo, y también maldecían y gritaban agitando los puños.

—¿Qué pasa? —gritó una mujer—. ¿Qué ha pasado? ¡Dios mío, ayúdanos!

Las ventanas se llenaron de hombres con el pecho desnudo que maldecían y miraban las caras de las mujeres y las chicas.

De repente cesó el ruido en la fábrica. La maquinaria giró por última vez y se paró. No se oía nada por ninguna parte, ni siquiera entre la multitud abajo. Las mujeres se miraban impotentes unas a otras.

Primero apareció un hombre solo en las grandes puertas dobles de abajo, con el pecho descubierto resplandeciendo bajo el sol. Salió despacio, intentando cerrar las manos, pero parecía haber perdido la fuerza en los puños para mantenerlos apretados. Otro hombre le siguió, luego dos más, y por fin fueron saliendo todos. La puerta se

llenó de hombres que salían despacio y se iban deteniendo en la escalera, donde el sol teñía sus espaldas pálidas de destellos que parecían sangre clara.

—¿Qué ha pasado? —gritó una mujer—. Decidnos qué ha pasado.

Desde donde estaban, Rosamond, Darling Jill y Griselda no oían lo que respondían los hombres con voces débiles. Se pusieron de puntillas, aferrándose unas a otras, esperando ver a Will y que él les explicara qué había pasado.

Cerca de ellas, una mujer empezó a chillar, y Griselda se estremeció de arriba abajo. El dolor de aquellos chillidos la hizo llorar.

Empujando, se abrieron paso hacia los hombres que salían de la fábrica. Griselda se agarraba a Rosamond, Darling Jill a Griselda. Avanzaban muy despacio, empujando frenéticamente a la multitud hacia los hombres que salían también despacio de la fábrica.

—¿Dónde está Will? —gritaba Griselda.

Un hombre se dio la vuelta y las miró. Se acercó y se dirigió a las tres.

—Tú eres la mujer de Will Thompson, ¿verdad?

—¿Dónde está? —gritó Rosamond, arrojándose sobre el pecho desnudo del hombre.

—Le han disparado.

—¿Quién le ha disparado?

—¡Will! ¡Will! ¡Will!

—Esos guardias de Piedmont le han disparado.

—¡Dios mío!

—¿Está malherido?

—Está muerto.

Eso fue todo. No había nada más que decir.

Las mujeres y las jovencitas que tenían detrás se quedaron en silencio, como si hubieran caído en un profundo sopor. Luego se acercaron para sostener a la viuda y a las cuñadas de Will Thompson.

Salieron más hombres en fila y subieron lentamente la colina hacia las largas hileras de casas amarillas; los músculos de sus espaldas colgaban flácidos como si les hubieran cortado los tendones bajo la piel. Había un hombre con los labios ensangrentados. Escupió al polvo amarillo bajo sus pies. Otro hombre tosió y la sangre rezumó por las comisuras de la boca que apretaba con fuerza. Espató en el polvo amarillo de Carolina.

Las mujeres empezaron a marcharse, se pusieron al lado de los hombres y caminaron junto a ellos colina arriba, hacia las largas hileras de casas amarillas. Había lágrimas en los ojos de las chicas preciosas que volvían a casa con sus amantes. Eran las chicas del valle, las de pechos turgentes y caras que parecían flores de maravillas cuando se asomaban a las ventanas de la fábrica de paredes de hiedra.

Cuando Griselda y Darling Jill se volvieron para abrazar a Rosamond, esta se había alejado. Había salido corriendo hacia la puerta de la fábrica. Se había

desplomado al lado del edificio y se aferraba a la hiedra que crecía hermosa.

Ellas corrieron a su lado.

—¡Will! —chillaba frenéticamente Rosamond—. ¡Will! ¡Will!

La abrazaron y la levantaron.

Varios hombres salieron por la puerta y esperaron. Luego salieron otros, más despacio, llevando el cuerpo de Will Thompson. Intentaron apartar a su esposa y a sus cuñadas, pero ellas se acercaron a verlo.

—¡Está muerto! —dijo Rosamond.

No se había dado cuenta de que había muerto hasta que vio su cadáver flácido. Todavía no podía creer que nunca volvería a la vida. No podía creer que nunca más viviría.

Los hombres de delante llevaron a Rosamond, Darling Jill y Griselda colina arriba, hacia las largas hileras de casas amarillas de la empresa, abrazándolas y sosteniéndolas. Las espaldas desnudas y los brazos que rodeaban a la esposa y las cuñadas de Will Thompson eran fuertes.

Cuando llegaron delante de la casa, dejaron el cuerpo en la calle hasta que se preparara un lugar donde depositarlo. Los hombres condujeron a las tres mujeres dentro. Otras mujeres de las casas amarillas de la calle se acercaron corriendo a ayudar.

—No sé qué vamos a hacer ahora —dijo un hombre—. Will Thompson ya no está con nosotros.

Otro hombre miró hacia la fábrica de paredes de hiedra.

—Will les daba miedo —dijo—. Sabían que tenía las agallas para resistir. No creo que sirva de nada seguir la lucha sin él. Ahora intentarán poner en marcha la fábrica y obligarnos a cobrar un dólar diez. Si Will Thompson estuviera aquí, no lo aceptaríamos. Will Thompson les haría frente.

Llevaron el cuerpo al porche y lo colocaron bajo la sombra del tejado. Tenía el pecho desnudo, pero no se veían los tres orificios en los que se resecaba la sangre.

—Démosle la vuelta —dijo alguien—. Todo el mundo tiene que saber que esos hijos de puta dispararon a Will Thompson por la espalda.

—Lo enterraremos mañana. Y todos los vecinos de Scottsville asistirán al funeral. Todos menos esos hijos de puta.

—¿Y qué va a hacer su esposa? Se ha quedado sola.

—Nosotros nos ocuparemos de que nada le falte, si ella quiere. Es la viuda de Will Thompson.

Llegó una ambulancia y aquellos hombres fuertes de espaldas desnudas levantaron el cadáver del porche y lo sacaron a la calle. Las tres mujeres de la casa salieron a la puerta y, abrazadas, contemplaron cómo lo introducían en la ambulancia. Ahora era Will Thompson. Perteneía a esos hombres de espaldas desnudas y labios ensangrentados. Ahora pertenecía a Horse Creek Valley. Ya no era suyo. Era Will Thompson.

Las tres mujeres se quedaron en la puerta viendo como se alejaba la parte de atrás de la ambulancia, que se encaminó despacio hacia la funeraria. Prepararían el cadáver para el entierro y al día siguiente se celebraría un funeral en el cementerio que se extendía sobre la colina que dominaba Horse Creek Valley. Los hombres de labios ensangrentados que le bajarían a la tumba volverían algún día a la fábrica a cardar, hilar, tejer y teñir. Los pulmones de Will Thompson no se llenarían de borra nunca más.

En la casa, uno de los hombres le explicaba a Pluto cómo habían asesinado a Will. Pluto estaba más asustado que nunca. Hasta ese momento, Scottsville solo le daba miedo por la noche, pero ahora también le asustaba de día. En el valle asesinaban a los hombres a plena luz del día. Quería convencer a Darling Jill y a Griselda de que volvieran a Marion inmediatamente. Sabía que no pegaría ojo si pasaba una noche más en la casa amarilla. El hombre de pecho desnudo estaba sentado en la habitación con Pluto y le hablaba de la fábrica, pero Pluto había dejado de escucharle. Ese hombre había empezado a asustarle, tenía miedo de que, de repente, apareciera una navaja en su mano y le degollara de oreja a oreja. Sabía que en aquel pueblo estaba fuera de su ambiente. Tenía que volver al campo, a su casa, a Marion, en cuanto pudiera. Se juró que, si regresaba sano y salvo esta vez, nunca más saldría de allí.

Avanzada la tarde, algunas mujeres de las casas amarillas de la calle prepararon la primera comida que ellos ingerían ese día. Will había desayunado a primera hora de la mañana, pero los demás no. Al haberse perdido dos comidas, Pluto estaba muerto de hambre. No había tenido tanta hambre en su vida. En casa, en Marion, nunca había pasado hambre por falta de comida. Olió la comida que cocinaban y el café que hervía a través de las puertas abiertas y no pudo quedarse quieto. Se levantó y se acercó a la puerta cuando una de las mujeres salía ya a llamarlo para que fuera a la cocina. En el recibidor volvió a entrarle miedo y habría retrocedido, pero la mujer le agarró del brazo y le condujo a la cocina.

Entró Darling Jill y se sentó a su lado. Entonces se sintió mucho más seguro. No sabía por qué, pero junto a ella se sentía como si hubiera encontrado cobijo en un país extranjero. Darling Jill comió muy poco y cuando acabó, siguió sentada a su lado.

Más tarde, Pluto se atrevió a preguntarle a Darling Jill cuándo volverían a Georgia.

—Mañana, en cuanto haya terminado el funeral —dijo.

—¿Y no podemos salir ahora?

—Por supuesto que no.

—Pueden enterrar perfectamente a Will sin nosotros —sugirió—. Lo harán muy bien. Me gustaría volver a casa ahora mismo, Darling Jill. No me siento seguro en Scottsville.

—Calla, Pluto. No seas tan niño.

Él guardó silencio. Darling Jill le tomó de la mano y le llevó a una de las

habitaciones a oscuras al otro lado del vestíbulo. Pluto se sentía igual que hacía muchos años, cuando de niño se aferraba a la mano de su madre en una noche oscura.

Desde el otro lado de las ventanas le llegaban los sonidos del pueblo del valle, todos sus extraños ruidos, sus voces desconocidas. Se alegraba que la luz de las farolas brillara entre las hojas de los árboles e iluminara parte de la habitación. Ese poco de luz le tranquilizaba y ya no tenía tanto miedo como antes. Si alguien se acercaba a la ventana y saltaba dentro para cortarle el cuello de oreja a oreja, lo vería antes de sentir la hoja del cuchillo bajo la barbilla.

Darling Jill le había llevado a la cama y le había obligado a tumbarse. Soltó a desgana su mano, pero cuando vio que ella iba a acostarse a su lado, se le pasó todo el miedo. El valle seguía ahí, y también aquel extraño pueblo de la fábrica, pero tenía a Darling Jill acostada al lado, cogiéndole de la mano, y podía cerrar los ojos sin temor.

Justo antes de que ambos se quedaran dormidos, sintió sus brazos alrededor del cuello. Se volvió hacia ella y la abrazó con fuerza. Y entonces ya no hubo nada que temer.

Dieciocho

Cuando llegaron a casa avanzada la tarde, Ty Ty los estaba esperando en el porche delantero. Se levantó al reconocer el coche de Pluto y cruzó el patio para recibirlos antes de que parara el automóvil.

—¿En qué maldito rincón del infierno habéis estado estos dos días? —preguntó con irritación—. Los chicos y yo estamos a punto de morirnos de hambre sin una mujer que cocine. Hemos comido, sí, pero un hombre no puede alimentarse como es debido comiendo cualquier cosa. Sin platos bien cocinados por una mujer no estamos a gusto. Chicos, me habéis sacado de quicio.

Pluto estaba a punto de explicar por qué no habían vuelto antes, pero Darling Jill le hizo callar.

—¿Dónde está Will Thompson? —preguntó Ty Ty—. ¿Ha venido con vosotros ese inútil total de Will Thompson? No lo veo en el coche.

—Calla, papá —dijo Griselda, que se echó a llorar.

—Nunca había visto locas como vosotras. ¿Por qué no voy a poder preguntar por Will? Solo he hecho una pregunta y todas os ponéis a llorar. Que me parta un rayo si he visto nada parecido en mi vida.

—Will ya no está con nosotros —dijo Griselda.

—Pero ¿por quién coño me tomas? ¿No te parece que ya veo que no está?

—A Will le dispararon ayer por la mañana.

—¿Cómo que le dispararon? ¿Con qué...?

—Le asesinaron con una pistola, papá —dijo Darling Jill—. Lo hemos enterrado esta tarde en el valle. Está muerto y enterrado.

Ty Ty se quedó sin palabras por un momento. Se apoyó en el coche y fue revisando cara por cara. Cuando vio la de Rosamond, supo que era verdad.

—No, no estás hablando de Will Thompson —dijo Ty Ty—. ¡No de nuestro Will! ¡Decidme que no!

—Es la verdad, papá. Will está muerto y enterrado en Horse Creek Valley.

—Los follones en la fábrica, seguro, me apuesto lo que sea. O, si no, por una mujer.

Rosamond se apeó y entró corriendo en la casa. Los demás se bajaron despacio y miraron con cierta extrañeza los edificios bajo el crepúsculo. Pluto no sabía si quedarse o volver inmediatamente a su casa.

Ty Ty mandó a Darling Jill a la cocina a preparar la cena sin perder tiempo.

—Tú te quedas aquí y me cuentas qué le pasó a Will Thompson —le dijo a Griselda—. Tengo que saber cómo murió nuestro Will. Will era uno más de la familia.

Dejaron a Pluto sentado en el estribo de su coche y atravesaron el patio hasta la escalera delanteras. Ty Ty se sentó y esperó a que Griselda le contara lo de Will. Ella todavía lloraba.

—¿Le dispararon por allanar la propiedad de la empresa, Griselda?

—Sí, papá. Todos los hombres de Scottsville entraron en la fábrica e intentaron ponerla en marcha. Will fue uno de los que conectó la energía.

—Vaya, ¿así que era a eso a lo que se refería siempre cuando decía que iba a conectar la energía? Nunca acabé de entenderlo. ¡Y fue nuestro Will!

—Un grupo de policías de Piedmont le disparó cuando la conectó.

Ty Ty guardó silencio unos minutos. Bajo el crepúsculo grisáceo contempló sus tierras hasta los lindes. Veía cada montón de tierra que había excavado, cada profundo agujero que había abierto. Y, más allá, el campo despejado al otro lado del bosque, donde estaba la parcela de Dios. Sin saber por qué, le entraron ganas de aproximarla a la casa, de tenerla cerca a todas horas. Se sentía culpable de algo —tal vez de sacrilegio o profanación—, lo que fuera, sabía que no había jugado limpio con Dios. Ahora deseaba traer la parcela de Dios al lugar que le correspondía, junto a la casa, donde pudiera verla a todas horas. Le quedaban pocas razones para vivir en el mundo, y cuando los hombres morían, solo hallaban consuelo en su amor a Dios. Así que trajo la parcela de Dios desde las lindes de la finca y la situó bajo sus pies. Se prometió mantenerla allí hasta su muerte.

Ty Ty no hizo ningún elogio fúnebre de Will Thompson. Will nunca les ayudó a buscar el oro. Se reía de ellos cuando Ty Ty le pedía que les echara una mano. Decía que era una tontería buscar oro donde no lo había. Ty Ty sabía que había oro en la tierra y siempre le había irritado que Will se riera de sus esfuerzos por encontrarlo. Will siempre había preferido volver a Horse Creek Valley.

—A veces me habría gustado que Will se hubiera quedado a ayudarnos, y a veces me alegraba de que se fuera. Me parece que las fábricas de algodón le volvían loco y no podía fingir que era un granjero. A lo mejor Dios creó a dos tipos de hombres. Aunque antes no pensaba así, ahora me parece que Dios creó a un hombre para trabajar la tierra y a otro para trabajar con máquinas. Supongo que hice el idiota al intentar despertar el interés de Will Thompson por la tierra. Siempre estaba hablando de hilar y de tejer, y de lo bonitas que eran las chicas y del hambre que pasaban los hombres en el valle. Y yo no siempre entendía de qué hablaba, pero a veces sentía algo dentro de mí que me decía que cuanto contaba era verdad. Se sentaba aquí y me contaba lo fuertes que eran los hombres del valle de jóvenes y cómo se debilitaban con los años de tanto respirar la borra de algodón, que se les metía en los pulmones, hasta que morían con sangre en los labios. Y me contaba lo bonitas que eran las chicas de jóvenes y cómo el hambre les causaba pelagra que las ajaba y envejecía. Pero eso le daba igual, la tierra no le gustaba. Era un hombre de Horse Creek Valley.

Griselda colocó su mano entre las de Ty Ty. Este se la cogió con torpeza, sin saber por qué quería que la tocara.

—Will y tú no erais tan distintos —dijo en voz baja.

—¿Cómo que no? Me parece que acabo de contarte cuánto nos separaba. Will era un hombre de fábrica y yo soy un hombre de tierra.

—Will y tú sois los dos únicos hombres que he conocido que me habéis tratado como me gusta que me traten.

—A ver, un momento, Griselda. Me parece que estás un poco alterada después de ver cómo mataban a Will en el valle. No te tomes tan a pecho lo de Will. En este mundo todos morimos, tarde o temprano, y Will murió temprano. Esa es la única diferencia.

—Will y tú erais hombres de verdad, papá.

—¿Y ahora qué maldito infierno quieres decir con eso? No le veo ni pies ni cabeza.

Griselda dejó de llorar para hablar con Ty Ty. Le apretó más las manos y apoyó la cabeza en su hombro.

—Te acuerdas de lo que decías a veces de mí... tú lo decías y yo te pedía que te callaras... y tú nunca callabas. A eso me refiero.

—Bueno, no sé. No me acuerdo muy bien.

—Claro que te acuerdas: lo de las cosas que un hombre querría hacer al verme.

—Sí, lo recuerdo. Me parece que te entiendo.

—Will y tú erais los dos únicos hombres que me hablabais así, papá. Todos los demás que he conocido eran demasiado... no sé cómo decirlo... no parecían lo bastante hombres para tener ese sentimiento, eran corrientes, como los demás. Pero Will y tú no.

—Creo que te entiendo.

—Una mujer no puede amar de verdad a un hombre que no sea así. Hay algo..., algo que hace que todo sea diferente, no se trata de que te guste que te besen y cosas así, la mayoría de los hombres creen que con eso basta. Y Will dijo que lo quería hacer, como lo habías dicho tú. Y no tenía miedo. A otros hombres les asusta decir cosas así, o puede que no sean lo bastante hombres para querer hacerlas. Will... Will me arrancó la ropa, la hizo jirones y dijo que iba a hacerlo. Y lo hizo, papá. Antes yo no sabía si quería que lo hiciera, pero después estaba completamente segura. Cuando le han hecho eso a una mujer, papá, ya nunca será la misma. Es como si la abriera, no sé cómo decirlo. No podría amar de verdad a ningún otro hombre a no ser que me hiciera lo mismo. Supongo que si no lo hubieran matado, me habría quedado allí. No podría haberle dejado después de aquello. Yo habría sido como uno de esos perros que te ama y te sigue a todas partes sin importarle lo mezquino que seas con él. Me habría quedado con Will el resto de mi vida. Porque cuando un hombre le hace eso a una mujer, papá, el amor que surge es tan poderoso que nada en el mundo puede impedirlo. Debe de ser el Dios que hay en la gente el que hace esas cosas. Es algo grande. Y ahora yo lo tengo.

Ty Ty le dio unas palmaditas en la mano. No se le ocurría nada que decir porque ahí mismo, a su lado, se sentaba una mujer que conocía tan bien como él el secreto de la vida. Al cabo de un rato respiró hondo y le apartó la cabeza de su hombro.

—Intenta seguir como puedas con Buck, Griselda. Es posible que llegue a ser así

cuando madure. No es tan mayor como Will y todavía no ha tenido tiempo para aprender cosas que ya debería saber. Ayúdale cuanto puedas. Es mi hijo y quiero que te conserve. Ni una de cada diez mil chicas te llega a los talones. Si le dejas no encontrará una esposa tan buena como tú en su vida.

—Él nunca aprenderá, papá. Buck no es como Will ni como tú. Un hombre tiene que nacer así.

Ty Ty se levantó.

—Es una pena que las personas no nazcan con tanto sentido común como los perros.

Griselda apoyó la mano en el brazo de Ty Ty y se puso en pie. Se quedó a su lado tambaleándose hasta recuperar el equilibrio.

—El problema es que la gente se engaña creyendo que no es como la hizo Dios. Vas a la iglesia y un predicador te cuenta cosas que, en lo más hondo de tu corazón, sabes que no son ciertas. Pero la mayoría de la gente está tan muerta por dentro que se lo cree e intenta que todos los demás vivan así. Deberíamos vivir tal y como Dios nos hizo; vivir como intuimos cuando nos sentamos a solas y sentimos lo que hay dentro de nosotros. Es un sentimiento. Alguna gente dice que hay que hacer caso a lo que nos dicta la cabeza, pero se equivoca. La cabeza te da sentido común para tratar con gente cuando hay que cerrar una venta y cosas así, pero no puede sentir por ti. Las personas tienen que sentir por sí mismas, del modo que Dios les hizo sentir. Es la gente que deja que la guíe su cabeza la que complica la vida. Tu cabeza no puede imponerte que ames a un hombre si tú no sientes que le quieres. El sentimiento tiene que estar dentro de ti, un sentimiento como el que teníais Will y tú.

Ty Ty se acercó al borde del porche y alzó la mirada hacia las estrellas. Ella esperó a su lado hasta que él quiso irse.

—Más vale que entremos y veamos cómo va la cena —dijo Ty Ty.

Pasaron por el vestíbulo a oscuras, entre el aroma que despedía el café recién molido. Cerca de la cocina olieron el jamón que estaban friendo.

Ambos entraron en la iluminada cocina donde estaban todos y Buck miró a Griselda desde su silla detrás de la puerta entornada. Ella tuvo que girar un poco la cabeza y los hombros para verlo. La mirada de Buck era hosca.

—Tengo entendido que si no lo hubieran matado, te habrías quedado allí, ¿es así?

A punto estuvo de gritarle que sí, lo tenía ya en la punta de la lengua, pero se mordió los labios y no respondió nada en ese momento.

—Hicisteis buenas migas, ¿no?

—Por favor, Buck —le rogó Griselda.

—Por favor ¿qué? ¿Es que no quieres hablar de eso?

—No hay nada de qué hablar. Y, además, tendrías que mostrar un poco de consideración con Rosamond.

Buck miró a Rosamond. Estaba de espaldas, dándole la vuelta al jamón sobre las planchas.

—¿Qué tengo yo de malo? ¿Por qué tenías que ir detrás de él? ¿Es que no soy lo bastante bueno para ti o qué?

—Por favor, Buck, ahora no.

—Si querías andar por ahí con las piernas abiertas, ¿por qué coño no elegiste a un hombre blanco con más clase? Ese hijo de perra no era más que un cabeza de borra. ¡Un cabeza de borra de Horse Creek Valley!

—Los hombres de verdad no viven en ningún sitio en especial —dijo Darling Jill—. Hay tantos en Horse Creek Valley como en The Hill, en Augusta, o en las granjas de Marion.

Buck se volvió y la miró de arriba abajo.

—Hablas como si también te la hubiera metido. Pero ¿qué coño pasó allí?

Ty Ty creyó que era el momento de intervenir antes de que las cosas se salieran de madre. Apoyó la mano en el hombro de Buck e intentó tranquilizarlo. Buck se quitó de encima la mano de su padre y arrastró la silla a otra parte de la habitación.

—A ver, hijo —dijo—, no te pongas como una fiera por nada.

—A la mierda con esa palabrería —gritó él—. No te metas en esto y deja de defender a Griselda.

Las chicas llevaron los platos de la cena al salón de al lado y los colocaron en la amplia mesa. Todos pasaron al comedor y se sentaron. Pero Buck estaba mucho de haber acabado. Así que simplemente trasladó la escena de una habitación a otra.

—Ve a buscar a Pluto, Darling Jill —dijo Ty Ty—. Si nadie lo llama, se quedará sentado en el patio toda la noche y no probará bocado.

Griselda se sentaba con la cabeza gacha y la mirada desviada. Esperaba que Buck no dijera nada más mientras Rosamond siguiera en la habitación. Le dolía que Buck hablara de Will delante de Rosamond, con el funeral todavía tan reciente.

Pluto volvió con Darling Jill y ocupó su sitio de siempre en la mesa. Percibía la tensión en el comedor y se cuidó de mantener la boca cerrada salvo cuando le hablaban. Temía que Buck le preguntara qué había pasado en Scottsville.

Ty Ty aprovechó un momento de silencio para cambiar de tema.

—Ayer vino un hombre a mirar cómo excavábamos y me dijo que me equivocaba de nombre, que lo que buscaba yo no era un filón. Dijo que él había buscado oro en el norte de Georgia, y que allí solo llamaban filón a una veta de oro incrustada en la roca. Dijo que lo que nosotros hacíamos era minería de placer, menudo nombrecito. Le contesté que, mientras encontráramos oro, me importaba un carajo cómo se llamara el método.

—Tenía razón —dijo Shaw—. En el instituto, los profesores me explicaron que en la minería de placer el oro se extrae separándolo de la tierra y la grava. Pero si se encuentra un filón de oro hay que volar la roca, triturarla y fundirla.

—Bueno, pues puede que tuviera razón, y tú también, hijo —dijo Ty Ty negando con la cabeza—, pero mi único deseo es encontrar un montón de oro. Ese será el billete de lotería que me solucionará la vida, y me importa un carajo el nombre con el

que le llames. Puedes llamarlo minería de filón o minería de placer, o como te apetezca, pero cuando tenga un buen montón de oro, sabré sin la menor duda que me ha tocado el premio.

—El hombre dijo que la única razón por la que podría haber pepitas por estas tierras es que hace mucho tiempo hubiera habido una inundación y que luego se hubiera cubierto de sedimentos.

—Ese tipo no tenía más idea de buscar oro en mi granja que una de esas mulas de ahí. Llevo casi quince años excavando y creo que si alguien sabe qué se trae entre manos, ese soy yo. Que diga lo que quiera, pero no le hagas el menor caso, hijo. Los hombres que hablan mucho lo único que consiguen es confundirte y al final uno ya no sabe si sube o si baja.

Buck se inclinó sobre la mesa.

—Creo que si ahora te tocara, dirías: «¡Ayy! No me toques, Buck. Me duele». — Miró fijamente a Griselda—. ¿Es que no sabes hablar? ¿Qué te pasa?

—Claro que sé hablar, Buck —le suplicó—; por favor, déjalo.

Pluto miraba con inquietud a Darling Jill. Temía el momento en que Buck le preguntara qué había pasado en Scottsville.

—Bueno, ahora está muerto —dijo Buck—, y ya no puedo hacer nada, no puedo hacerle nada. Pero si no hubiera muerto te aseguro que le haría algo que no olvidarías. Cogería esa escopeta colgada ahí y se la descargaría entera. Es una pena que solo se pueda matar una vez a un hombre. Me gustaría matarle tantas veces como balas pudiera comprar para dispararle.

Rosamond rompió a llorar. Dejó en la mesa el cuchillo y el tenedor y salió corriendo del comedor.

—¡Mira lo que has hecho! —dijo Darling Jill—. Deberías avergonzarte de ti mismo.

—Pues ni tú ni ella —dijo Buck, apuntando a Griselda con el tenedor—, ni tú ni ella parecéis muy avergonzadas de nada. Si yo fuera tu marido te encadenaría y te mataría a palos. Eres más zorra que una perra en celo.

—Cuidado, hijo —intervino Ty Ty—, es tu hermana.

—¿Y qué? Es una zorra, ¿no?, por más hermana que sea o deje de ser. Si fuera mi mujer la encadenaría o la mataría a palos.

—Si no eres bastante hombre para retener a tu mujer, deberías tener al menos la vergüenza de callarte —le espetó Darling Jill—. Deberías perderte donde nadie te viera.

—Siempre estamos con las mismas —dijo Ty Ty con tono cansado—, ¿es que no podemos ser un poco felices? Tendríamos que reflexionar todos sobre la vida y cómo vivirla. Dios no nos ha puesto aquí para que nos pasemos el día insultándonos y peleándonos. Si no nos amamos un poco más, la tristeza acabará conmigo cualquier día. Toda mi vida he procurado que mi familia viviera en paz bajo mi techo. Lo he procurado todos y cada uno de mis días, y ahora no voy a renunciar. ¿Por qué no

dejáis de pelearos y os reís un poco? Así me sentiría mucho mejor. La risa es el mejor remedio para las riñas y peleas.

—Me hablas como si fuera imbécil —dijo Buck asqueado.

—A lo mejor a ti te lo parece, Buck. Pero cuando uno lleva a Dios en su corazón, sabe que merece la pena esforzarse día y noche por vivir como es debido. Y no me refiero al Dios del que hablan en las iglesias, sino al que habita dentro del cuerpo. Yo lo siento dentro, muy dentro, porque Él me ayuda a vivir. Por eso aparté la parcela de Dios ahí, en la granja, cuando todavía era un joven que empezaba. Me gusta tener cerca algún sitio, algún lugar al que pueda ir, sentarme y sentir que Dios está ahí.

—Pues Él todavía no ha sacado un céntimo de tanto amor —dijo Shaw riéndose un poco.

—Chicos, no lo entendéis. No importa nada que saque o no beneficio de la parcela de Dios para dárselo a la iglesia y al predicador, lo que cuenta es que he puesto esa parcela ahí en Su nombre. Parece que solo pensáis en cosas que podéis ver y tocar, y eso, os lo digo yo, no es vivir. Las cosas que importan son las que uno siente dentro, para eso se creó la vida. Es verdad, como dices, que Dios no ha sacado un céntimo de esa parcela de tierra, pero lo que cuenta es el hecho de que yo reservara una parcela para Dios. Ese es el signo de que Dios está en mi corazón. Él sabe que no me estoy haciendo rico aquí abajo, pero a Él no le interesa el dinero. Lo que Le importa es el hecho de que Le haya reservado un pedazo de mi tierra para demostrarle que llevo una parte de Él dentro de mí.

—Entonces, ¿por qué no vas más a la iglesia? —preguntó Shaw—. Si crees tanto en Dios, ¿por qué no vas más a menudo?

—No eres justo haciéndome esa pregunta, hijo. Tú sabes muy bien lo cansado que estoy cuando llega el domingo después de pasarme toda la semana cavando en los agujeros. Y además, Dios no me echa de menos allí. Sabe por qué no puedo ir. He hablado con Él sobre estas cosas durante toda mi vida, y está al tanto de todo.

—Pero ¿qué tiene esto que ver con ella? —preguntó Buck, señalando con el tenedor a Griselda—. Yo estaba hablando de ella hasta que me has interrumpido con ese rollo.

—Nada que ver, hijo; no tiene absolutamente nada que ver con ella. Ella ya sabe qué quiero decir. Estaba hablando para vosotros, para que aprendierais un poco más sobre la vida. Si yo fuera tú, hijo, cuando me vaya a la cama esta noche, me arrodillaría en la oscuridad y hablaría con Dios de todo esto. Solo Él puede decirte ciertas cosas, nadie más, y tal vez te explique cómo debes comportarte con Griselda. Te lo dirá, seguro, solo tienes que tomarte la molestia y dedicar el tiempo necesario para escuchar, porque si hay algo en el mundo que Le entusiasma es ver a un hombre y a una mujer enamorados. Porque entonces sabe que el mundo gira tan suave como la seda.

Diecinueve

Ty Ty se quedó levantado hasta tarde hablando con Buck. Sabía que era su deber convencer a sus hijos de que la vida era algo más profundo que la superficie que ellos veían. Las chicas parecían darse cuenta, pero sus hijos no. Ya tendría tiempo más adelante para hablar con Shaw, así que dedicó toda su atención a Buck por el bien de Griselda. A Buck no le gustaba lo que oía e, irritado, se comportaba como si no quisiera saber nada.

—¿Es que no lo entendéis? —dijo Ty Ty, dejando caer las manos a los costados—. Parece que pensáis que si tenéis un poco de dinero que gastar y un impermeable nuevo o cualquier tontería por el estilo y la barriga bien llena de asado ya no hay nada más de que preocuparse. Ojalá os lo supiera explicar. Es peliagudo porque no sé utilizar muy bien las palabras y, como no sé, me cuesta explicarlo porque es algo que uno tiene que sentir. Es como decía aquel tipo: «o lo tienes o no lo tienes, y no hay más vueltas». Vosotros, chicos, parece que no lo tenéis. Daos un paseo por ahí solos alguna vez y pensadlo un poco, y a lo mejor lo comprendéis. No sé qué más deciros.

—No entiendo ni una puta palabra —intervino Buck—, pero si te refieres a lo que tiene Griselda, pues yo no lo quiero. Ella fue a Horse Creek Valley y sí, volvió llena de algo. Y si quieres que te diga lo que pienso, de lo que se llenó fue de Will Thompson. ¡Ese cabeza de borra!

—Will Thompson era un hombre de verdad —dijo Darling Jill.

—Así que un hombre de verdad, ¿eh? Y a ti también te dio lo tuyo, ¿verdad? Fue una sorpresa que volvieras tan decidida a casarte con Pluto Swint así, de repente. ¿Qué pasaría ahora si él no quisiera casarse?

—Da igual, Will era un hombre de verdad.

—¿Qué coño es un hombre de verdad? Will Thompson no era más corpulento que yo. Ni tampoco más fuerte. Podría haberle derribado sin despeinarme.

—No era su aspecto lo que le hacía distinto, sino su interior. Él sabía sentir, tú, no.

Buck se levantó y la miró desde la puerta.

—¿Por quién me tomas...? ¿Por un mamón o qué? ¿Es que no te das cuenta de que sé que Griselda y tú os habéis inventado todo eso como excusa? No soy tan bobo. No me la vas a dar con esas tonterías.

Salió de la casa sin decir adónde iba. Ty Ty esperó un rato, pensando que Buck regresaría a los pocos minutos y atendería a razones después de haberse refrescado al aire de la noche, pero a las doce todavía no había vuelto. Ty Ty se levantó y se fue a la cama.

—Buck entenderá dentro de un tiempo, Griselda. Ten paciencia con él mientras crece. Algunos tardan casi toda la vida en aprender ciertas cosas.

—Me temo que nunca aprenderá —dijo ella—. Al menos no antes de que sea demasiado tarde.

Ty Ty le dio unas palmadas en el hombro.

—Chicas, estáis alteradas por el asesinato de Will. Acostaos y procurad dormir bien. Mañana por la mañana las cosas parecerán muy distintas.

—Pero está muerto —dijo Darling Jill—. No puedo olvidar que ha muerto.

—Tal vez sea lo mejor. No podíais vivir los tres en Scottsville. Rosamond era su mujer, y Griselda y tú lo habríais liado todo, la ley no permite.

Mucho después de que todos se durmieran, Ty Ty seguía despierto, pensando. Buck no había vuelto y Griselda estaba sola en la habitación al otro lado del vestíbulo, llorando. Ty Ty llevaba casi una hora acostado de lado, escuchando los sollozos y las sacudidas del cuerpo de Griselda, que yacía insomne en la cama. Por fin se quedó callada y él supo que se había dormido. Ty Ty se preguntaba dónde habría ido Buck. No tenía intención de levantarse y salir a buscarlo en plena noche, así que se quitó a Buck de la cabeza.

En algún momento de la noche oyó a Darling Jill ir al porche trasero a beber agua. La oyó caminar con las zapatillas de suelas blandas por el vestíbulo cuando pasó por delante de su puerta. Se quedó en el porche solo un momento y volvió a entrar. Ty Ty se dio la vuelta en la cama y miró hacia el vestíbulo a oscuras cuando oyó que volvía. Distinguió apenas la luz en movimiento que reflejaba su camisón; podría haber alargado la mano y rozarla con la punta de los dedos. Estaba a punto de preguntarle si se encontraba mal, pero se lo pensó mejor. Sabía que no estaba enferma; lo único que tenía era lo mismo que alteraba a Rosamond y a Griselda. La dejó volver a su habitación sin decirle nada. Las tres se sentirían mucho mejor después de dormir unas horas. Cuando hubieran desayunado ya hablaría con ellas.

Al alba, Buck todavía no había vuelto a casa. Ty Ty se quedó tumbado un rato contemplando la luz que empezaba a entrar por el techo; luego se dio la vuelta para ver cómo el alba grisácea se tornaba día. Cuando oyó a Black Sam y al tío Felix hablando en voz baja en el patio se levantó de un salto de la cama y se vistió apresuradamente. Miró por la ventana y vio a los dos hombres de color sentados al borde del cráter, con los pies colgando dentro, esperando que les mandara ponerse a trabajar.

Dejó la habitación y salió al patio.

—¿Habéis visto a Buck por alguna parte? —le preguntó al tío Felix.

Este negó con la cabeza.

—¿No se habrá levantado más temprano el señor Buck? —preguntó Black Sam.

—Ha pasado fuera toda la noche. Me parece que no tardará en aparecer.

—¿Ha habido problemas en la casa, jefe? —preguntó con cautela el tío Felix.

—¿Problemas? —repitió Ty Ty—. ¿Quién ha dicho que hubiera problemas en la casa?

—Cuando los blancos no se quedan a dormir en casa, casi siempre es que hay problemas.

Ty Ty se sentó a unos metros de distancia mirando dentro del gran agujero que se

abría a su derecha. Sabía que era inútil mentir a los negros. Ellos siempre lo sabían todo.

—A lo mejor ha habido problemas —dijo—. Pero están a punto de acabar. Uno de ellos fue asesinado, y no hay más que decir. Ahora todo ha acabado, espero.

—¿A quién asesinaron? —preguntó Black Sam—. No sabía que hubieran matado a nadie, señor Ty Ty. Ahora me entero.

—A Will Thompson, en Horse Creek Valley. Alguien le disparó anteayer. Las chicas se pusieron muy nerviosas y he pasado un mal rato intentando tranquilizarlas.

—Seguro que ha debido de pasarlo fatal, patrón. Es muy difícil tranquilizar a las mujeres que han perdido a su hombre.

Ty Ty se dio rápidamente la vuelta y miró a Black Sam.

—¿De qué maldito infierno estás hablando?

—De nada, señor Ty Ty. De nada.

—Poneos a trabajar —dijo al instante—. Hace ya media hora que ha salido el sol. No haremos nada si empezamos a excavar tan tarde. He estado pensando y sé que la única manera de dar con ese filón es cavar, cavar y seguir cavando.

Los dos hombres de color bajaron al agujero. Black Sam cantaba, pero el tío Felix esperó a que Ty Ty se fuera para hablar con Black Sam sobre los problemas en la casa. Levantó la vista hacia donde había estado Ty Ty, que se había marchado.

—Ese Buck lo habría matado muy pronto —dijo el tío Felix—. Y ya lo habría hecho antes si no fuera tan lento para darse cuenta de las cosas. Hace mucho tiempo, cuando Will Thompson empezó a venir a Georgia, me fijé en cómo miraba a su esposa. Ella se estaba preparando para entregarse. A lo mejor la mujer no era consciente, pero se veía a kilómetros de distancia. La otra chica también se preparaba para lo mismo. Estaba escrito, tenían que entregarse al señor Will. No había manera de detenerlas.

—¿De quién estás hablando?

—De Darling Jill y la otra.

—¡Vaya, no me digas! Mi buen amigo negro, eso no era nada nuevo para ella. Esa blanca siempre ha sido así. Hace mucho que ya no le presto atención. Pero creo que esa vez se estaba preparando mucho antes de lo habitual, pero no por nada, solo porque el señor Will las pone así a todas. A la que hay que mirar es a la otra, a Griselda. Hace que a un hombre le pique todo el cuerpo hasta que ya no sabe por dónde empezar a rascarse.

—¡Señor, Señor!

—No nací con suerte. Ojalá hubiera sido blanco. Esa mujer tiene algo, te lo digo yo.

—¡Señor, Señor!

—Un día pasé por delante de la ventana de allí y me asomé.

—¿Y qué viste, negro? ¿Salía la luna?

—Lo que vi me hizo desear allí mismo ponerme a gatas y lamer el suelo.

—¡Señor, Señor!
—No nací con suerte.
—¡Eso no es verdad!
—Problemas en la casa.
—¡Señor, Señor!
—Un hombre ha muerto.
—Y problemas en la casa.
—El macho se ha ido para siempre jamás.
—Ya no puede excitarlas.
—¡Señor, Señor!
—Problemas en la casa.
—Mi mamá era una morena...
—Mi papá también...
—Esa chica blanca es muy fogosa...
—Buen Dios, qué pasará...
—¡Señor, Señor!
—No falta mucho tiempo.
—Alguien mató al macho.
—Ya no puede excitarlas.
—Y hay problemas en la casa.
—¡Señor, Señor!

Ty Ty gritó desde arriba. Ellos empezaron a recoger arcilla sin levantar la mirada. Ty Ty se deslizó dentro del cráter, y con él se desmoronó un pequeño montón de arena y arcilla sueltas.

—Buck ha vuelto, y no quiero que le digáis ni una palabra de que ha pasado la noche fuera. Ya tengo bastantes problemas, tío Felix, no quiero más. Dejadle en paz y no le preguntéis dónde ha estado. Ya tengo más problemas de los que quiero.

Ellos asintieron en su presencia.

—Alguien disparó al macho —dijo Black Sam en voz alta.

Ty Ty giró sobre sus talones.

—¿Qué has dicho?

—Sí, señor, sí patrón. Sí, señor. No se preocupe, no le diremos nada.

Ty Ty empezó a subir por la pared del agujero.

—Él ya no puede excitarlas.

Ty Ty se detuvo. De repente saltó desde la pared del cráter al suelo, dando la vuelta en el aire.

—¿De qué maldito infierno estáis hablando, morenos?

—Sí, señor, sí patrón. Sí, señor. No le diremos nada al señor Buck. No le diremos ni palabra.

Una vez más, Ty Ty empezó a subir a la superficie.

—Problemas en la casa —dijo Black Sam en voz alta.

Ty Ty se detuvo por tercera vez, pero no se dio la vuelta, se quedó quieto, escuchando.

—Sí, señor, sí, patrón. Sí, señor. No le diremos nada al señor Buck. No le diremos ni una palabra.

—Estará aquí abajo dentro de nada, y quiero que le dejéis en paz. Si os oigo hablarle de que ha pasado la noche fuera, bajaré con un bastón y os arrancaré la cabeza de los hombros.

—Sí, señor, sí patrón —dijo Black Sam—. Sí, señor, sí, jefe blanco. No le diremos nada al señor Buck.

Ty Ty subió por la pared del agujero y dejó a los hombres de color, ahora sí, callados. Estaba seguro de que le obedecerían. Eran negros listos.

Una vez arriba, Ty Ty se encontró con Buck, que se acercaba a trabajar. Cuando llegó a su altura le rodeó los hombros con el brazo. Ninguno de ellos dijo nada y al cabo de un momento Buck se apartó de Ty Ty y bajó al cráter con los dos hombres de color. Ty Ty se quedó arriba varios minutos mirándoles sacar paladas de arcilla. Luego se fue al patio delantero.

Por la carretera de Marion a Augusta se acercaba un coche grande que levantaba una nube de polvo a su paso. Al principio, Ty Ty creyó que era Pluto, pero el coche avanzaba el doble de rápido de lo que Pluto se atrevía a conducir y, además, era un vehículo grande, de color negro brillante, con adornos de níquel que resplandecían al sol como las nuevas monedas de medio dólar.

—¿Quién será? —se preguntó Ty Ty, que se detuvo junto al roble para ver.

El automóvil había llegado a la entrada del patio antes de que se diera cuenta. El conductor frenó en una nube de polvo amarillo que envolvió el coche. Paró tan bruscamente que el polvo voló hacia delante.

Ty Ty dio varios pasos hacia el gran coche negro. El vehículo entró en el patio con un gran estruendo, balanceándose sobre las ballestas.

Se quedó boquiabierto cuando vio a Jim Leslie apear. Jamás se le habría pasado por la cabeza ver ahí a Jim Leslie. Hacía casi quince años que no ponía el pie en la granja.

—¡No me lo puedo creer! —dijo Ty Ty que corrió a estrechar la mano de su hijo.

—Me alegro de verte, papá —dijo Jim Leslie—. ¿Dónde está Griselda?

—¿Quién?

—Griselda.

—No habrás venido hasta aquí para preguntar eso, ¿verdad que no, hijo?

—¿Dónde está?

—Me parece que se te ha debido caer un tornillo, Jim Leslie. ¿Es que no has venido a visitar a la familia?

Jim Leslie se encaminó hacia la casa. Ty Ty corrió, le alcanzó, le agarró del brazo y lo retuvo.

—A ver, espera un momento, hijo. Para el carro. ¿Para qué quieres ver a la mujer

de Buck?

—Ahora no tengo tiempo para hablar contigo. Vengo con mucha prisa. Suéltame el brazo.

—Escúchame, hijo —le rogó Ty Ty—, en la casa estamos de luto.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Mataron a Will Thompson el otro día en Scottsville. Las chicas están nerviosas y tristes. No quiero que entres ahí y montes un follón. Ven al agujero, siéntate y habla con los chicos y conmigo. Cuando te canses de estar aquí, te das la vuelta y regresas a Augusta. La semana que viene, cuando las chicas se hayan tranquilizado un poco, te haremos una visita.

—¿Y qué le importa a Griselda lo que ha pasado? ¿Qué tiene ella que ver con que hayan matado a Will Thompson? Él no era nada para ella. No debería afectarle lo que le pase a un cabeza de borra de Horse Creek Valley.

—A ver, hijo, yo sé mucho mejor que tú lo que ha pasado, y tengo que pedirte que no entres ahí. Las mujeres son criaturas extrañas, y el hombre no siempre las entiende. Ahora no puedo explicártelo, pero te ruego que no te acerques a la casa. Súbete al coche, da la vuelta y regresa a Augusta. Y ahora, vete ya, hijo, antes de que empiecen los problemas.

—Pero ¿qué tiene que ver todo eso conmigo? —preguntó Jim Leslie muy enfadado—. Will Thompson no pinta nada en esto. Griselda nunca tendría nada que ver con un cabeza de borra.

—Will Thompson, ese cabeza de borra, como tú lo llamas, tampoco tiene culpa de nada.

—Pues entonces, suéltame. Tengo mucha prisa. No voy a perder ni un segundo más charlando aquí contigo. Sé lo que quiero y he venido a buscarlo.

Ty Ty se dio cuenta de que no podía impedir que Jim Leslie entrara en la casa, pero estaba resuelto a evitar más problemas. Decidió que lo mejor era llamar a Buck y a Shaw; entre los tres podrían obligar a Jim Leslie a volver al coche.

Llamó a Buck y esperó, sin soltar el brazo de Jim Leslie. Este miraba a su alrededor, esperando ver a su hermano de un momento a otro.

—No servirá de nada que le llames, porque no le tengo miedo. ¿Dónde está?

—En el agujero, cavando.

Ty Ty volvió a llamar y esperó la respuesta de Buck.

—Todavía cavando —se rio Jim Leslie—. Incluso Buck y Shaw. A estas alturas los chicos y tú ya tendríais que haber aprendido la lección. Deberíais cultivar algo en esta tierra. Lo único que has conseguido hasta ahora es remover montones de tierra.

—Voy a encontrar el filón muy pronto.

—Eso mismo dijiste hace catorce o quince años. Te has hecho más viejo, pero no más sensato.

—Tengo más sentido común del que te imaginas, hijo.

Buck apareció por la esquina de la casa. Le sorprendió ver a Jim Leslie allí, y se

acercó para saber por qué le habían llamado. Se detuvo cerca de ellos y miró con suspicacia a su hermano mayor.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Yo no te he llamado —dijo Jim Leslie—. Pregúntale a él.

Ty Ty se volvió a Jim Leslie.

—A ver, hijo, te pido una vez más que te subas al coche y vuelvas a Augusta antes de que empiecen los problemas. Ya sabes que, cuando se cabrea, nadie puede parar a Buck y no quiero más líos.

Ty Ty esperó un momento, confiado en que Jim Leslie haría lo que le había pedido. Pero no respondió como esperaba. Ni siquiera la presencia de Buck le disuadió de sus anunciadas intenciones.

—A ver, hijo —dijo Ty Ty—. Jim Leslie está aquí. Nadie quiere líos. Es bienvenido. Pero si entra en la casa, bueno... pues no va a entrar y se acabó.

Jim Leslie les dio la espalda y se encaminó hacia la escalera del porche. Había subido la mitad cuando sintió que le retorcían el brazo.

—No, no lo hagas —dijo Buck soltándole—. Quédate en el patio o vete.

Ty Ty llamó a gritos a Shaw para que viniera corriendo.

Veinte

—A ver, hijo —le dijo Ty Ty a Buck—. Jim Leslie ha venido a casa y quiero que se vaya de buenas maneras. Toda la vida he querido tener una familia en paz y no puedo consentir que os peleéis aquí. Hijo, dile a Jim Leslie que no queremos problemas. Si se sube al coche, da la vuelta y regresa a Augusta, no pasará nada y todo seguirá como antes. Si os ponéis a pelear aquí, me romperéis el corazón.

Ty Ty vio que los dos hombres de color se habían asomado por la esquina de la casa y miraban la escena en el patio. Solo se les veían las cabezas y sus ojos tenían el tono de la cal en un día soleado. Al oír que Ty Ty llamaba a Buck, supieron que algo iba a pasar allá arriba, y habían subido a ver. Pero cuando Ty Ty ordenó a Jim Leslie que subiera al coche, se dieron la vuelta y se perdieron de vista silenciosamente por detrás de la casa. Rodearon el edificio y se dirigieron de puntillas hacia el establo, con los sombreros en las manos, esforzándose por no mirar atrás.

—¿Qué buscas ahí dentro? —le preguntó Buck a su hermano mientras le impedía el paso en el porche.

—No he venido hasta aquí a hablar contigo —replicó Jim Leslie con brusquedad.

—Si no quieres hablar, entonces vete de una puta vez, y rapidito.

—Un momento, hijo —dijo Ty Ty.

Jim Leslie les dio la espalda y empezó a subir los peldaños del porche. Buck seguía impidiéndole el paso, pero Jim Leslie se zafó y siguió subiendo.

—Espera un momento, cabronazo.

—Ahora mismo debe parar esta riña —gritó Ty Ty—. No voy a permitir que os peleéis en mi tierra.

—¿Que espere? —replicó Jim Leslie a su hermano—. ¿Para qué? Tengo prisa. No puedo esperar.

Buck le dio un puñetazo en la mandíbula y lo empujó contra la pared de la casa. Jim Leslie se agachó, dobló las rodillas y saltó sobre Buck.

Al verlo, Ty Ty corrió a interponerse entre ellos e intentó mantenerlos separados. Tenía que agachar la cabeza a cada momento para evitar que le alcanzara alguno de los cuatro puños que volaban a su alrededor. Consiguió empujar a Jim Leslie contra la pared y luego intentó retener a Buck.

—Esperad un momento, chicos —dijo—. Sois hermanos, los tres. Sabéis muy bien que no queréis pelearos. Lo que queréis es vivir en paz, como yo. Vayamos al establo y aclarémoslo todo hablando con calma, sin pelearnos como gatos salvajes. Tengo que explicaros algunas cosas. Si os tranquilizáis un poco y me escucháis, os explicaré muchas cosas. Es una pena, un verdadero pecado, que os peleéis así. Y ahora vamos al establo.

—No, ahora voy a matar a este cabronazo —dijo Buck al que sacaba de quicio la cháchara de su padre.

—No nos insultemos —le rogó Ty Ty—. No me gusta nada que los hermanos se

insulten. En ciertos lugares y ciertos momentos está bien, pero nunca entre hermanos.

En ese momento, Ty Ty creyó que, si Jim Leslie cedía, Buck también le escucharía.

—No va a entrar ahí, le mataré. Sé qué buscas. No soy idiota.

Shaw no había dicho nada, pero se había colocado al lado de Buck, preparado para ayudarle en cuanto hiciera falta. Siempre se ponía de parte de Buck. Además, Ty Ty sabía que Shaw y Jim Leslie nunca se habían llevado demasiado bien.

—Estas peleas por las mujeres deben acabar de una vez en mi granja —exclamó Ty Ty con repentina determinación. Finalmente se había dado cuenta de lo inútiles que eran sus esfuerzos para que hicieran las paces—. He intentado resolver esta discusión pacíficamente, pero no voy a permitir que sigáis enganchándoos por las mujeres ni un minuto más. Ya está bien. Tú te subes al coche, Jim Leslie, y regresas a Augusta. Buck, tú y Shaw volvéis al agujero y seguís cavando. No voy a permitir que esta pelea vaya ni un paso más allá. Y ahora, iros, todos. Estas riñas por las mujeres deben acabar de una vez en mi tierra.

—Mataré a ese cabronazo —dijo Buck—. Le mataré si entra en casa, ahora mismo. No puede venir y llevarse a Griselda.

—Os lo repito, chicos, basta ya de pelearse por las mujeres en mi casa. Marchad de una vez y haced lo que os he mandado.

Jim Leslie vio su oportunidad, dio un salto hacia la puerta y se metió en la casa antes de que pudieran impedirselo. Pero Buck, apenas a tres pasos, y Ty Ty y Shaw un poco más lejos, corrieron tras él. Jim Leslie entró a la carrera en la primera habitación que encontró, y luego pasó a otra. No sabía dónde estaba Griselda y la buscó por toda la casa.

—¡Páralo, Buck! —gritó Shaw—. Hazle volver al vestíbulo, no dejes que abra la puerta de atrás.

Un instante después, Ty Ty llegó al comedor y se encontró a Jim Leslie en el centro; solo la mesa lo separaba de Buck, y ambos se insultaban. En el rincón, las tres chicas se acurrucaban detrás de una silla. Griselda lloraba y también Rosamond. Darling Jill no sabía si llorar o reír. Ty Ty dejó de mirarlas, no intentó protegerlas pues no parecían correr peligro inmediato, y se puso a gritar a los chicos. Se dio cuenta de que era inútil. No oían ni una palabra, parecía que ni siquiera percibían su presencia en el comedor.

—Sal del rincón, Griselda —le dijo Jim Leslie—. Te vienes conmigo. Sal de ese rincón y sube al coche antes de que tenga que llevarte a rastras.

—Tú te quedas donde estás y no das ni un paso —le ordenó Buck por la comisura de los labios sin apartar los ojos de su hermano.

Ty Ty se volvió desesperado hacia Shaw.

—Ve a buscar a Black Sam y al tío Felix. Está claro que no podemos controlarlo solos.

—Quédate aquí, Shaw —dijo Buck—. No necesito ayuda. Puedo solo.

—Sal de ese rincón antes de que tenga que sacarte a rastras, Griselda —repitió Jim Leslie.

—Así que has venido a por ella, ¿eh? ¿Y por qué no lo dijiste en el patio? Yo ya sabía qué querías, pero esperaba oírtelo decir. Has venido a por ella, ¿eh?

—Basta ya, aquí acaban estas peleas por las mujeres en mi tierra —dijo Ty Ty con toda la resolución de que fue capaz—. No voy a permitirlo más.

—Sal de ese rincón, Griselda —repitió por tercera vez Jim Leslie.

—Voy a matar a ese cabronazo —dijo Buck.

Dio un paso atrás y relajó los músculos.

—Basta, basta de pelearse por las mujeres en mi tierra —dijo Ty Ty que empezó a dar puñetazos en la mesa que separaba a sus dos hijos.

Buck dio un paso atrás, hacia la pared a sus espaldas y alcanzó la escopeta que había en el estante. Abrió la recámara y comprobó si estaban cargados ambos cañones.

Cuando Jim Leslie vio a Buck con el arma, salió corriendo por la puerta. Atravesó el vestíbulo y siguió hasta el patio. Buck corrió detrás, sosteniendo la escopeta por delante como si llevara una serpiente colgada de un palo.

En el patio, Ty Ty se dio cuenta de que era inútil que intentara detener a Buck. No podía arrebatarle el arma de las manos, el chico era demasiado fuerte. Se lo quitaría de encima sin despeinarse. Así que, en lugar de correr al patio, Ty Ty se arrodilló en el porche y empezó a rezar.

Detrás de él, en el vestíbulo, estaban Griselda, Rosamond y Darling Jill, con miedo a dar un paso más, pero más miedo todavía a quedarse solas en la casa. Se apiñaron detrás de la puerta principal, asomándose por el resquicio para ver qué pasaba en el patio.

Ty Ty alzó la vista mientras oraba, medio atemorizado medio suplicante, cuando oyó que Buck le gritaba a Jim Leslie que dejara de correr. Jim Leslie había llegado ante su automóvil, y podría haber saltado detrás para cubrirse, pero se quedó donde estaba y agitó el puño contra Buck.

—Me parece que ahora sí la vas a dejar en paz —dijo Buck.

La escopeta apuntaba a Jim Leslie. Ty Ty casi podía ver por la mirilla desde donde estaba en el porche y sabía que el dedo de Buck se estaba tensando sobre el gatillo. Cerró los ojos suplicantes un segundo antes de la explosión. Los abrió a tiempo para ver a Jim Leslie alargando los brazos hacia delante, buscando algún punto de apoyo, y casi al instante oyó la segunda explosión. Jim Leslie se mantuvo en pie durante unos breves segundos, luego su cuerpo se retorció hacia un lado y cayó pesadamente sobre la arena blanca y dura, junto al roble.

Desde detrás de la puerta, Griselda, Rosamond y Darling Jill chillaron a la vez. Ty Ty cerró los ojos, intentando quitarse de la cabeza hasta el último espantoso detalle de la escena. Al abrirlos esperaba que todo hubiera desaparecido. Pero nada había cambiado, salvo que Buck estaba sobre Jim Leslie y cargaba más balas en el arma.

Jim Leslie se retorció y se aovillaba como una bola.

Ty Ty se levantó y corrió al patio. Empujó a Buck, se inclinó sobre Jim Leslie e intentó hablarle. Sin ayuda de nadie, alzó a su hijo en brazos y lo llevó al porche. Shaw se acercó y miró a su hermano, las chicas permanecían inmóviles en el umbral, tapándose las caras con las manos. Cada poco, alguna de ellas chillaba. Buck se sentó en la escalera y dejó caer la escopeta a sus pies.

—Dime que no vas a morirte, hijo —suplicó Ty Ty, agachándose a su lado en el suelo.

Jim Leslie lo miró y cerró los ojos ante el resplandor del sol. Sus labios se movieron unos segundos, pero Ty Ty no oyó ningún sonido.

—¿No podemos hacer nada por él, papá? —preguntó Rosamond. Fue la primera en salir del vestíbulo—. ¿Qué podemos hacer, papá?

Rosamond se arrodilló al lado de su padre, aferrándose el cuello con ambas manos. Griselda y Darling Jill se acercaron y miraron a Jim Leslie.

Ty Ty le hizo un gesto a Rosamond.

—Cógele la mano, Rosamond —dijo—. Eso es lo que haría su madre si estuviera aquí.

Jim Leslie abrió los ojos y levantó la mirada hacia ella cuando sintió las manos sobre las suyas.

—¿No puedes hablar, hijo? —preguntó Ty Ty—. Solo unas palabras.

—No tengo nada que decir —respondió el moribundo con voz muy débil y volvió a cerrar los ojos.

El pañuelo que Ty Ty sostenía en la mano apretando la herida se cayó del pecho de Jim Leslie y fue a parar al porche. Los ojos de Jim Leslie se habían abierto por última vez y centelleaban bajo el sol, vidriosos e inmóviles.

Ty Ty se levantó envarado y bajó al patio. Caminó de un lado a otro, por delante de la escalera intentando decirse algo a sí mismo. Caminaba despacio, de una punta a otra de la casa, sin levantar la mirada de la arena blanca que pisaba. Griselda y Darling Jill se habían arrodillado junto a Rosamond, y las tres estaban allí, de rodillas, casi ahogándose entre sollozos. Ty Ty no las miraba. Sabía que estaban allí sin mirar.

—Sangre en mi tierra —decía—. Sangre en mi tierra.

El sonido de Rosamond entrando en casa a la carrera detrás de Griselda y Darling Jill le sacó de su ensimismamiento. Levantó la mirada y vio a Black Sam y al tío Felix corriendo por los campos hacia el bosque más allá de la granja. Ver a los dos hombres de color corriendo hizo que se preguntara por primera vez ese día dónde estaba Dave. Recordaba que no lo había visto desde primera hora de la mañana. No sabía dónde habría ido y tampoco le importaba. Seguiría adelante sin él.

En el peldaño de abajo del porche, Buck permanecía sentado con la cabeza inclinada sobre el pecho. La escopeta seguía todavía en el suelo, donde había caído de sus manos. Ty Ty se dio la vuelta para no verlo.

—Sangre en mi tierra —murmuró.

La granja que tenía delante parecía asolada. Los montones de arcilla roja y arena amarilla, los grandes cráteres entre ellos, el suelo rojizo sin vegetación... la tierra parecía asolada. A la sombra del roble, Ty Ty se sentía exhausto. Pensó en el oro que había en la tierra bajo su granja, pero ya no se le tensaron los músculos como antes. No sabía dónde estaba el oro y no sabía cómo iba a seguir excavando si no tenía fuerzas. Pero allí había oro, porque habían encontrado algunas pepitas en la granja; sabía que allí había oro, pero no sabía si podría seguir buscándolo. Creyó que era inútil volver a cavar. Toda su vida no había querido otra cosa que mantener la paz en su familia. Ahora ya no importaba, ahora nada importaba. Nada importaba porque se había derramado sangre en su tierra, la sangre de uno de sus hijos.

Recordó la conversación que había tenido con Buck en el comedor la noche anterior.

«Vuestro problema, chicos, es que no entendéis nada».

El sol le dio de lleno en los ojos y recordó otra cosa.

—Sangre en mi tierra —repitió—. Sangre en mi tierra.

Las tres chicas lloraban dentro de la casa y se las oía a través de las puertas y las ventanas abiertas. Mientras caminaba arriba y abajo, ellas salieron otra vez al porche y se quedaron allí, mirando.

—Ve a buscar un enterrador o un médico o a quien sea, hijo —le dijo a Shaw, asintiendo cansinamente con la cabeza.

Shaw subió al coche de Ty Ty y se encaminó hacia Marion. Los demás se quedaron en el porche mirando cómo la nube de polvo amarillo que dejaba tras de sí se iba asentando en la cuneta.

Ty Ty se obligó a clavar la mirada en el suelo para no ver su tierra asolada. Sabía que si volvía a mirar su granja el alma se le caería a los pies. Algo allí delante le repelía. Aquella tierra ya no era la que había sido. Los grandes montones de tierra siempre le habían animado, pero ahora quería darles la espalda y no verlos nunca más. Los montículos incluso habían cambiado de color y la tierra de la granja ya no se parecía en absoluto a la de antes. Nunca había habido vegetación alrededor de aquellos montones de tierra, pero hasta ese momento no se había percatado. En la otra punta de la granja, donde estaban las tierras nuevas de cultivo, sí había vegetación, porque la superficie no había sido cubierta todavía con pilas de arena y arcilla por un lado ni horadada con enormes agujeros por el otro. Quisiera haber tenido fuerzas para abrir los brazos de par en par y alisar la tierra hasta donde llegaba la vista, para nivelar el suelo llenando los agujeros con los montones de tierra. Se sintió impotente al saber que nunca podría hacerlo. Algo le oprimía el corazón.

—Hijo —le dijo a Buck mirando a lo lejos—, hijo, el *sheriff*...

Buck levantó la cabeza por primera vez y miró lo que le rodeaba. Oyó que le hablaba su padre y entendió lo que le había dicho.

—¡Oh, papá! —chilló Rosamond de pie en la puerta.

Ty Ty esperó que dijera algo más. Pero sabía que no había nada más que decir. A él tampoco le hacía falta oír más.

Se levantó y caminó de una punta a otra de la casa, por delante de Buck, apretando los labios, con los ojos apagados.

—Hijo —dijo, deteniéndose en la escalera—, hijo, el *sheriff* se enterará de todo cuando Shaw llegue al pueblo.

Las chicas bajaron corriendo la escalera y se pusieron a su lado. Rosamond abrazó a Buck con todas sus fuerzas. Griselda se quedó junto a él, llorando.

—El buen Dios me bendijo con tres de las chicas más bonitas que un hombre jamás tuvo en su casa. Fue bueno conmigo porque sé que no lo merecía.

Darling Jill había empezado a llorar ruidosamente. Todas estaban cerca de Ty Ty y abrazaban a Buck.

—El buen Dios me bendijo así, pero he tenido que pagar la bendición con penas y dolor. Parece que lo bueno y lo malo siempre van de la mano. No tienes lo uno sin lo otro, jamás.

Griselda apoyó la cabeza de Buck en su pecho, le acarició el pelo y le besó la cara. Intentó que le dijera algo, pero él cerró los ojos y siguió callado.

—Alguien nos ha jugado una mala pasada. Dios nos puso en cuerpos de animales, pero quiso que nos comportáramos como personas. Ese fue el principio de todos los males. Si Él nos hubiera creado como somos, y no nos hubiera llamado personas, hasta el más tonto de nosotros sabría vivir. Si un hombre siente lo que es por dentro, pero hace caso a los predicadores, no puede vivir como es debido. No puede hacer ambas cosas, solo una o la otra. O vivir como nos crearon, y sentir lo que se es por dentro, o vivir como dicen los predicadores y morir por dentro. Un hombre lleva a Dios en su interior desde que nace y si tiene que vivir según los dictados de un predicador solo puede haber problemas. Si los chicos me hubieran hecho caso, no habría habido problemas. Las chicas lo comprenden y quieren vivir tal y como Dios las creó; pero los chicos van por ahí, escuchan y se creen esas tonterías, luego vuelven y tratan de imponer esa forma de vida contraria a Dios. Dios creó chicas bonitas y creó hombres, y con eso bastaba. Cuando uno toma a una mujer o a un hombre e intenta quedárselo solo para él, no va a encontrarse más que problemas y dolor el resto de sus días.

Buck se levantó y enderezó los hombros. Había puesto un brazo alrededor de Griselda y ella se pegaba a él y lo besaba.

—Me siento como si se me hubiera caído el mundo encima —dijo Ty Ty—, como si la tierra se hubiera abierto bajo mis pies. Me hundo, me hundo y no puedo impedirlo.

—No hables así, papá —dijo Darling Jill, que le abrazó—. Me das mucha pena cuando hablas así.

Buck se soltó del abrazo de Griselda y le apartó las manos. Ella se arrojó frenética sobre él. Buck no podía moverse.

—Hijo —dijo Ty Ty, mirando el campo en el que se amontonaban las pilas de tierra—, hijo, el *sheriff*...

Buck se inclinó, le dio un beso en los labios a Griselda y la abrazó con fuerza durante un largo rato. Luego la apartó.

—Buck, ¿adónde vas? —gritó ella.

—A dar un paseo —respondió él.

Ella se desplomó sobre la escalera y se tapó la cara. Darling Jill se sentó a su lado y apoyó la cabeza de su cuñada en su regazo.

Buck dobló la esquina de la casa y desapareció, Ty Ty le siguió al cabo de un momento, andando despacio. Buck saltó la valla al otro lado del pozo y siguió caminando en línea recta por los campos hasta las tierras nuevas de cultivo en la otra punta de la granja. Ty Ty se detuvo ante la valla. Se quedó allí, apoyado en la valla, mientras Buck se alejaba despacio por el campo.

Recordó que la parcela de Dios estaba otra vez junto a la casa y fue dolorosamente consciente de que Jim Leslie había muerto sobre ella. Pero en ese momento, Ty Ty solo pensaba en Buck y deseó que la parcela de Dios siguiera a su hijo allá donde fuera, que se detuviera allá donde él se detuviera, que siempre la llevara bajo los pies. Vio a Buck alejándose hacia las tierras nuevas de cultivo y se alegró de haberse acordado de la parcela de Dios a tiempo para pedir que siguiera a Buck, que se detuviera allá donde él se detuviera, que su hijo siempre la llevara bajo los pies allá donde fuese.

—Sangre en mi tierra —dijo Ty Ty en voz alta—. Sangre en mi tierra.

Al cabo de un momento perdió de vista a Buck, se dio la vuelta hacia la casa y caminó por el borde del gran agujero. En cuanto miró dentro del cráter, sintió un deseo avasallador de bajar al fondo y cavar. Descendió poco a poco. Tenía la espalda un poco rígida y las rodillas le flojeaban. Se estaba haciendo viejo cavando aquellos agujeros. Pronto sería demasiado viejo para seguir.

Recogió del suelo la pala de Shaw y empezó a arrojar tierra suelta por encima de sus hombros. Parte de la tierra volvía a caer, pero la mayoría quedaba arriba. Cuando la superficie próxima al borde estuviera llena, tendría que subir y palear la tierra hasta la siguiente plataforma. Habían profundizado tanto que la tierra tenía que subirse en cuatro o cinco fases sucesivas antes de sacarla por fin a la superficie. El agujero era cada vez más ancho. Acabarían socavando los cimientos de la casa; tendría que talar algunos troncos en el bosque, traerlos con las mulas y colocarlos como puntales. Tendría que mandar a Black Sam y al tío Felix con las mulas a buscar seis o siete grandes troncos la mañana siguiente.

Ty Ty no sabía cuánto tiempo llevaba cavando cuando oyó que le llamaba Griselda desde arriba.

—¿Qué pasa, Griselda? —preguntó apoyándose cansado en la pala.

—¿Dónde está la escopeta, papá? —le preguntó—, ¿la has visto?

Antes de responder pensó un momento. Estaba exhausto, si no se recuperaba un

poco no podría ni hablar.

—No, Griselda —dijo finalmente—. No la he visto. Y ahora no tengo tiempo para ayudarte a buscarla.

—Pero entonces ¿dónde está, papá? La había visto tirada en el patio, pero ya no está allí.

—Griselda —dijo Ty Ty, que agachó la cabeza para no tener que mirarla—, Griselda, Buck se la llevó cuando fue a dar un paseo.

No oyó nada más al borde del cráter y al momento levantó la mirada para ver si Griselda seguía mirándole. Ya no estaba allí, pero oyó con claridad las voces de Darling Jill y Rosamond, que gritaban nerviosas por alguna parte. Se inclinó sobre la pala, de un pisotón clavó la hoja en la arcilla y se preguntó cuánto tardaría en volver Shaw para ayudarle a cavar.



ERSKINE CALDWELL (White Oak, Georgia, 1903 - Paradise Valley, Arizona, 1987), escritor estadounidense, hijo de un ministro de la Iglesia Presbiteriana, estudió en la Universidad de Virginia sin llegar a graduarse. En 1926 se trasladó a Maine y allí empezó a escribir para periódicos y revistas. En sus libros manifestó su preocupación por las miserables condiciones de vida de los campesinos sureños, a la vez que denunciaba el racismo, la violencia de género y los prejuicios de clase de aquella sociedad. En 1936 se casó con la fotógrafa Margaret Bourke-White. De sus obras, entre ellas *El camino del tabaco* (1932) y *La parcela de Dios* (1933), se habían vendido hacia 1940 más de dieciocho millones de ejemplares. En ellas se describen con humor y erotismo la miseria, la violencia y el racismo de los blancos pobres del Sur.